

CUENTOS GAUCHOS

T. M
GONZALEZ
BARBE

MONTE
VIDEO
1930





CUENTOS GAUCHOS





CUENTOS GAUCHOS

—  DE  —

T. M. GONZÁLEZ BARBÉ



**Talleres Gráficos
"LA PLUMA"
ROQUE GRASERAS, 662**



A Juanita Barbé de González, mi
adorable madrecita.

EL TRIGEMINO DE DON PRUDENCIO

—Ramón... Eulalio... Fidencio!...—llamó, enojado, don Prudencio, revolviéndose en su sillón de parálitico. —Ah, cara...cho!—exclamó luego.—Parece que se los ha tragao la tierra!...

Volvió a llamar con más fuerzas. Nadie contestó a sus gritos. Entonces dió un puñetazo sobre el descansabrazo del sillón y protestó en un gesto de rabia e impotencia:

—Ah, disgracia!... ¡Tener qu'estar aquí como un condenado!...

Don Prudencio—hombre trabajador pero divertido y derrochador en un tiempo—estaba parálitico desde hacía varios años. Algunos decían que era debido a las farras y a la bebida, de las cuales había abusado muchas veces. Otros—más complacientes—atestiguaban que era por los sacrificios realizados a fin de mantener a su mujer e hijos. Pero él aseguraba que había contraído esa “peste” en una noche de lluvia, intentando vadear un arroyo desbordado...

Mas lo cierto es que don Prudencio había perdido todo, menos su carácter díscolo e insoportable. Su mujer—una santa de Dios—sobrellevaba, en cambio, aquella vida con una resignación admirable: cada momento tenía que acudir al llamado caprichoso de don Prudencio, complacerle cualquiera futilidad que se le antojara, ordeñar las vacas, darles de comer, cuidar del hogar, gritar y rezongar a los muchachos—grandotes y cachacientos—; en fin, una tarea demasiado abrumadora para su edad.

Los muchachos, criados sin una orientación firme que les hiciera amar el trabajo o, al menos, "hacer por la casa", pasábanse los días en el campo, jugando o haciendo diabluras propias de su edad. Es cierto que de vez en cuando trabajaban la pequeña parcela de terreno que tenían a los fondos del rancho, pero eso lo hacían después de recibir cuatro o cinco días seguidos una lluvia de improperios y ruegos de los viejos. Mas en una grata labor estaban siempre disputándose el sitio: a la hora de comer eran infaltables, hecho lo cual desaparecían disimuladamente.

En tanto, los años pasaron y los hijos vinieron mozos. Pero el vicio y el ocio habían anidado ya en su corazón. Se sentían impotentes, débiles, desanimados para todo!

Cuando don Prudencio cayó enfermo, pensó en la protección de sus hijos, pero éstos no se dieron por enterados. Era ya tarde para hacerles reaccionar.

Don Prudencio llamó nuevamente, lanzando una interjección. Al cabo de unos momentos apareció su mujer.

—¿Qué quieres, viejo?—preguntó con humildad.—Nuay que ponerse malo!...

Don Prudencio se sulfuró:

—No te yamo a vos, cara...cho!... And'está Ramón?...

—No sé... ¿Lo precisás?

—Sí lo preciso... ¿Qué ocurrencia!... Andá!... Hácel favor... Yamámelo enseguida!

Y pegó otro puñetazo sobre el sillón.

Anastasia tembló; su marido estaba cada vez más insoportable. Sin contestar salió en busca del muchacho.

Media hora después apareció Ramón en el umbral de la puerta. Respetuoso y cohibido—era el menor—preguntó el motivo de su llamado.

—Hace media hora larga qu'estoy esperándote y te presentás como un mosca muerta... Parece que ni hogar

tuvieran p'andar vagando por los campos, como los sabandijas, como los perdularios...

Ramón no contestó. Limitóse a inclinar la cabeza. Eso enardeció al viejo:

—Ustedes son así, mocosos desobedientes! Pa pasarla bien... Ni piensan que su padre los necesita cerca pa cualquier cosa... Ah, cara...cho!... No poderles romper los güesos!...

El muchacho escuchó toda aquella fraseología como quien oye pasar una tropa de ganado. Tan acostumbrado estaba!

Pero, intentó una defensa:

—No... Yo no estaba...

—Respete a su padre, cara...cho!—interrumpió don Prudencio, bruscamente.—¡No conteste!...

Y lo miró fijamente, como deseando castigarlo con la mirada.

—Pero si yo no...—murmuró Ramón.

—Basta, le digo! Ustedes quieren ganarla siempre... Son pior que las mujeres!...—Y revolviéndose como una fiera acosada, ordenó severo:—Vaya en seguida a la casa'e mi compadre y dígle que venga en cuantito pueda, por el asunto'e las vacas... ¿Oye bien? No me venga a decir después que s'olvidó... Güeno. Vaya ligero. Ayá y acá...

El muchacho salió de prisa a cumplir la orden, pero en mitad del camino se le atravesó una liebre, y allí estuvo más de una hora buscándola pacientemente.

Don Prudencio se impacientaba. Sentía que la sangre se le iba a la cabeza.

—Pucha muchacho lerdo p'hacer un mandao! Si yo pudiera levantarme lo traiba a guascasos!...

Pero en ese momento, nervioso y cansado, apareció Ramón:

—El compadre no estaba... Pero vide a la vecina y le dije lo qu'usté me dijo que le dijera!...

Don Prudencio explotó, crispando los puños:

—¡Ah burro endemoniao!... ¡Cuándo no tenías que alargarle la lengua a esa lagartija!... Dejuramente t'ha espulgao hasta lo que comés... sotreta!...

Y advirtiéndolo que el muchacho permanecía quieto, sin saber qué hacer:

—Mandate 'mudar...

Ramón no se hizo repetir. Tarareando en voz baja, rumbeó hacia el campo.

Don Prudencio, moviendo la cabeza ligeramente, pegó otro puñetazo sobre el sillón.

Atardecía.

Don Prudencio, con las piernas al sol que se adentraba hasta la pieza, miraba el campo, los animales, el cerro lejano que se iba borrando lentamente.

Estaba solo, pues su mujer había salido por necesidad, y los muchachos, ahora,—tal vez más comprensivos de sus deberes o a fin de agenciarse unos reales—andaban por ahí haciendo algunos trabajos...

Por el camino, despaciosamente, se aproximaba su compadre. Al llegar al patio palmoteó las manos. Don Prudencio que lo había visto, gritó:

—Adelante...

Don Segundo, gaucho generoso, servicial y poseedor de un temperamento admirable, siempre había tenido profundo afecto por la familia de don Prudencio.

Apenas entró, dió unos golpecitos en los hombros del viejo, diciendo:

—Parece qu'hoy'ta más valiente, compadre!

—Ansina nomá... como los crucificaos... — contestó don Prudencio.

Don Segundo tomó una silla y se sentó. Luego, como queriendo empezar bien la conversaci3n, dijo:

—Ta güeno... Y no l'he preguntao por la patrona! Y los gurises!...

Y de repente:

—No sabe usté lo qu'está pasando con el invento'el vasco?

—¡Qué vi'a saber... sino renegar tuito el día!

—Algo increíble, compadre! Mesmo que si fuera tata Díos que curara!... Yo'toy almirao!... Las cosas que he visto y oído! Rengos completamente, salir caminando más derechos que yo, y tartamudos hablar más lindo y claro qu'un mercachifle! Viera usté, compadre, qué alborotao anda el pueblo! Y no son agüerías, creameló... Yo ricién vengo'e llevar a la vieja Procopia. Usté sabe cómo estaba la pobre. Tuyida, puro güeso, una calamidá... Y áhura, la viera!... Sana y caminando!

Don Prudencio tuvo un gesto de duda. Y no pudo callar:

—Mire, compadre... Esas son pavadas... Cosas'e los doctores, pa sacar plata a los bobos... A mí siempre m'han tenido en la mesma: qué curará, qu'esto, qu'aquello, y los pesos se m'iban como l'agua de un canasto!... Ahora no les creo un bendito!...

Y terminó, sentencioso:

—Güenas firmas son tuitos... pa hipotecarle los ranchos!...

Pero don Segundo, aunque había fracasado en la primera, todavía afirmó:

—No sea tan mal pensao... Yo tamién no creiba, pero después de lo qu'he visto, es al ñudo querer tapar el nido con una paja.

Y, bruscamente, como deseando sacarse un peso de encima, invitó:

—Usted debe dir también... Yo lo llevo... Mañana mismo si quiere...

—Ande?—preguntó don Prudencio, viendo esfumarse unos cuantos pesos en consultas y remedios.

—Al doctor del pueblo. Hay que ver cómo va de gente enferma... A montones. Como si jugaran a una fiesta!... Y, lo más raro, que salen tuitos curaos!...

—Güeno... Puede ser...—dudó don Prudencio, deseando convencerse.—Pero, ¿cómo hace ese hombre pa curar?

—Uf!... Lo más fácil...—exclamó su compadre, viendo una halagadora perspectiva de triunfo.—Sient'al enfermo n'una silla cualquiera, le levanta la nariz, le mete después, dispacito, un'auja, ansina como de colchonero, que tiene enchufada n'un aparato, la hace dar unas güeltitas adentro hasta producir un ruidito ansina como el churraesco cuando se quema y... ¡el enfermo ta curao!... ¡Una cosa'e nada, compadre!

Don Prudencio lanzó una exclamación de asombro. Tan milagroso le parecía todo aquello:

—Cara...cho! Antonce ese hombre no es doctor... ¡es brujo mesmo!...

—Qu'esperanza!—arguyó su interlocutor.—Es la sencia qu'adelanta!... Naides s'había dao cuent'hast'áhura qu'estas venas que tenemos en la nariz y que los leidos llaman triguésimo...

—¿Cómo se llama eso?...

—Tri-gue-si-mo...—repitió don Segundo, temiendo equivocarse.

—No le digo yo!—gritó don Prudencio, con aire de victoria.—Le meten un nombre arrevesao pa que naides se dea cuenta'l asunto! Lo mesmo que nosotros cuando que-

remos engañar a los bobos... Hay que disconfiar d'esa gente!...

Y don Prudencio no quiso hablar más sobre el trigémino. La duda volvía a su corazón. Le mortificaba ya oír elogiar una cosa en la que él no creía...

Había andado tanto en procura de salud, y tantos pesos había gastado en medicamentos y menjunjes!

Ahora pensaba que todo era fantasía... cosas de las gentes necias.

Además, el pueblo quedaba a diez leguas de allí. Y él no podía moverse. Estaba como clavado en aquel sillón, siempre inmóvil y dolorido.

Pero una noche pensó...

¿No podría curarse él también como tantos otros? Pero, ¿y si no resultaba? ¿Para qué, entonces, hacer un sacrificio enorme a fin de llegar hasta aquel doctor que tenía en sus manos la salvación de muchos infelices?

Mas, era necesario tener fe. ¿Quién sabe no pudiese recomenzar su vida, trabajar como otrora, pagar todas las deudas que se iban amontonando... Y posiblemente hasta la felicidad volviera a su hogar con las mismas dulzuras y emociones!

En ciertos momentos la realidad se le presentaba perversa y ruda; entonces don Prudencio se tornaba áspero y brutal. Y sus gritos infundados eran dirigidos a todos los que se presentaban ante sus ojos.

Pero llegaba su compadre, hablábale cada vez con más entusiasmo de las curas maravillosas realizadas por el médico del pueblo, cantaba un himno al doctor de "las Uropas" y le invitaba diariamente a que se cauterizara el trigémino.

Y don Prudencio, como todo mortal, se iba rindiendo lentamente...

—Canejo!—pensó un día.—Tuitos se curan! Tuitos caminan!... Y yo... como un disgraciao... siempre jo... robado...

Y resuelto, convencido:

—¡Tiene razón mi compadre! ¡Qué cara...cho!... Probar no cuesta nada!...

Y el entusiasmo y la fe volvieron a su pecho fuerte.

No era justo que él se pasara toda su vida en aquel sillón de paralítico.

¡Había que terminar con el calvario!

Una noche, mientras se acostaba, dijo a su mujer, en un arranque de sinceridad:

—¡Sabés una cosa, vieja? Vi'a decir a mi compadre que me lleve a ese doctor que cura tan bien... Estoy risuelto!

—¡Hombre!—exclamó Anastasia, llena de optimismo y emoción:—¡Al fin!... ¡Pucha qué habías sido duro'e pellar!...

Y doña Anastasia, en cuanto apagaron la luz, rezó tres Avemarías y pidió a todos los ángeles del cielo que curaran a su marido.

Al día siguiente concertaron el viaje con su compadre. Este lo llevaría en su jardinera, acompañado del hijo mayor de don Prudencio, y pagaría todos los gastos ocasionados en el pueblo.

Don Prudencio no sabía cómo agradecer tanta generosidad. Su mujer llorisqueaba de agradecimiento y de alegría. Los muchachos vislumbraban una nueva vida, un milagro que les devolviera el padre de antaño.

Llegó el día convenido para ir al doctor.

Era una linda mañana de junio, fresca, límpida, con un sol brillante y cálido.

En el rancho de don Prudencio todos andaban y hablaban apresuradamente. Doña Anastasia, nerviosa y diligente, revolvía el ropero en busca de las mejores prendas para su esposo que, en la otra pieza, ya pedía una cosa, ya otra, gritaba y renegaba incansablemente.

—¡Ah, qué hombre cargoso!—suspiraba doña Anastasia, apurándose. Luego repetía como una letanía:—¡Si Prudencio se curara!... Dios quiera y la Virgen!

Aquel pensamiento no la abandonaba. Tenía fe, una fe intensa, pura, invariable. Fe de mártir y de esposa!

Media hora después llegó don Segundo.

—Vamo, viejo—invitó cordialmente.—¡Ha llegao también su día!...

Hiciéronse los preparativos para subirlo a la jardinera que esperaba en el camino. Lo sentaron en una silla. Los muchachos se encargaron de llevarlo. Poco trabajo les dió, pues, don Prudencio—como recuperando fuerzas agotadas—hizo menos costosa su ascensión. Momentos después estaba cómodamente instalado en medio del vehículo en el cual habíanse colocado algunas almohadas a fin de que el viaje fuese agradable.

Cuando estuvieron prontos para partir, doña Anastasia aproximóse y dió varios consejos a su hijo Fidencio...

Don Prudencio, mortificado ya y ansioso de marchar, respondió enojado:

—Güeno... sí... Yo también sé dar consejos...

Y dirigiéndose a su compadre:

—Vamo... Qu'es mejor caminar con la fresquita...

Don Segundo se despidió, castigó a los caballos y tomó rumbo al pueblo. Don Prudencio, entre tanto, se despedía zalamero ahora:

—Hasta más tarde, vieja... Portensé bien, muchachos... Rueguen pa que me cure!

Cuando la jardinera hubo desaparecido detrás de un cerro, doña Anastasia enjugóse las lágrimas y penetró en la cocina.

—Que Dios lo ayude... ¡Aunque juece con muletas!

Por el camino, don Prudencio se extasiaba mirando los campos: ¡tantos años hacía que no andaba por aquellos lugares!

Todo lo encontraba diferente; hasta el camino, antes lleno de barrancas y zanjones, donde las carretas quedaban empantanadas días y días, ahora estaba lizo y limpio como un cristal. Y a medida que se acercaban al pueblo, la admiración de don Prudencio iba en aumento. ¡Cómo había progresado todo aquello!...

—Pu... cha digo!—decía.—Los añazos que no veía estos lugares! Si hasta m'estaba olvidando'el mundo!... Siempre en la cueva... como el peludo... por esta enfermedá perra!...

Pero su compadre entusiasmaba:

—No hay qu'afligirse... Cuando yo le digo qu'usté se v'a curar! Tengo una fe bárbara, compadre!...

Fidencio escuchaba y pitaba continuamente; él también tenía esperanzas, pero, ¿para qué forjarse ilusiones? Mejor era esperar.

Llegaron al pueblo casi al medio día. Los dos hombres bajaron frente a una pulpería y pidieron algo que comer y una taza de caldo para don Prudencio.

Almorzaron y hablaron largamente...

Luego que hubo llegado la hora de partir, rumbearon por la avenida principal del pueblo, doblaron en una calle

angosta sin empedrar y dos cuadras más adelante—frente a una plaza de grandes árboles—se detuvieron y echaron pie a tierra. Estaban frente al hospital.

En seguida solicitaron una silla, sentaron en ella a don Prudencio y lo introdujeron en un patio grande donde ya esperaban turno muchos lisiados, enfermos y ancianos.

El corazón de don Prudencio empezó a palpar como nunca. Miraba desfilar continuamente los hombres graves con largas túnicas, que cruzaban el patio con gesto adusto, jóvenes llevando en las manos aparatos endiablados, practicantes que daban órdenes en voz baja, enfermos que hablaban, maravillados, sobre las curas realizadas por la cauterización del trigémino. Todo aquello desfilaba ante los ojos absortos de don Prudencio con una rapidez cinematográfica.

Momentos después se abrió una pequeña puerta; dijeron un número en voz alta, y al instante, un enfermo que apenas podía sostenerse en dos muletas, se enderezó lentamente y penetró a la sala de operaciones.

—Hum!...—pensó don Prudencio.— Si ése se cura, yo'toy salvo!...

No habían pasado diez minutos cuando la puerta se abrió nuevamente, apareciendo el lisiado, henchido de alegría y de emoción, con las muletas en alto en señal de triunfo. Y así muchos otros. Entraban doloridos o sostenidos por terceros, y salían contentos, sanos, fuertes...

Don Prudencio se impacientaba. Descaba estar ya en aquella pieza milagrosa.

Dijeron otro número. Le tocaba el turno a don Prudencio. ¡Por fin!... Sus dos acompañantes lo entraron, siempre sentado en la silla, ante la conmiseración de los demás.

Don Prudencio tartamudeó un saludo. Y empezó a mirar a todos lados, asombrado a la vez de ver tantos y tan complicados aparatos quirúrgicos. El nunca había visto nada

de aquello. Razón tenía su compadre al asegurar que las ciencias adelataban!

Don Segundo y el muchacho pidieron permiso para presenciar la operación, permaneciendo silenciosos, suspensos en la palabra y en los movimientos del doctor, quién, con la gravedad propia de su difícil apostolado, empezó en seguida su labor.

Don Prudencio presenciaba ahora todo lo que había dicho su compadre! Cabalmente. Sin exageración.

Cuando la aguja empezó a cauterizar el trigémino, don Prudencio sintió un dolor agudo pero soportable. Resistía serenamente. Pero no pudo aguantar:

—¡M'está churrasqueando, dotor!...

—Ya termino...—contestó aquél, prosiguiendo su labor de quemar cornetes.

Don Prudencio se calló. Esperaba el momento tan ansiado del "milagro". Pero éste no se producía. El galvano cauterio seguía su función. Bien sabía el viejo que su mal no tenía cura! La realidad, ahora más amarga y perversa, se presentaba más desnuda que antes. ¡Perdido! ¡Todo sería inútil ya! Tendría que continuar su vida anterior, siempre clavado en aquel sillón, como un amarrado por el destino. Sentía que las lágrimas asomaban a sus ojos; su pensamiento luchaba entre la esperanza y la desesperación.

Y el doctor proseguía quemando, impasible, grave, atento, sin preocuparse de los presentes, como reconcentrado en sí mismo.

Pasaron unos segundos. Largos segundos, mortificantes, nerviosos...

Don Prudencio sintió un dolor rápido y fuerte en el cerebro, y al punto un estremecimiento—como una electricidad—corrió rápidamente por sus piernas paralizadas. El trigémino había vuelto a funcionar! Sus fibras tornaban a la vida!

Don Prudencio no pudo contener un grito de asombro. Movi6 sus piernas. Primero con temor, luego con ligereza increible. Pero la sorpresa fu6 general cuando, incorporándose lentamente, comenz6 a caminar cada vez m6s de prisa y con m6s seguridad...

¡Curado! ¡Arrancado de la parálisis y entregado a la vida!...

—Pucha que había sido baquiano, dotor!... Mesmo que si fuera un santo!

Y don Prudencio, llenos los ojos de lágrimas, abraz6 al doctor en un arranque de agradecimiento gaucho!

La tranquilidad y el bienestar volvieron a imperar en el rancho de don Prudencio.

Los muchachos—impuestos ya de las necesidades de la vida—comenzaron a trabajar con entusiasmo inusitado.

Un día don Prudencio fu6 encargado de llevar una tropilla de ganado a la Tablada.

Sali6 contento, ansioso de agenciarse unos pesos.

Pero no volvi6...

La noticia corri6 inmediatamente y llen6 el corazón de congojas: don Prudencio, intentando detener la huída de una ternera, había rodado, siendo apretado y muerto por el caballo que montaba.

Poco tiempo después don Segundo, lamentándose por la muerte de su compadre, exclamaba compungido:

—Pucha que jué malo el destino! L'arregló'l triguésimo pa yevarlo m6s ligero!...

CARTON LIGADOR

Gauchito con suerte para ganar dinero a la lotería de cartones, era Policarpo. Allá donde habían muchachas guapas y lotería, concurría él con sus intenciones locas de arrear a las pccas horas no más, con todo el dinero y con todas las esperanzas de la mozada.

Muchas veces, apenas cantaban media docena de bolillas, saltaba Policarpo, alborozado, restregándose las manos con visible satisfacción, gritando en un gesto muy suyo de victoria:

—Basta y no borre, güena moza!... No sig'adelante porque se yenó el cuadro!

Ratificados los números por los más incrédulos, Policarpo, provocativamente, recogía los níkeles que formaban un montoncito tentador sobre la mesa cubierta por un hule gastado; pero advirtiendo luego que los mozos discutían y ponían en duda su formalidad en el juego, empezaba a repetir, simulando enfado:

—Y güeno... que me pongan un melico al lao si desconfean de mi seriedá!...

Cuando la tranquilidad tornaba al espíritu de los jugadores, añadía amable:

—¿Qu 'hacemo áhura?... Miren que l' hora corre y ca-rece pagar el kerosén!

Y siempre llevando la palabra, terminaba, dirigiéndose a la muchacha que cebaba el mate:

—A ver... Lorenzina... Trai ese mate, pue... Y avisá si estás peludiando con la yerba!

A lo que generalmente contestaba la interpelada de mal humor:

—Se peludia con la yerba cuando a los tacaños les gusta tomar de arriba!

—Pucha digo, infierno... Hasta l'agua sucia hay que pagar n'esta casa!... Güeno... Tráilo'e una vez que te vi'a dar propina y todo!...

En tanto el juego continuaba con mayor entusiasmo.

La mozada, aún con la esperanza de recuperar lo perdido, mirábalo con cierto dejo de envidia y rencor, pero Policarpo, a medida que iba ganando, tornábase más orgulloso y dicharachero, hablaba en alta voz, movía las manos de continuo, y tarareaba alguna destrozada décima campera si una de las muchachas aplaudía sus ocurrencias festivas.

Mientras Policarpo no conversaba, ocupado sólo en colocar prolijamente los granos de maíz sobre los números, todo marchaba bien; pero en cuanto empezaba a sonreír con picardía y a saltar en su asiento, la mozada volvía a ponerse nerviosa, intranquila... Al grito de Policarpo:

—¡Terno, canejo!...

O sino:

—Epa, amigo, que me acerco a la raya! ¡Cuaterno!...

Los jugadores enmudecían, alguien maldecía la hora en que a Policarpo habíasele antojado concurrir, y las muchachas—cariacontecidas por la presencia de aquel desconsiderado “arreador”—rogaban en su fuero interno al santo de su predilección a fin de que las ayudara y les salvara los pocos “vintenes” ahorrados entusiastamente durante la semana, los cuales, como de costumbre, irían a parar a los bolsillos insaciables del gauchito más “suer-tudo” del pago.

Y la frase de siempre fluía de los labios masculinos, traduciendo una mueca de rabia pasajera:

—¡Ah cartón ligador!... Si caés por mi rancho, dejuro te boleo, y ni tiempo te vi'a dar pa resoyar!...

A lo que Policarpo, sonriendo, respondía:

—Nunca me asustaron los perros ni me picaron los tábanos flojos!

Mas si él era orgulloso en demasía tratándose de juego, también era un poco generoso con la moza que supiera adularlo finamente; a una rogativa de ésta, él no sabía rehusarse:

—Policarpo es tan güeno como lindos son sus ojos pica-rones, y, dejuramente, no v'a permitir que me quede sin jugar por falta de un vintén!

—Cómo no, lucero qu'embellece'l camino'e mi suerte perra, tome y juegue no ma que yo tamién puede le dé una manito en caso'apuro!...

Y extrayendo dos centésimos,—nada más que dos centésimos, tal vez por la costumbre de no alargar la mano—, regalábaselos a la moza pedigüña, no sin antes mirarla a los ojos y musitarle un piropo intencionalmente brujo...; más aquélla en cuanto los perdía, solía solicitar otros con zalamería mejor estudiada.

Y así, jugando a la lotería de cartones, trabajando de vez en cuando para disimular su vida de holganza, y enamorando a las mozas, la juventud de Policarpo se desliza sin apuros, serena, monótona...

Un día, Policarpo, aburrido de no hacer nada, sintió una sed tremenda, una sed que le abrasaba con la fuerza de una serpiente. Había pasado la noche casi sin dormir, inquieto, lleno el corazón de inexplicables tentaciones, de anhelos hondos... Y un pesar enorme poníalo nervioso, meditabundo.

Fuése a la pulpería. Pidió un vaso grande de caña, sorbió todo el líquido de un sorbo y quedó callado, recostado junto al mostrador, con la mirada vaga, extraviada... Los pensamientos malos como una tropilla enfurecida, entraban en su cerebro, se embarullaban y destrozaban todas sus ideas buenas apenas nacían.

Alguien aproximándose sigilosamente, dijo:

—¡Pucha que sos suertudo pa ganar plata! Si pal amor sos ansina, no habrá muchacha n'el poblao que no dentre n'el potrero'e tu alma!

—Puede ser... que la vaca tenga cría...—murmuró Policarpo, para continuar luego con amarga convicción: —Es al ñudo... El hombre que tiene suerte pal juego, dejuro no la tiene pal amor. En eso sí que me dejan tuita la noche con el cartón blanquiando, aunque pida a tata Dios que me saqu'el pantano!...

El amigo, después de prolongado silencio, invitó sincero:

—¿Querés dir el sábado al rancho'e la vieja Lucía? Va'estar güena la jugada y habrán muchachas hasta pa elegir!

—No me gusta esa gente...—replicó Policarpo, despectivamente.—A la verdá, no quiero encontrarme con ese disgraciao'e Pedro... A lo mejor... Bah! No vale la pena dir... Vos sabés que dende que me robó la prienda no lo puedo resistir... Y pa que suceda algo fiero... nunca falta tiempo.—Y crispando los puños en un gesto de rebeldía y dolor, añadió:—¡Ahijuna gran pu...cha, malhaya l'ho-ra que vino al mundo!...

No pudo contener las vibraciones fuertes de su corazón, pidió otro vaso de caña que sorbió al momento y pasóse la diestra por la frente cual si deseara ahuyentar los pájaros invisibles de la venganza... Sus ojillos brillaron intensamente, de sus labios brotó una interjección y sus puños

volvieron a crispase, violentos, como si entre sus dedos flacos tuviese ya la garganta del amigo traidor.

—A un amor juído se busca otro amor, y la debilidad d' un hombre ingrato se mata con el desprecio!—murmuró el amigo, por decir algo.

—Se mata... se mata... de juramento...—profirió Polcarpo—Se saca'el medio y s'acabó!... Muerto el perro, se acaba la sarna y la rabia. Es lo mejor...

Y abonando el gasto, salió de la pulpería, indignado, apabullado, sin saber qué dirección tomar. Vagó por los caminos, por los campos, sentóse bajo los árboles junto a los arroyuelos, y pensó, pensó mucho...

Ya no era el muchacho de antes, dicharachero, burlón, gozoso y feliz. Ahora no le interesaba la lotería ni le entusiasma el dinero. Ahora únicamente absorbía todo su espíritu la belleza de una moza y la infidelidad de un amigo!

Llegó la noche. Una noche plena de estrellas, de ensueños, incitadora de amores inacabables, enloquecedores... Polcarpo, junto al camino, con la cabeza entre las manos y el corazón oprimido, permanecía sentado sobre unas piedras.

De vez en cuando acariciaba el mango de su facón y una maldición diabólica escapábase de sus labios. Un ruido cualquiera hacía poner de pie violentamente y, oteando atentamente, tomaba una actitud provocativa.

Pasó media hora larga, mortificante. El corazón de Polcarpo se agrandaba por momentos. Intentó sentarse, calmarse un poco. No lo consiguió.

Después, una sonrisa perversa dibujóse en su rostro, y el facón, oprimido enérgicamente, pareció hacer un signo de venganza en el aire.

Por el camino, silenciosamente, aproximábase una sombra. Era el amigo infiel que, ajeno a todo, dirigíase, tranquilo el espíritu, ansioso de amores hondos, al rancho de su amada.

Policarpo, reconociéndolo al instante, dió un salto y, fieramente, le atajó el paso a tiempo que gritaba:

—Párate, disgraciao sarnoso! Ahura te vi'a dar robar priendas ajenas!

Y, rápido como su pensamiento vengativo, atropelló a su adversario, quien, advirtiendo las intenciones siniestras de su imprevisto desafiante, dió un salto atrás, tomando una actitud defensiva. Un segundo más y los aceros chocaron en busca de un corazón; cada choque parecía una blasfemia angustiosa, un grito de muerte...

Y luego... palabras insultantes, gestos terribles de venganza inconcebible, hondas respiraciones y movimientos rapidísimos de los dos hombres que esquivábanse hábilmente y disputábanse la muerte con ansias brutales...

Después... en el silencio criminal de la noche estrellada, oyóse un quejido leve y una exclamación de triunfo, al tiempo mismo que uno de los contendores, abriendo los brazos, caía al suelo, dejando que el facón vencido rodara junto a su cuerpo; su corazón no pudo resistir el golpe asestado por el amigo infiel que, no satisfecho aún con haberle robado la prenda de sus amores, le quitaba ahora la vida como una burla feroz, como un sarcasmo incomprensible...

Al día siguiente unos troperos encontraron el cadáver de Policarpo, el muchacho más "suertudo" del pago. Allí no más, cerca del camino, abrióse una fosa y se le enterró como a una flor temprana, agostada por el amor y la traición...

Tiempo después algún gaucho viejo, mientras saboreaba el mate junto al fogón, recordaba compungido:

—En verdá, Policarpo jué siempre cartón ligador, pero una noche quiso jugar con la muerte y la muerte le ganó!...

UN SANTO REMEDIO!...

Era la tarde de un sábado, día de robos, de holganza y de borrachos.

Y era fin de mes para el viejo Tiburcio, lo cual quiere decir que aquel día cobraba sus veinticuatro jornales íntegros...

Apenas llegó la hora de abandonar el trabajo, el viejo Tiburcio cojió el saco con el corazón saltándole de alegría, y enfiló derecho al escritorio.

Que no le fueran a decir como muchas otras veces: "hoy no se le puede pagar". Entonces sí que gritaría a gusto.

Pero cuando vió sobre el escritorio un fajo de billetes nuevecitos, el corazón volvióle a saltar con más violencia. Restregóse las manos de puro gusto, saludó cortesmente y sonrió como un niño...

Y pensó que por otro mes tendría crédito en la pulpería, puesto que en la misma tarde pagaría su deuda.

Porque... ¡qué martirio atroz era para él pasarse un mes entero bebiendo nada más que agua pura de la cachimba! ¡El, nada menos, alcoholista empedernido y ferviente adorador de la caña "güena"!

—La caña nos mete vida, retoña las juerzas agotadas y nos d'aliento pal trabajo duro!—exclamaba filosóficamente cuando algún gaucho le tiraba de la lengua.

—Y si cualquier día no ma s'envenena y le da por estirar la pata?—preguntábale otro con disimulada picardía.

—¡Canejo!—contestaba el viejo Tiburcio, señalando el vaso de caña.—No vi'a jéder mucho, no! ¡si ya estoy em-balsamao'e pura caña!...

.....

El viejo Tiburcio llegó a la pulpería casi corriendo, arregló las cuentas y al punto pidió un vaso grande de "caña güenaza".

—¡Ligerito, pulpero, que traigo el garguero ma seco que pasto'e cuchiya!

Cuando miró hacia afuera vió que la noche habíase de-jado caer sobre los campos. Tuvo entnces un momento de lucidez,—muy natural en los hombres alcoholizados—recordó que su mujer, como siempre, estaría esperándolo sentada junto al fogón y con el mate pronto para ser gustado con deleite.

¡Pero qué diablos, él no sabía que el agua se había con-sumido de tanto hervir y el mate lavado de tanto esperar!

El viejo no quiso saber más nada.

Asustado, casi indignado contra quien sabe qué perso-naje imaginario, salió bruscamente de la pulpería,—mo-derno anfiteatro de perdición—y, ora cayendo, ora trope-zando, empezó a "saltar" alambrados y a cruzar campos.

En tanto, allá, en un rancho miserable, alumbrado por un candil semi deshecho por el uso continuado de sus due-ños, una mujer joven pero prematuramente vieja por los rigores de la vida y las peripecias sufridas con su marido, permanecía sentada junto al fogón apagado, con ambas manos sobre el rostro y los codos apoyados en las rodillas huesudas.

Sentía verdadero dolor aquella mujer, víctima como mu-chas de sus hermanas, de las borracheras de su marido embrutecido.

Se llamaba Lucila. Y era buena y humilde.

Mas en ciertos momentos sabía mostrarse rebelde y, pese a su existencia de desdichas, conservaba aún su carácter independiente.

Como todos los días, ella había preparado el mate con un verso campero a flor de labios, aunque una nerviosidad extraña hacía la presentir que el viejo no llegaría aquella tarde a compartir las delicias del líquido verdoso. Quién sabe si alguna "otra" no lo entusiasmaba más!

Y así llegó la noche también para ella. Todavía lo esperó largo rato con tranquilidad de espíritu. Pero advirtiéndole que tardaba demasiado, se entristeció... Y sintió entonces que algo de rebeldía empezaba a correr por las delicadas fibras de su corazón. ¡Era demasiado ya lo que hacía con ella el viejo Tiburcio!

Recordó que era sábado y fin de mes para su marido, quien por tal causa no iría posiblemente hasta la madrugada, ya que era costumbre inveterada en él no salir de la pulpería hasta gastar el último peso.

Lucila experimentó repentinamente una indignación tremenda. Se incorporó con violencia, guiada por un pensamiento bélico y, cogiendo un rebenque de bajo de un banco, aprestóse para salir en su busca.

—¡Pucha hombre disgraciao!...—sentenció con rabia.
—¡Hoy sí que le rompo los güesos sino me trai tuita la plata que preciso pa pagar lo que debo!...

Cubrióse las espaldas con una gruesa pañoleta, y aún renegó:

—¡Lo tengo que curar d'una vez a este viejo sinvergüenza!...

Y salió furiosa...

Pero Tiburcio, tal vez presintiendo algo anormal, se pre-

sentó por detrás de la cocina, tambaleando y diciendo estupideces que pretendían pasar por zalamerías.

—A ver el mate, vieja linda,—gritó desde la puerta,—que vengo con el cogote duro'e tanto cinchar pa vos!

Lucila sintióle desde afuera y entró a la cocina como una tromba.

Empuñando aún el rebenque, mostrando colérica sus cariados dientes, explotó con ganas:

—Veneno te vi'a dar pa que te quedés seco de una vez!

—Vamos, viejita... asujetá un poco el mancarrón del geniaso que t'engüelve...

--Yo te vi'a engolver con este rebenque, viejo sotreta!

Y amenazante, imperiosa:

—A ver... Decí and'estuviste hast'áhura!... Dejuro que te juiste a meter en lo d'esa cochina'e Laura!...

¡Hablá pue, no t'hagás el chanco rengó!...

—Pero... viejita, sino juí a nengún lao; juí no ma a la pulpería a pagar la cuenta...

—¡Dejuro! Se vé que pagaste y saliste corriendo, borrahín de los diablos!... ¡Y te venís adobao con cuero y todo!

—No, te digo que no!...—repetía el viejo, queriendo burlar el castigo.—Vos sabés qu'en cuanto largo el trabajo, me vengo a las casas!

—Güeno, güeno, s'acabó...—gritó Lucila, tirando el rebenque a un costado. — A ver... ¿Cuánto cobraste? ¡Eso m'interesa más!...

—Tomá... lo que me quedó...

Y el viejo Tiburcio, con mano trémula,—no de emoción, sino de caña,—puso varias monedas sobre la desvencijada mesa. Lucila las contó en el "aire".

¡Qué mala se puso! Parecía echar chispas furiosas por los ojos; tentaciones tuvo de coger al viejo por el pescuezo y arrojarlo al pozo, pero se contuvo... Sólo pudo tomar las monedas y ponerlas mismo frente a la cara de Tiburcio

que, medio idiotizado aún por el alcohol ingerido, no comprendía bien los reproches de su cónyuge.

Y así, como queriendo hacérselas tragar todas juntas, gritó desaforadamente:

—¿Y te cres, borracho de los demonios, que con diez pesos disgraciaos, vas a pagar la comida, tener rancho limpio y mujer pa que te cuide?... Te cres que yo vi'a ser tuya tuita la vida pa que vos engordés y te pasés de farra en las pulperías?...

—Pero viejita... no t'enojés...—replicó Tiburcio, zalamero.

—Verás vos... Cualquier día no ma me busco un negro fiero y te dejo plantao!... ¡No merecés otra cosa por desfachatao!

Y echóse a llorar.

Luego, arrojando indignada el dinero bajo la mesa, fué a la pieza a desahogarse.

El viejo Tiburcio, inconsciente, embrutecido, empezó a cantar y a encender fuego.

Pasó un mes.

El viejo Tiburcio olvidado ya de sus promesas de no beber más caña, volvió a hacer lo de toda su vida: cobró, pagó la cuenta en la pulpería y, cuando llegó a los ranchos, no daba con la cocina. Pero ya había de encontrarla!

Ocho días antes, Lucila había ido a casa de una vieja amiga, casada también con un hombre alcoholista, la cual al saber de la desgracia que la afligía, dióle un especial consejo y un remedio que debía poner en práctica en cuanto se le presentara la ocasión.

—Es un santo remedio, m'hija, un santo remedio!—aseguró su amiga con honda convicción.—Más borracho que Leoncio no había ninguno n'el pago y, sin embargo, ya lo

ves: güeno, trabajador y enemigo del copetín!Sí, m'hija... Algún día tenemo que ser tamién como el gato: esperar el momento pa pegar el zarpazo!

Lucila salió de casa de su amiga hondamente satisfecha y dispuesta a poner en práctica el remedio ofrecido.

Cuando el viejo Tiburecio se presentó tambaleando y blasfemando, Lucila, con unas ganas tremendas de curarlo de una vez, empezó...

Allí mismo en medio del campo, usando y abusando del rebenque insaciable que furiosamente daba vueltas en el aire para ir a descansar sobre las costillas del viejo, comenzó la "curación". A cada rebencazo el infeliz Tiburecio lanzaba un ¡ay! doloroso y prolongado. después del cual juraba, insultaba, gritaba y hacía lo posible para fugar...

Pero Lucila, enardecida ya, continuó dándole... dándole... hasta que creyó haberlo curado radicalmente.

¡Y en verdad que lo curó!

Media hora más tarde, el viejo Tiburecio descansaba para siempre en un cuartito oscuro de la comisaría.

Cuando el comisario preguntó a Lucila porqué lo había muerto, la pobre mujer, conteniendo apenas un grito de rebelión justísima, exclamó:

—¡Y qué quiere, señor comesario! El rimedio risultó muy fuerte pal pobre... y lo maté a él en vez de matarle la horrachera!...

Y persignándose religiosamente, entre sollozos, terminó:

—¡Qué Dios lo tenga en la gloria y a mí no m'abandone!...

!

TRIUNFO Y DERROTA

—Pacho... ¿qué es eso que pasa por el camino haciendo tanto ruido?—preguntó la madre desde su lecho de enferma.

—Son hombres, mama...; dejuro van pa la guerra...
—replicó Pacho, aproximándose a la puerta y mirando hacia el camino escabroso por donde cruzaba una columna de hombres a caballo, dejando una densa polvareda y el eco de cascos fuertes.

—Ah, pa la guerra... pa la muerte!...—suspiró la madre.

Mas advirtiendo que Pacho permanecía inmóvil, con la mirada fija en aquellos hombres henchidos de entusiasmo patriótico, gritó anhelante:

—Pacho... Vení p'acá... Pronto!...

El muchacho acercóse al lecho, sentóse sobre el esqueleto de una silla y quedó pensativo. Hubo un momento de angustia, de honda meditación... Dos corazones latían apresuradamente... Luego la madre, con acento débil pero sereno, dijo:

—M'hijo... yo no quiero que me abandones... ¿Sabés vos, acaso, el mal que arrojarías sobre tu vida? La guerra es la destrución del hogar, el olvido de la esposa, la miseria de los hijos!... Güeno... Vos sos muy gurí entoavía pa comprender estas cosas... pero no inorás que tu padre —¡pobrecito!—murió peliando como un gauchó'e lay!...

Por eso yo no quiero que vos seás otra víctima, ¿comprendés?

—Compriendo, mama... pero si me precisan no hay más rimedio que dir... ¿Qué vi'a ser sino... dejar que vengan los bandidos a yevarse tuito lo qu'hemos ajuntao a juerza'e trabajo y penurias?...

Pero la madre no sintió las últimas palabras. Como un grito angustioso, brotado de lo más hondo del corazón, imploró:

—No... no!... Jurame que no irás... Jurame, Pachito!... ¡Qué se pierda tuito lo que tenemos, pero vos no t'irás!... ¡no t'irás!...

Pacho bajó la cabeza afirmativamente. No pudo hablar. El nudo que tenía en la garganta le oprimía atrozmente. Y en sus ojos claros brilló una luz extraña.

Se levantó pesadamente, dió varias vueltas por la habitación y, pretextando llevar la vaca al galpón, salió apresurado. Se metió en la cocina. Intentó serenarse, tomar unos mates, calentarse junto al fuego, pero no pudo conseguirlo. Salió nuevamente. Se fué al campo, al camino por donde habían pasado los hombres... Y empezó a caminar... a caminar... como un enfermo del alma... como un perdido en la noche brumosa del dolor...

El corazón vibrábale de emoción incontenible y en el cerebro un dilema tremendo martirizábalo cruelmente: u obedecer la voz de la patria que exigía brazos fuertes para defenderla del invasor que llegaba ya a las puertas del pueblo, acatar la orden sagrada de la madre que desde su lecho de enferma habíale implorado su protección y juramento, o complacer a la novia linda y caprichosa que deseaba ardientemente verlo retornar del campo de batalla, lleno de gloria como los héroes de leyenda.

Detúvose junto al alambrado. Sin pensar había llegado frente a "su rancho". No quiso mirar... Cerró los ojos... Buscó en su interior una luz que iluminara su camino fu-

turo... Pero ya el corazón—la voz de la sangre—había dado el fallo definitivo: ante todo y sobre todo, la madre! Mas el alma se rebeló: ¿y su novia?, ¿qué diría? Ella que habíale prometido la última vez despreciarlo y olvidarlo si no iba a sacrificarse como los otros hombres, como sus hermanos?...

Buscaría un pretexto, argumentaría la enfermedad de su madre, su ideal humanista...

Mientras tanto, en su pecho generoso, la hiel se iba amontonando...

Al día siguiente, como de costumbre, fué al rancho de su novia.

Trémulo de emoción, llevando el espíritu quebrantado, llegó a la puerta de la cocina. Allí, linda y fresca, atrayente y diabólica, estaba su novia, su Luisa, su martirio... y su dicha!

—Güenas tarde, Luisa—saludó.

—Muy güenas!—contestó aquélla sin sorpresa.—Casualment'estaba preparando el dulce, porque vos amargo no tomás...

—Pa amargura basta con las penas...

No se movió. Luisa invitó. zalamera:

—Dentrá pue...; no tengás miedo que aquí no hay perros sueltos... y vos conocés la querencia!...

Pacho entró. Sentóse en un banco largo que había junto a la pared y aceptó el mate que le ofreció la moza.

Hablaron. Se dijeron cosas vulgares, cosas de novios indiferentes... Y media hora cruzó por el tiempo. Afuera un perrito rezongaba sordamente...

Pacho no atinaba a marcharse. Temblaba... Algo enorme en su interior presagiábale una tragedia o una derrota. ¡Tal vez la destrucción de su vida!

Mas, haciendo un esfuerzo, se levantó. Y miró hacia el campo, y allá a lo lejos, el horizonte tenía tintes rojos.

—¿Te vas?—preguntó Luisa, dejando el mate sobre la tapa de la pava,

—Sí... Tengo que dirme... por mama... qu'está enferma... Vos sabés...

Y tomando una resolución definitiva:

—Vos sabés... que no voy... por mama!...

—Qué no vas ande!?!...—admiróse Luisa.

—¡A peliar!... Mama no quiere... Y en primero es eya!...

La muchacha se estremeció de rabia. Ahora sentía amor y odio a la vez:

—¡Ah cobarde!... Nunca creí que jueses tan desgraciao!... Y mis hermanos fueron tuitos... porque son hombres! ¡Vos no sos hombre pa mí... ¡andate!...

Pacho quiso hablar, gritar su angustia, pero la lengua se le pegaba a la garganta, su pensamiento se embarullaba... y veía todo deshecho, todo acabado, todo perdido... : sus ilusiones, sus esperanzas, sus nobles aspiraciones.

—Andate, te digo... Me das repunancia!... ¡Cobarde!...

Y lo empujó bruscamente, haciéndole salir de la cocina y cerrando la puerta con violencia.

Inclinada sobre el pecho la cabeza, arrastrando torpemente los pies, llevando a cuestras su amor tronchado, Pacho emprendió rumbo hacia su rancho. Pero al llegar a la cuchilla desolada, no pudo contener un deseo, tal vez su último deseo: volvióse y miró larga y tristemente el nido de su amada que allá en la llanura parecía burlarse de su dolor y de su vida. Luego, repentinamente, cubriéndose el rostro con ambas manos, apuró el paso y perdióse en la lejanía...

Pasaron varios días. Días largos y dolorosos para el muchacho. Ya no tenía la fe y el entusiasmo de otrora. Ya no tenía ni ganas de seguir viviendo. Ahora era un

autómata. Un inconsciente quizás. La imagen de la novia se clavaba cada vez con más intensidad en su retina... Y su pensamiento no razonaba, no podía serenarse... Y en la cocina, en el galpón, en el campo intentaba pensar, coordinar sus ideas. ¡Su madre, la patria, su novia!... Dilema tremendo que ponía locura en su cerebro y flojedad en su corazón!...

“¡Cobarde!” ¡Con qué timbre extraño y perverso sonaba en sus oídos aquella palabra! ¡Cobarde porque no iba a pelear, porque no abandonaba a su madre enferma!

Pero el amor es poderoso y se impone muchas veces, venciendo al corazón...

Y una tarde de serenidad cálida e impregnada de aromas camperos, tomó una resolución irrevocable: iría a la guerra en busca de la muerte o de su felicidad; iría para complacer a aquella mujer que habíase cruzado en su camino, insinuándole emociones inefables y dichas de amor; dejaría a su madre al cuidado de una vecina, le pediría perdón por su desobediencia y demostraríale a su novia la valentía y coraje de que era capaz. Pero si retornaba lleno de gloria, ¡cuán grande sería su triunfo! Nunca había desobedecido a su madre, mas ahora lo hacía por vez primera, impulsado por un arranque de amor profundo, por el capricho de una mujer que se había adentrado muy hondo en su pensamiento generoso...

Y en la primera columna de hombres que volvió a pasar por el camino,—Pacho, con dolor y entusiasmo a la vez—plegóse decidido y entonó un cántico patriótico para disimular la amargura que ponía sombras en su destino...

Noticias halagadoras llegaban del pueblo y se extendían con la velocidad de los vientos por todos los ranchos, inflamando los corazones de alegría indescriptible, puesto

que ya vislumbrábase en el horizonte el arco-iris de la paz.

La guerra había terminado! La patria estaba salvada y engrandecida por las hazañas tremendas de sus hijos... El extranjero—impotente ante la fiereza y coraje de los gauchos que sólo exigían el respeto a la libertad—, recapacitó en sus ambiciones y prometió respetar por siempre la soberanía y la independencia de la nación hasta entonces poco menos que oprimida y vejada...

Pocos días después llegó la confirmación de la ansiada noticia. El pueblo llenóse de color y de alegría. Y hubo regocijo en las almas y humedad de emoción en los ojos.

Luego, empezaron a llegar los héroes. Enflaquecidos, haraposos, con olor a pólvora en las chaquetillas chamuscadas, pero victoriosos, pletóricos de gloria, fija la mirada en un horizonte ahora más promisor y tranquilo.. Diríase que cada gaucho traía en los labios una frase de amor para la novia y un beso de ternura para la madre!

Y allá en el rancho de Luisa—la amada de Pachó—también había fiesta, y alegría, y cantos, y nupcias, y bullicio... Al retorno de sus hermanos, uníase en casamiento con un gauchito quisquilloso que no había ido a la guerra, pero había sabido dominar el carácter rebelde y bravo de la moza.

Luisa, pérfida y falaz, había urdido un plan diabólico. Deseando desambarazarse de Pachó—a quien ya no amaba por haberse cruzado en su camino otro hombre—pretextó una fe patriótica que no sentía y exigió rotundamente a fin de que su novio fuese a la guerra. Mientras tanto, libre ya de su presencia, concertó su casamiento.

Ahora, para aquel muchacho bueno y noble, sólo tenía una sonrisa de conmiseración y un gesto de desprecio enigmático.

En cambio, del otro lado—donde esperaba la madre de Pachó—había dolor, y zozobras, y lágrimas... ¡El hijo no

retornaba!... Sus últimas noticias databan de un mes; había escrito a su madre apresuradamente, para enterarla que estaba bien, aunque luchaba mucho contra el enemigo: eran frases de ternura honda, de esperanzas, de ilusiones y optimismo; frescas, halagadoras, llenas de amor filial, que la madre repetía como un rosario y que la hacían estremecer y llorar. Y lo esperaba día a día, con los brazos abiertos, con el corazón palpitando de emoción. Ahora estaba sana, fuerte, valerosa... Acaso Dios la habría mirado desde una estrella y comprendido su angustia!

Y seguía esperando anhelosamente... amorosamente...

Pasaron las horas, los días, los meses... La madre—siempre con el corazón impregnado de esperanzas—esperaba...

Una noche soñó que su hijo había muerto en el campo de batalla, pronunciando veladamente su nombre, semi-enterrado en un zanjón, solo, olvidado, con el pecho agujereado por balas criminales...

Y otra noche lo vió también en sueños. Llegaba al rancho, ennoblecido, henchido de alegría contagiosa, y la abrazaba y besaba fuertemente y le contaba muchas cosas lindas y dolorosas, emocionantes y picarescas!...

Y así vivió... hasta que la muerte selló sus labios y puso sosiego en su corazón!

Meses después llegó al rancho, ahora abandonado y semi derruido, un hombre silencioso y triste. Era Pacho que volvía abatido y desilusionado.

El dolor habíale clavado muy hondo sus garfios finísimos! Y la vida, haciendo muecas satánicas, se ensañaba aún más con su corazón...

Pacho contempló largamente el rancho donde pasara horas de inefable felicidad. Intenciones tuvo de ir en busca de la mujer culpable de su desgracia, llevarla de los cabe-

llos y hacerle pagar allí todas sus infamias, pero se contuvo ante el recuerdo de la finada.

Luego... enjugándose las lágrimas que se deslizaban por su rostro curtido, lanzó un último adiós a la memoria de su madre y prosiguió su camino hacia el olvido, hacia las lejanías inciertas que allá en el horizonte parecían monstruos burlándose de los hombres buenos!...

LA JUDIADA

—Pa improvisar y preparar bailes, hay que dejar a la negra Gertude! Nunca vide en verdá espíritu más animao y divertido... En un santiamén, agata uno abre la boca p'hacer cumplimientos, ya'ta tuito preparao, y no digo que las guitarras empiezan a tocar solas, por no ser desa-gerao!... Pero lo demás, mesas, sillas, cachivaches viejos, parecen andar mesmo n'el aire por l'habilidadá' e sus manos!... ¡Y p'acoyarar pichones y buscarles novios a las mozas, no hay en tuito el pago quien l'aventaje! Negra loca por el baile, ña Gertude! Agata siente algo, se güelve insoportable y s'ofrece d'enseguida pa cualquier cosa con tal de poderle dar gusto a las caniyas!... Y si hay algún negrito compadre y perfumao, ¡Dios santo, cómo se pone contenta!... Es capá'e dar güeltas al rancho patas p'arriba y hacer bailar a los viejos más chochos!...

Así habló don Florentino, un paisano fuerte y maduro, dispuesto siempre a contar cosas regocijantes y a rememorar tiempos idos...

Sentados en el suelo, con las piernas encogidas en torno al churrasco y en las manos el infaltable mate amargo, permanecían atentos varios hombres jóvenes, ávidos de referirse mutuamente sus andanzas y aventuras amorosas.

Habían terminado la mañana trabajando la tierra y, como todos los días, después del almuerzo, se retiraban a dormir la siesta para tranquilizar los músculos, ya bajo los arbolitos del monte cercano o bajo la carreta acogedora.

Aquel día reinaba un calor endiablado. El aire amenazaba mandarse mudar para siempre y el sol parecía tener ganas de achicharrar a todo el mundo. De vez en cuando una nube fugitiva cruzaba el espacio y un airecillo cálido y fugaz acariciaba el rostro curtido de Tiburcio y hacía-le abrir la boca en un gesto de refrescante satisfacción. Acostado sobre unos cojinitos gastados, las piernas cruzadas malamente y con el pucho apagado entre los labios, pensaba serenamente en tanto miraba a un insecto que se deslizaba por el eje de la carreta que hacía-le de resguardo... En eso estaba, cuando al insecto le dió por dejarse caer y dar con su "cuerpo" precisamente en un ojo del muchacho, quien, sin saber cómo, dió un brinco y un grito al mismo tiempo. Pero, a fuer de sinceros, es noble decir que Tiburcio era el mozo más tonto y crédulo de todos los peones y el más desgraciado para el amor...

Luego, no pudiendo ya sestear y temeroso de toparse con otro "hicho" empezó a darse aire con el sombrero y recordar con fruición el último baile en casa de Lorenciano y su última aventura amorosa con la hija de Paneracio, una moza pizpireta, diabla y llena siempre de picardías. Y, claro, Tiburcio, como todo mortal, tenía también sus debilidades y, si era afortunado en todas sus empresas, en el amor era nulo, no acertando nunca una buena enlazada, aunque se le veía tirar el lazo continuamente. Allá donde había un baile, estaba él, ya invitado con anticipación por algún amigo o invitándose solo, puesto que lo mismo daba; miraba una moza, le gustaba, bailaba toda la noche con ella y, al fin, con cierta emoción, tartamudeando, declarábale su amor y ofrecíale haciendas y castillos. La moza en un momento de entusiasmo o deseosa de volverlo más zonzó, dábale el esperado "sí" como si le diera una mazorca de maíz tostado y recién sacada de las cenizas!

Aquella noche Tiburcio no durmió de puro gozo y hara-

gán que era. Hablaba en voz alta, exigía a cada instante la tabaquera del compañero, fumaba con peligro de incendiar el catre y el rancho y, con la cabeza sobre las manos abiertas y unidas por detrás, echaba humo a bocanadas y repetía cien veces el nombre de la "prometida". De repente lanzaba un grito, daba un salto y quedaba sentado en el centro del catre que parecía proferir una maldición, todo porque una chispa o la ceniza caliente del cigarro armado toscamente, se le antojaba meterse entre la camisa y las carnes!...

Cuando se encontró con don Florentino, murmuró recogido:

—¡Qué me gustaría dir al baile'e la negra Gertude!...

—Y por qué no? Casualment 'el sábado ta d'olios y el baile no v'a faltar! Si querés te presiento!...

—¡Cómo no!... ¡Superior!...—aprobó Tiburcio, palmoteando las manos y haciéndosele agua la boca.—Y... ¿no sabe si va tamién l'hija'e Pancracio?

—¿Cómo v'a faltar eya, la moza ma divertida'el pago? Eso no se pregunta!

—Dios l'oiga, don Florentino!—zalamereó.—Si no sé qu'hacerle de puro gusto! ¡Pucha qué hombre güeno es usté!...

—N'esta ves t'acoyarás d'ende veras—prosiguió don Florentino, dispuesto ya a cometer otra "judiada"—Y si querés, tamién te la busco y la pongo en tus brazos!

Tiburcio, como aquél que recibe repentinamente la herencia de un pariente lejano y desconocido, dió un salto y echóse en brazos de su amigo, sintiendo deseos de llorar por tanto desborde de felicidad... Don Florentino desprendióse del agradecido mozo y al punto lo miró fijamente: algo chistoso pujaba por salir de su pecho, pero se contuvo y echó a andar hacia el galpón.

Inútil es manifestar que desde aquel día Tiburcio no dejó tranquilo a don Florentino: preguntábale cuándo se

realizaría el baile; si lo admitirían en él; si irían muchachas lindas; si los dueños del rancho eran benevolentes; en fin, preguntas baladíes capaces de hacer enojar a cualquiera, menos a don Florentino que, siempre parsimonioso, animaba:

—Pasencia, muchacho... Con el tiempo empluman las aves...

Y como todo llega en esta vida, llegó la noche del baile tan ansiado y esperado por Tiburcio. Tempranito no más, apenas abandonó el trabajo, dirigióse al galpón previa higienización corporal, empilchóse con las mejores prendas que poseía, se perfumó con agua de colonia, anudóse un pañuelo blanco al pescuezo con un anillo compadrón sobre el nudo y, caminando con cierto aire principesco, se fué en busca de don Florentino.

—Ya toy pronto, don... Cuando quiera hacemos camino...

—Güeno, un momento...—contestó el interpelado, vistiéndose de prisa.

Tiburcio volvió a mirarse los zapatos, el traje, el pañuelo recién planchado y el sombrero bien cepillado. No pudo resisir, y con orgullo, preguntó:

—¿Qué le parece don?... ¿Tengo güena estampa?...

Don Florentino, sin mirarle, contestó rápido:

—Especial... N'esta vez l'embocás d'endeberas!...

Una hora después los dos amigos se presentaban al rancho de la negra Gertude. Don Florentino, diplomáticamente, presentó a Tiburcio, quién, ante tantos agasajos y cumplimientos, retribuía las alabanzas de la mejor manera posible, encantado sobremanera de los buenos modales de la dueña del rancho...

Pocos instantes después la concurrencia era numerosa, sobresaliendo la gente de color y los piropos chispeantes. Y, previa las presentaciones de práctica, comenzó el baile; pero Tiburcio, quién sabe por qué oculta fatalidad, quedóse sin compañera, triste y pensativo,—aunque es bueno advertir que él tampoco se esforzó por conseguirla, puesto que sino bailaba con la hija de Paneracio, no bailaba con nadie... Y como aquélla no había llegado...

En tanto allá en la cocina, don Florentino conversaba animadamente con una negrita muy coqueta y casquivana, con la hija de Paneracio y la dueña del rancho. De vez en cuando las carcajadas sonoras llegaban hasta la sala de baile y mortificaban a Tiburcio...

El corazón de éste dió un salto... En ese momento, del brazo de la negra Gertude, entraba la hija de Paneracio, vestida sencillamente, empolvada hasta las orejas y con su sonrisa característica, burlona y traviesa...

Al ver a Tiburcio cohibido y nervioso, acercóse y lanzóle una flecha directa al corazón!

—Cuando el pájaro ta solo, el nido se güelve infierno!...

—Ansino es...—aprobó Tiburcio.—Por lo qu'es güeno buscar compañera pa que nos quite la pena l'alma... Por eso hace tiempo que sigo su güelo con ánimo d'herirla!

Gustó la respuesta, pues ambas mujeres rieron satisfechas.

Después... Tiburcio empezó a bailar con la moza, feliz, contento de la vida. Y bailando y diciéndose al oído cosas dulces y ardientes, pasaron dos horas veloces, inigualables... Pero al final, algo extraño y tentador dijo la moza, pues Tiburcio, poniéndose rojo hasta el cuello, replicó entusiasmado:

—¡Güeno... güeno!... ¡Qué naide se dé cuenta!...

Don Florentino desde la puerta de la cocina, miraba y sonreía picarescamente, mientras la pareja, con mal disimulada cortesía, salía de la sala...

Tiburcio, con el corazón rebosando alegría, corrió a la cita prometida bajo de un tala... Esperó ansioso la llegada de la moza, que, debido a la oscuridad reinante, tuvo que hacer esfuerzos de imaginación y de visualidad a fin de no perderse y encontrar al callado tala, cómplice involuntario de un amor vertiginoso... Y cuando Tiburcio empezaba a soñar con dichas inacabables, sintió que algo grande y oloroso se dejaba caer en sus brazos... Era la moza, que rendida, semi desvanecida de felicidad, dejábase apretar dulcemente. Luego sentáronse sobre la grama, cuchicheáronse al oído quién sabe qué cosas y... es prudente bajar el telón para levantarlo media hora después...

.
Tiburcio sintió sed. Tenía la garganta seca; a falta de licores, armó un cigarro, extrajo las cerillas de un bolsillo, y, con suma precaución para que la luz no descubriera su presencia en aquellos lugares, encendió un fósforo... ¡No lo hubiera hecho!... Al enfrentarlo a la moza y verla sonriente, victoriosa, con un gesto de burla feroz que tentaba por tornarse en carcajada tremenda, Tiburcio, lleno de espanto, saltó como un gato y salió corriendo a la vez que gritaba:

—Madre mía, se golvió negra!...

Con efecto, era la negrita coquetuela y casquivana que una hora antes tramara el plan con don Florentino, la negra Gertude y la hija de Paneracio, para burlarse lindamente del crédulo y enamorado muchacho...

Y a fe que lo consiguieron como lo han visto ustedes...

Aquel "cambio" fué el comentario cotidiano en todos los ranchos, y, desde entonces, Tiburcio no quiso saber más nada de mozas ni de amor entre las sombras...

“DE GÜELTA 'L PAGO”

Cuando el viejo Leoncio vió a Sandalio parado en el umbral de la cocina, con una sonrisa de triunfo en los labios, casi dejó caer el mate que apretaba entre las manos y abrió la boca en una exclamación de asombro y de sorpresa:

—¡Sandalio! ¿Vos po aquí?...

Y quedóse mirándolo con fijeza, como idiotizado, tal si aquel hombre fuera un fantasma con ideas siniestras o un alma que viniera en busca de la suya... Temblando continuamente masculló algunas palabras incomprensibles, ya que la emoción poníale un nudo en la garganta.

—Ansina es, viejo—contestó el recién llegado.—Tanto camina y tantas güeltas da el perro, qu'al final llega a la querencia, anque muchas veces llega corrido por el hambre y por los mal agradecidos... Pero menos mal si encuentra un rincón ande recostar los güesos y un'achura pa entretenerse!...

El viejo Leoncio pareció animarse con las palabras pacíficas del forastero y, con un temor injustificado aún, dijo en voz baja:

—¡Cuidao, que las paredes tienen oídos!...

Sandalio miró a todos lados, acarició el mango de su puñal con cierto deleite y salió afuera, al campo, a cerciorarse si lo venían siguiendo, pero como no vió nada anormal por los alrededores, volvió a la cocina no sin antes

observar detenidamente a su caballo atado al palenque. Se sentó luego sobre un montón de bolsas vacías en el suelo, junto al fogón, y aceptó un mate que le ofreció el viejo con zalamería inusitada. Hubo un prolongado silencio entre los dos hombres. Sólo sentíase el chisporroteo del fuego y el escarceo del caballo quisquilloso. Al fin, el viejo, por decir algo, preguntó impensadamente:

—¿Y qu'ha sido'e tu vida durante tantos años?

—Qué v'ía ser, viejo... Puro vagamundear como los abandonaos'e la suerte, matreriando y robando pa poder vivir y chupando caña pa olvidar las penas l'alma! ¡Y, sobre tuitas las cosas, gambetiando siempre a la polecía!... Veinte años que me juí d'estos pagos, veinte tajos en mi corazón por un'achura en forma'e mujer linda y caprichosa!... Pu... cha que me ha costao cara la felicidad d'unos días!...

Devolvió el mate. Empezó a liar un cigarro y a mover la cabeza levemente. El viejo, desconfiado siempre, y a fin de que Sandalio se tranquilizara, dejó el mate sobre la pava, se levantó y fué hasta el armario del que extrajo una botellita de caña. Luego volvió a sentarse. Y dijo:

—Güeno. En primero suavisé el garguero con esta caña pura y cosquillosa,—como dice riyendo el pulpero—y dispué estirá la lengua y contá cómo jué “aqueyo”, pue po aquí se dijieron cosas fieras y s'inventaron chismes a montones, pero el pulpero y yo juimos los únicos que no creimos en tu culpabilidad!...

—Las lenguas malas son como el zorro: cuando el perro est'ausente, él se jata'e su valentía, pero en quantito aquél asoma la trompa, se güelve adulón y zalamero, sino dispara y s'escuende con la cola entre las patas!...

Tembló el viejo Leoncio al oír estas palabras. Sintió que la garganta se le secaba y que algo le cortaba la respiración, pero haciendo un esfuerzo, permaneció sereno exteriormente, pues su corazón palpitaba con violencia. Con

mano trémula alargó la botella que Sandalio tomó al instante, bebiendo dos o tres sorbos y devolviéndola a su dueño.

—Linda caña, viejo, p'hacer tomar coraje!—exclamó. Y, parsimoniosamente, encendió el cigarro en una brasita escondida entre las cenizas.

—Y p'hacerno olvidar los ricuerdos d'esta vida perra! —añadió el viejo.

Sus ojos grandes y expresivos tomaron un brillo extraordinario y una satisfacción íntima se reflejó en su rostro bronceíneo. Enseguida empinó la botella, sorbió un trago y la dejó en el suelo a su lado.

Repentinamente, como si quisiera infundir temor en el ánimo de Sandalio, preguntó simulando indiferencia:

—¿Y vos no tenés miedo a la polecía? A lo mejor el comesario anda ya oliendo tu güelta'l pago!...

—No s'asuste, viejo...—contestó Sandalio con serenidad.—La vida me ha enseña'o muchos caminos güenos pa juirle a los perros cimarrones y los porrazos ya no me hacen meya!... ¡Estoy curao'e tanto arrastrar l'osamenta que Dios me regaló!...

Tomó otro mate. Pitó repetidamente el pucho apagado, a tiempo que miraba a Leoncio con extraña fiera:

—Pu... disgracia!... Hasta'l pucho se me ha güelto rebelde y fayuto!...

Luego, sin pensar, como hablando consigo mismo, murmuró:

—¡Yo la quería mucho a Laura, la quería como si juera algo propio de mí mesmo, como algo qu'estaba pegao a mi vida y cuya separación yo creiba imposible!...

*
* *

Era una historia sencilla como el alma de un gaucho generoso.

Se habían conocido desde niños. El pasaba el día entero cuidando los animales, llevándoles agua y durmiendo en el monte sobre un colchón de hojas secas. Ella acompañaba a su madre al arroyo y la ayudaba en su oficio de lavandera. Cierta día los dos niños se hicieron amigos. Empezaron a correr, a jugar, a tirarse de los cabellos... En tanto iban creciendo, tornándose serios. Pero continuaban jugando, corriéndose uno al otro o enojándose por cualquier futeleza. Hasta que se supieron mozos...

Ahora ya no era amistad, ni tonterías de niños lo que sentían. El empezó a quererla de verdad por su carácter optimista, bueno y alegre y a sentir un amor grande, digno de su belleza y frescura. Ella, fascinadora, provocativa, se reía y echaba a correr en cuanto él intentaba decirla alguna frase amorosa.

Una tarde, mientras la madre lavaba preocupada a orilla del arroyo, se perdieron en el monte, corriendo, saltando, riendo a carcajadas... Ella, en su carrera, tropezó, se enredó en unos yuyos y cayó de bruces sobre una gruesa raíz. Rápida como una liebre, se levantó e increpó al mozo por haberla hecho caer. Se "pelearon". El intentó conformarla, acariciar la herida que habíase producido en un brazo. Mas ella, llena de rabia, con el cabello en desorden, deseando vengarse, saltó sobre él y lo hizo rodar por tierra. Al punto arrojóse encima, lo apretó fuertemente y sin darle tiempo de reaccionar, clavóle sus dientes felinos en las mejillas.

—¡Tomá pa que te acordés, sabandija!...

E incorporándose, echó a correr por entre los árboles. El mozo, con un hilo de sangre en la cara, se levantó presto y, anheloso de desquite, salió en su persecución. Ella corría y saltaba diabólicamente... El iba cansado ya, fatigado, con "la lengua afuera"...; pero cuando dete-

níase para descansar, ella tropezó nuevamente y cayó al suelo. Entonces, creyéndose perdida, temerosa, implorando piedad, gritó:

—Déjame! Jué por gusto!...

El no quiso oirla. Con dolor aún en la cara manchada de sangre e indignado por su acción, se lanzó sobre ella para castigarla, pero en aquel instante, al tenerla entre sus brazos fuertes, implorante, vencida, con una sonrisa capaz de convertir al mismo San Pedro, algo así como una electricidad corrió por su cuerpo, y toda su rabia y todo su dolor se convirtieron bien pronto en perdón, en dulzura, en amor...

Y la perdonó, la ayudó a levantarse y aún preguntóle si se había lastimado. Mas no la soltaba: temía que le hiciera otra diablura, que se burlara de su indulgencia.

—Güeno... Soltame áhura!...

—No... En primero mirame la cara... Tené que pagármela...

Ella lo miró. No pudo resistir y lanzó una carcajada tremenda...

—¡La marca!... ¡Tas marcao!... Ande yo clavo los dientes, hago salir sangre!...

Volvió a reír con más ganas. E intentó escapar de los brazos del mozo que, inconscientemente, la iba apretando... apretando...

—¡Bruto... soltáme!...

Púsose seria. Lo miró, ahora, colérica. Ya no era la misma muchacha alegre y burlona. Había tomado una actitud desafiante, terrible y sarcástica a la vez. En un movimiento seco, violento, haciendo vibrar todo su cuerpo flexible, desprendióse de su "rival" que, viéndose impotente ya por la fuerza, cambió de parecer.

Zalamero, endulzando la voz, mirándola a los ojos con ternura honda, aproximóse a la joven que con el cabello suelto, alta la frente y los brazos en jarra, seguía contem-

plándolo, inmóvil, imperiosa, provocativa. Parecía una estatua soberbia puesta por natura en medio del monte!

—No t'enojés, Laura! Vos sos tan güena y linda que ni los pájaros son tan lindos y güenos como vos, ni las flores tienen el color envidiable de tus cabellos, ni las estrellas poseen el fulgor y la serenidá de tus ojazos!... ¡Porque Dios puso en vos tuita su grandeza y sabiduría!...

Laura, siempre en actitud dominante, lo miró, sonrió amablemente y, halagada y satisfecha por la sumisión del varón, puso en su sonrisa todo su encanto, toda su alma! Mas él, temeroso aún, tremante, escéptico, aproximóse... Laura no se movió: al contrario, dijérase que lo desafiaba, que lo atraía con sus ojos expresivos y enloquecedores...; el mozo, entonces, delicadamente, como si tomara entre sus dedos una rosa recién abierta, la oprimió contra su pecho.

—Ahura sí vas a pagarme la que me debés!—exclamó triunfante.

—Güeno... ¿Qué querés?—preguntó Laura, sacudiendo la cabeza con energía.

—Un beso...

--Tomá!...

Y dióle un bofetón a tiempo que se desprendía con brusquedad y echaba a correr entre los árboles. El mozo, avergonzado un tanto por la acción inesperada, no atinó a seguirla.

Indignado luego, con el alma amargada por una desilusión más, dejóse caer al suelo sobre un montón de hojas secas... Reflexionó largo rato. Sandalio la amaba ya con pasión intensa. Sin querer había dejado que el amor se introdujera en su corazón! Y en vez de aborrecerla por los desprecios diarios que le hacía, sentía cada vez con más fuerza el deseo de hacerla suya.

Y una tarde serena y cálida, mientras el gorjeo de los pájaros invitaba a gozar dulces momentos, él la habló emo-

cionado y expresó sus ideas de casamiento. Laura, como siempre, halagada y satisfecha, escuchó absorta las sencillas y ardientes palabras de su adorador y aceptó complacida sus proposiciones honestísimas.

Se preparó todo para la boda. El estaba contento, gozando ya de la felicidad, pensando en el futuro. Ella, en cambio, permanecía indiferente, burlona siempre, con más ganas de correr y saltar por los campos y los montes, que constituir un nuevo hogar.

Llegó el día señalado para el casamiento y llegó también la hora de ir a la iglesia del pueblo, pero Laura no apareció por ninguna parte. Se la buscó por el monte, por las casas vecinas, por todos los rincones del rancho... El mozo, desesperado, presintiendo algo doloroso, no hacía otra cosa que dar vueltas y murmurar frases incomprensibles...

Pasaron dos horas largas, dos horas de incertidumbre. Todos los "emisarios" traían la misma noticia escueta, mortificante: "¡No está!"

Malas tentaciones cruzaron por el cerebro del mozo engañado. ¿Sería posible que hasta el último momento se burlara de él la muy ladina?

Al día siguiente supo la verdad. Laura habíase fugado con un gauchito haragán, pero excelente guitarrero y mejor cantor de compuestos "pa las mozas"...

—¡Ah, indina! Me vas a pagar la que m'hiciste!—juró Sandalio, crispando los puños.

Al atardecer, silenciosamente, se fué del pago...

Pocos días después se encontraron los cadáveres de Laura y del gauchito a orilla de un arroyo. Y no se supo más nada de Sandalio, del mozo vilmente burlado.

Cuando Sandalio terminó su historia, el viejo Leoncio no pudo reprimir un gesto de desagrado y, al punto, exclamó:

—La gran pu...cha... ¡Y yo que te creiba inocente como Laura!...

—Inocente como Laura!—repitió Sandalio.—Tiene razón. Eya jué tan inocente como yo! Pero hubo uno que jué l'único culpable de dos muertes y de la perdición d'un hombre güeno!... Hace poquito no ma lo supe no sé por quien... Jué un viejo cachafaz, cobarde y disgraciao, ansioso de agenciarse unos pesos, que concertó la juida'e mi felicidad!...

El involuntariamente, se incorporó. Algo de emoción y de venganza había en sus palabras. El viejo Leoncio, pálido de rabia, echando chispas por los ojos, saltó de su asiento y, retrocediendo varios pasos, echó mano al facón. Un silencio de tragedia cruzó por la estancia: los dos hombres parecían desafiarse con la mirada.

—Mentira hijo'e... perra!—gritó el viejo, fuera de sí. Pero reaccionando al momento, añadió, burlón e irónico:

—¡Y ricién áhura te das cuenta, charabón?...

—Mesmo...—replicó Sandalio, y lanzó una interjección.—Y áhura tamién vi'arreglar cuentas!...

Y antes que el viejo intentase defenderse, echóse sobre él y con ambas manos lo tomó del pescuezo. Apretó... apretó... mientras repetía furiosamente:

—¡Vos tamién me vas a pagar la que m'hiciste, viejo endemoniao!...

Momentos después un jinete cruzaba el pueblo, rumbo a lo desconocido...

PUCHA... LOS HIJOS!...

Rancho más abandonado, campo más inculto, muchachos más haraganes y hombre más despreocupado que don Serafino Ramas, era difícil encontrarlos en diez leguas a la redonda.

Pero, para bailes o fiestas donde se ofrecieran asados con cuero, caña “pa calentar las tripas” y mozas que animaran la reunión, eran todos, menos los viejos, como mandados “a hacer”.

¿Que se realizaba una fiestita en casa de la negra Nicasia?

—¡Superior!—aprobaban los muchachos.

Quince días antes no hacían otra cosa que arreglar las pilechas y sacarlas al sol para verles mejor algunas manchas y conversar en todo momento sobre las conquistas que harían y cómo se divertirían a expensas de los que quedarán “planchando”; y quince días después aún los comentarios chistosos y picantes enloquecían a los viejos, especialmente a don Serafino que, en cuanto veía a dos muchachos juntos, sentados bajo la enramada esquelética, o sobre las raíces secas de los talas cortados, deslizaba quedamente:

—Los bailongos son pa los haraganes, porque jué invento’el diablo!...

Era una indirecta que hería el amor propio de los muchachos, pero no los convencía.

¿Qué importaba todo aquello si ellos se divertían a no poder más?...

A don Serafino no le hacían caso, pero como aprobaban todas sus iniciativas y sabían tomarle “el lao de las casas”, desarmábanlo fácilmente. A la madre le traían algún regalito con unas cuantas palabras dulces y ya la tenían también consigo para cualquier defensa.

Muchas veces don Serafino, andando de mal humor, repetía para sí como arrepentido:

—Pucha... no haber sabido! ¡Hubiéramos criado chanchos mejor!...

Pero de ahí no salía.

Y para olvidar un poco aquella apatía tremenda de los muchachos, se iba a recorrer el “ganao flaco” o introducíase en el galpón descuajaringado en busca de afrecho para las vacas o de un tiento para coser la carona.

.

Las horas se deslizaban monótonas, largas, fastidiosas...

Los días se iban despacio, inadvertidamente...

Los meses se tornaban misteriosos, como no queriendo sorprender aquellas vidas...

Don Serafino, siempre renegando sordamente, siempre maldiciendo a los muchachos que—aunque fuertes y robustos—continuaban lerdos, desganaos, haraganes.

Y la madre defendiéndolos débilmente...

.

—Vos’tas mal, bobeta! Pal amor’e la perra Ambrosia tendrás suerte, pero pa ganarme a mí tenés qu’embuchar much’agua entoavía!...

—Cayate... No ves que a terneros como vos los volteo de un sopapo?...

—Con la lengua... toman agua los perros...

Y don Serafino, impensadamente, al encontrar a dos de los mozos detrás de una parva de chala reseca, dándole

gusto a las barajas, lanzaba una blasfemia y enfilaba al galpón.

.....

—Y yo me le cuadré ahí nomá como melico experimentao y le dije una punta'e cosas lindas! Al ratito me dijo que sí... ¡Vierás, hermano, cómo me tentaba!...

—¡Linda poya pa un pasco'taba l'hija'e don Puro!... Cuasi me l'arrimo, pero la vieja andaba por allí con los ojos abiertos y no la soltaba ni por jorobar!

—Mirá... Vos sos un disgraciao!... No viste cuando yo me le prendí a la negra y me la saqué p'ajuera?...

—¿Y la vieja?

—A las viejas se engatuzan con cuentos'e ánimas y lobizones!

Don Serafino ganas tuvo de emprenderla a rebencazos con los tres tenorios que tan mal ponían a las mujeres, pero giró hacia atrás sin hacer ruido y, furioso, con rabia y dolor, fuése al arroyo a serenarse, a olvidarse una vez más de aquel rancho que antojábasele un infierno.

—Ya ni en la casa d'uno se puede encontrar tranquilidad —se decía por el camino.

Llegó al arroyo. Se dejó caer sobre la gramilla húmeda, sacó un pucho de atrás de la oreja, lo encendió y echó fuertes bocanadas de humo caliente.

La tranquilidad hacíale mucho bien. El lo sabía. Por eso casi siempre buscaba la paz del monte.

—¡No haber criaio chanchos!...

—“Sos la divina flor que yo ambiciono por la pureza de tus labios rojos”!

.....

Don Serafino dió un salto. Miró a todos lados. No vió nada.

.....

—“No; esto no me gusta... Es malo hasta n'el sentido!...”

Don Serafino puso atención. ¿De dónde diablos venía aquella voz?

—“Ayer te ví más bonita que flor de burucuyá y más purpurina y fresca que el cuello de un churrinche!...”

Don Serafino no pudo más.

Había reconocido la voz de su hijo... del “pueta”.

Incorporóse casi con violencia, miró hacia donde estaba el muchacho y en viéndolo acostado boca abajo, con un lápiz en la mano y un cuadernillo borroneado sobre el pasto, gritó enfurecido:

—Es al ñudo... caracho!... Ande quiera que voy, m'encuentro con estos sabandijas! ¡Parece castigo'e Dios!

Y enderezó a cualquier lado...

El “pueta” encogió los hombros con desprecio. Hizo un gesto dudoso y tornó a bailar con la inspiración.

Luego sentenció entre dientes:

—Cuando la tropiya es grande, carece ser avispao pa que “naide” s'extravie!

Don Serafino entró a la cocina.

Allí, preparando el mate, estaba Marcela.

—¡Raza puerca!—borbotó don Serafino.

Y empezó a mascar el pucho.

—¿Querés un amargo?—preguntó su mujer.

—Güeno... Es l'único...

Marcela no entendió. Tampoco preocupóse por ello. Tan cansada estaba de no comprenderlo!

Don Serafino miró los rincones.

—¡Ni leña hay!

Salió apresurado. Trajo un haz de ramas secas al instante. Las tiró bajo del fogón, con rabia, bruscamente.

—Qué modales finos!...—subrayó Marcela.

Y con cierta ironía, añadió:

—Parece que la luna salió temprano nomá!...

Don Serafino aprovechó la coyuntura para desahogarse:

—¡Claro, mujer! ¿Cómo no vi'a estar con un humor'e mil diablos, si ya naide quiere trabajar? ¡A cualquiera la doy! ¡Son unos despreocupaos, unos perdularios! Ni leña son capaces de tráir ya!

—Pero... son muchachos! Y en total... son güenos!...

—defend'ó Marcela, puesto que en su pecho latía un corazón de madre buena.

—¿Y qu'hacemos con la bondá?—replicó don Serafino, tomando otro mate.—¡Ta güeno! Sais hijos, sais hombres en la casa y nenguno sirve ni pa matar pulgas! ¡Pucha... no haber criaio chanchos! Pero vos querías hijos...; ahí los tenés áhura!... ¡Agarralos!...

—Es que vos no supistes domarlos dende chicos...

—Eso mesmo... ¡Domarlos!... Domar semejantes ba-guales!...

Y devolvió el mate con un gesto indefinible.

—Entuavía puede ser que alguno...—insinuó Marcela como al descuido, luego de dar dos o tres "chupones" al cimarrón.

—Alguno, sí, alguno v'a estirar la pata en la cárcel!

—No es pa tanto...

—Mirá, vieja: vos sabrás mucho y tendrás mucha estrucción tamién! Al cuete tu hijo no salió medio pueta! ¡Güeno!... Será porque vos lo estruyiste! Pero yo, con la esperencia que m'han dao los años duros sobr'el lomo'e los caballos, compriendo que no hay na'lita que hacer con esos mandingas!...

—¡Quién sabe!

—¿Sabés lo qu'estoy pensando, vieja?—preguntó don Serafino después de un silencio hondo.—Toy pensando que mejor es echarse a la bartola y dejar que tuito siga como hast'áhura!...

—¡Pero si vos nunca los mandás pa nada! ¡Ni siquiera los retás!—protestó Marcela.

—Bah!... bah!... No t'hagás ilusiones con esos sabandijas...

Y don Serafino dirigióse a la puerta, paróse en el umbral y comenzó a mirar el campo, el cielo, los montes lejanos, los animales que allá en el bajo parecían puntos moviéndose lentamente sobre el verde amarillento de los campos desolados y desgarnecidos.

Marcela quedó callada. No sabía qué decir ni cómo proseguir la conversación. Habíala vencido un tanto la opinión del viejo. Al rato, casi impensadamente, intentó una salida:

—Si fueran ido a la escuela... ¡Pero ni eso!...

Eso mortificó a don Serafino.

Encogió los hombros en un gesto despectivo. Y volvió a permanecer inmóvil. Tenía razón su mujer. El no había ido nunca a la escuela. Tampoco había querido enviar a sus hijos, cuando estaban en la edad más propicia para el estudio. Pero eso siempre había sido para él cosa sin importancia, un pasatiempo, nada más. Lo interesante, lo primordial en la vida,—según decía a menudo—era saber arar la tierra, apartar ganado, sembrar maíz y algunas legumbres, marcar, enlazar, matar y desollar, amén de otras muchas zonceras propias de la vida campera; pero él tampoco nada de eso había enseñado a sus hijos... Creía, en su ignorancia rebelde e indomable, que los muchachos se “harían” solos, que aprenderían sin ayuda de nadie.

Por eso, cuando Marcela aproximóse a él y le ofreció otro mate, sonriendo maliciosamente, sentenció irónico:

—Nu hay pa que negarlo... Inteligentes son los muchachos... Unos, jugadores máístros; otros, tremendos p'enlazar mujeres sonsas, y l'último, el predileto'e la madre,

medio cantor, medio pueta!... ¡A la verdá que le pusieron lindo nombre!...

Y terminó con su frase de siempre:

—¡No te parece, vieja, que mejor juera sido criar chanchos?...

—De tal palo, tal astiya!—exclamó Marcela.

Y, algo fastidiada, salió de la cocina.

Hacía un calor insoportable, presagio de tormenta.

Algunas nubes, cual retazos de géneros azulados, recorrían el espacio con lentitud de viejas mendicantes.

La brisa en sus alas invisibles llevaba y traía hálitos de fuego, suspiros ardientes, respiraciones terrosas...

El sol fuerte, irresistible, quemante, caía a plomo sobre la siesta abrumadora.

Los perros, con la lengua afuera, revolvíanse de continuo sobre la tierra reseca, mortificados y nerviosos por la ansiedad de las pulgas insaciables...

El chirrido monótono y aburridor de las chicharras dejaba traducir toda la satisfacción de "su" hora.

Y en los tajamares, los animales sedientos buscaban el agua que no encontraban.

Los muchachos, bajo la enramada, intentaban dormir, cuerpeándole al sol que se colaba por todas partes. Unos, sobre el piso, teniendo por almohada un recado boca arriba, al aire el pecho, respiraban hondo y cubríanse el rostro con ambos brazos. Otros, más allá, sobre cojinillos de colores vivos, parecían dormir placenteros... El "pueta" recitaba versos en voz baja, cuando no apuntaba en un cuadernillo que apoyaba en las rodillas.

—¡Paece que Mandinga nos quiere achicharrar!—murmuró uno, sin abrir los párpados.

—Pucha... esta ramada ya no es ramada!—protestó otro.

—Si yo fuera tata Dios, te mandaba una porretada... de cualquier cosa—chanceó un tercero.

—Güeno... Menos lengua y ma sosiego!—advirtió el “pueta”.

—¡Guardia!... —replicó amoscado el primero. — ¡El “pueta” ta’nlazando compuestos pa la china!

En el dormitorio, con las puertas y ventanas cerradas, los dos viejos hablaban de bueyes perdidos...

En el campo reseco, pelado, salpicado de grandes cardos esqueléticos, los animales hacían esfuerzos para calmar la sed agotadora.

Los terneros, anhelantes, sedientos, flacuchos, intentaban prenderse a las ubres de las vacas extenuadas.

Los perros salían de vez en cuando y daban varias vueltas por los alrededores en busca de algún extraño personaje que no encontraban nunca, pero retornaban presto junto a los muchachos, cansados, respirando apenas.

Y las horas se escurrían sofocantes, sudorosas...

—Si no cai agua prontito, la seca v’arrastrar hasta con los “puetas”!

—Robeando’taba una lechuza pa que le yevaran l’apunte!

Las frases provocativas empezaron a brotar como hongos venenosos.

Y las interjecciones se cruzaron luego cual flechazos mortíferos...

—Chino,—dijo el “pueta”, interrumpiendo,—agarrá el balde y yevale agua’las vacas. Tan rabiosas’e se!...

—Oh, dejés embromar!...—contestó aquél, dándose vuelta.—Digalé al viejo!

—Epa, diga!—gritó un segundo, de puro comedido.—

Diga, viejo: dic'el "pueta" que le yeve agua'las vacas... que'tan reventando'e se!

Nadie se movió.

Era demasiado el calor reinante para salir al campo.

Pero momentos más tarde, don Serafino, como quien no quiere la cosa, cogió un balde y fué a dar de beber a los animales.

Por el camino rezongaba:

—¡Pucha no haber criaio chanchos!...

Esquivando los barquinazos del camino angosto y tortuoso, una tarde llegó a los ranchos, el viejo Elías, capataz de la estancia "La Pintada".

Apenas fué advertida su presencia por don Serafino, éste gritóle desde la puerta de la cocina:

—Abajesé, compadre...

Y cuando el viejo Elías estuvo frente a él:

—¡Qué milagro! Se nos había perdido!

—Algún día tenía que ser!—asintió Elías, bajándose del sulky.—¿Y la patrona?

—Güena, gracias...

Entraron a la cocina.

Al rato, empolvada y con un delantal coquetuelo que lucía cintas chillonas, apareció Marcela.

—Siempre güena moza la patrona—agasajó Elías.

—No sea adulón, compadre...—sonrió aquélla.

Y comenzó a preparar el mate.

—¿Y los muchachos?—inquirió Elías, después de mirar a su alrededor.

—Po ahí andan... Desparramaos siempre...

—¡Canejo, y yo que venía por uno!...—exclamó Elías un poco descorazonado.

—¿Un qué?...

—El patrón necesita un pión de confianza, ¿sabe? y como yo m'acordé de los suyos...

—¡Hum!... Mis muchachos de confianza son... pero n'el trabajo s'empacan!

—No importa, compadre... Ayá en Montevideo...

—¿Pa Montevideo?...—interrumpió Marcela, oprimiéndole el corazón.

—Mesmo—afirmó Elías.—Pa cuidar las casas...

—¡Hum!—repitió don Serafino como en un sueño.—¡V'a ser duro'e domar el potro!

—¡Oh, el patrón es güen domador!—aseguró Elías, sonriendo.

—Si es asina...—murmuró ya desgano don Serafino. Salió al patio. Eseudriñó en todas direcciones.

—A ver... muchachos... Vengan tuitos p'acá!...

Y volvió a la cocina.

Al rato largo los muchachos, alineados casi, alicaídos, arrastrando los pies, negligentes hasta la irritación, empezaron a llegar. Cada cual, luego del respetuoso saludo, fué a sentarse a su manera sobre los cajones crugientes. Mientras tanto Elías los contemplaba en silencio, observando sus menores movimientos, sus gestos, sus rostros curtidos y quemados. Cerrando la fila apareció el "pueta"... Saludó con cierta estudiada aristocracia, lo que, visto por los otros, hízoles sonreír disimuladamente.

—Ahí tiene la tropiya, compadre... Pued'elegir...—invitó don Serafino cuando vió a sus hijos reunidos.

Los muchachos se miraron inquietos. Ganas tuvieron de escapar... Pero la mirada del viejo los contuvo.

Mas uno de ellos, comprendiendo el motivo de aquel "aparte", con una precaución envidiable, deslizóse hasta la puerta y en cuanto respiró aire de libertad, huyó a todo correr "pal monte".

—Güe... Est'es el preferido... — exclamó de pronto

Elías, señalando al "pueta"—L'eché el ojo dende qu'entró no ma!

—¡Compadre!—dijo Marcela, cual si un dolor muy hon-do la invadiera de pronto.—Perico es muy gurí...

—Oh, pa usté son siempre gurises! ¡Ilay que sacarlos'e las casiyas!...

No hubo más.

Al otro día, apenas la aurora ensillaba el mancarrón incansable de la claridad, el "pueta", con un atado de ropas bajo el brazo y el cuadernillo de versos en el bolsillo, rumbeó derecho a la estancia "La Pintada".

Marcela, desde la puerta de la cocina, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal, lo miraba alejarse, agitando la mano de vez en cuando en son de despedida.

Don Serafino, sentado junto al fogón, tomando mate y pitando automáticamente, deseaba entreverar sus pensamientos para no pensar en el hijo que se iba... Cuando alguna lágrima quería correr por sus mejillas, él la limpiaba con el dorso de la mano, moviendo la cabeza:

—Pucha... Es al ñudo... ¡Hasta el corazón se m'está dando güelta!...

Los años huían silenciosamente.

Los viejos, achacosos ya, esperando el eterno descanso, pasaban los días pensativos, tristonos, tomando mate muy juntos como para infundirse alientos y esperanzas.

Los muchachos... Unos habían tomado rumbos desconocidos; otros levantaron ranchos, lejos, entusiasmados por las chinas querendonas...

Hasta los perros, antes tan vivaces y guardianes, ahora se pasaban todo el día arrollados junto al fogón o sobre las bolsas vacías en el galpón descalabrado.

De vez en cuando, Marcela, a fuerza de ruegos y lamentaciones, empujaba a don Serafino para que se allegara

hasta el pueblo en busca de la carta del “pueta” que escribía unas líneas cada trimestre.

.
La tarde se escurría envuelta en los pliegues de una pereza serena.

El sol ya lejano y desfalleciente, enviaba sus rayos como una última bendición, y la helada se insinuaba provocativa.

Los ranchos de don Serafino Ramas se dejaban adormecer entre el cacareo de las gallinas y el “aleteo” veloz de algún pájaro errante.

Los dos viejos, muy juntos, sentados en banquitos caseiros, bajo la enramada, ahora más cuidada y tupida, mateaban silenciosos...

Hacía rato que no hablaban ni se miraban siquiera... temerosos tal vez de descubrirse sus pensamientos hondos.

Acaso los dos pensaban lo mismo: la ausencia prolongada de los muchachos y la soledad abrumadora en que se escapaban sus años viejos. ..

Y un silencio más triste y desgarrador aún se introdujo en su alma agostada.

De pronto don Serafino, impensadamente, por decir algo, pensando en aquel desasosiego que veníale martirizando lentamente, preguntó:

—Sabés una cosa, vieja?...

Marcela volvió la cabeza. Lo miró ansiosa. Pero no respondió.

Don Serafino, tomando aliento, añadió quedamente, como en un arrepentimiento tremendo:

—Es al ñudo... Ahura me doy cuenta... ¡Si hubiésemo criaio chanchos, no sufriríamos tanto!...

—¿Por qué—inquirió su mujer entre enojada y anhelante.

—Pucha que sos boba!... ¿No caist'entoavía?...

No pudo continuar. La emoción le ahogaba.

Volvieron a quedar silenciosos.

Miraron hacia el camino largo que se perdía entre dos cerros petizos, por el cual habíanse ido los muchachos, uno a uno...; contemplaron luego la vaca única que les acompañaba, los campos ahora verdes y pastosos, las flores silvestres que asomaban sus cabecitas de colores por doquiera; el perro, centinela jubilado, que se deshacía en movimientos rápidos y revolcábase como loco cuando su amo movía los dedos, acariciándolo...

Pero toda aquella manifestación exuberante de la naturaleza, no alegraba ni alentaba a los viejos, puesto que poco tiempo les quedaba para gozarla.

Y el recuerdo de los años mozos vino a su memoria, a revolver sus pensamientos aquietados, mientras las lágrimas furtivas nublaban sus ojos cansados...

—Dame otro mate, vieja...—rogó don Serafino.—Esta pena m'áhuga!...

Bebió el mate casi con desesperación.

Y pudo agregar, ya algo más tranquilo:

—Pucha... qué tristes estamos!...

Suspiró. Deseaba reivindicarse, redimirse ante su mujer.

—A la verdá... Los muchachos eran diablos, pero eran güenos... ¡güenos como nosotros! Me hacían rabear, eso sí...

Marcela sonrió vagamente. Su corazón de madre sintió de pronto una satisfacción inefable. Y ofrecióle otro mate con la misma dulzura con que brindábaselo cuando muchacha.

Las sombras se agigantaban...

Una bonanza exquisita, arrobadora, se extendía ahora sobre los campos.

—A ver, vieja...—dijo don Serafino, después de un

largo silencio.—Leme otra güelta la carta del “pueta”. Me gusta como escribe tu preferido!...

Marcela no replicó.

Conteniendo apenas la emoción que la embargaba, extrajo de entre su bata, como una reliquia invalorable, la carta arrugada del “pueta” que habían recibido el día anterior. Haciendo esfuerzos, puesto que la luz escaseaba ya, comenzó a releerla por centésima vez. ¡Cómo vibraba el corazón de los viejos!

Terminó la lectura por la mitad. Las lágrimas hicieron indicar a don Serafino:

—¡Basta... vieja! Dejá pa más tarde!...

Y terminó, moviendo la cabeza:

—¡Pucha... los hijos!...

Y los dos viejos en un arranque espontáneo y efusivo, se aproximaron más y se apretaron... se apretaron como deseando unir nuevamente sus corazones con el lazo indisoluble del amor más puro y sublime!

EL MÁS HOMBRE

Cuando Florindo encontró a Lila juntando flores silvestres para adornar la mesa del comedor, piropeó galante, lleno el pecho de entusiasmo ardiente:

—Por esos dos luceros que brillan en su rostro, diera yo mi canto más inspirado, y por un “sí” de sus labios tentadores, hasta mi corazón le regalara!...

Agradó la frase, pues la moza, sonriendo tímidamente, con cierto pudor, inclinóse y arrancó tres margaritas húmedas aún por el rocío de la noche, y ofrecióselas al mozo que las tomó al punto, haciendo cumplimientos y expresando su sincera admiración por la bondad y belleza de la nueva amiga. Una vez que Florindo hubo retirado, Lila quedó pensativa, extasiada en las palabras cálidas del culto galán, reteniendo orgullosa y satisfecha, las frases aquellas que antojábansele todo un mundo de venturas y felicidades...

Y, como nunca, llegó a sus ranchos cantando y colocó las flores en un centro de mesa primorosamente trabajado, contemplándolas luego con fruición, como si aquellas flores supieran también de la dicha incomprensible que la embargaba.

A la noche acostóse temprano pretextando un dolor de cabeza, ya que de esa manera podría soñar con el mozo que tan lindo la hablara, forjarse muchas ilusiones doradas, recordar los anhelos espontáneos del cantor de más fama en el pueblo... y olvidarse de su novio de dos años.

—Yo no soy pueta, no sé tampoco escribir lindos compuestos, ni siquiera sé decir cosas engolosinadas, pero igual que tu preferido, tengo también un corazón güeno, rebelde y bien colocao n'el pecho! Si n'el amor soy disgraciao, en lo demás debe ser muy guapo quien me pis'el poncho! Entoavía no sé de redotas indinas, ni m'han revolcao por el suelo los gauchos más flojos del pago!... Pero no m'importa. Se cumplirán tus caprichos bobos de moza ladina! T'haré ver prontito nomá que no'e gusto se juega y se vence la pasión del hombre que ama'endeveras!... Si Florindo es estruido y sabe cantar como nenguno, yo sé manejar el facón y domar a los hombres como a los potros... Y últimamente, si él se tiene por guapo, yo me tengo por hombre!...

Gustóle a Lila la valiente resolución del muchacho y sus expresiones emocionadas, puesto que, olvidándose momentáneamente del "otro", subrayó su intención de ser fiel y cariñosa toda su vida, de corresponder ampliamente al amor que tan sincera y hondamente le ofrecía y reiteraba a cada instante su novio de dos años...

!

Angustiado, con un presentimiento desgarrante en el alma, llegó Lucio al rancho de su novia linda y caprichosa como la felicidad misma. Extrañóse mucho de que no le esperara como de costumbre, parada en la puerta de la cocina y con el mate bien cebado en la mano. Otro vuelco más fuerte todavía experimentó su corazón: el desengaño se le mostraba ahora en toda su cruel realidad. Comprendió al momento,—aunque hacía esfuerzos para no creerlo— que su Lila ya no le amaba y que todo lo que le habían dicho en tono de broma las muchachas de Pereyra, resultaba cierto, terriblemente cierto...

Detuvo el caballo frente a un ombú, apeóse nervioso y, después de atar y acariciar inconscientemente las lustrosas

crines del animal, encaminóse a la cocina. Sin llamar, silencioso, entró... Allí, sentada en un banquito junto al fogón semi apagado, indiferente como si su pensamiento andara por regiones de ensueño, permanecía Lila, la moza que jugaba de continuo con su novio y con Florindo...

—Güenas tardes—saludó Lucio, secamente.

Lila no se movió, ni levantó la cabeza siquiera. No tuvo, como otrora, aquel arranque de intensa alegría... Lucio pareció entender la simulada frialdad de Lila, pues sentóse enfrente y quedó callado... mirándola, ansioso, cual si deseara reprocharle con los ojos toda su falsía, toda su perversidad, conteniendo apenas la cólera que pujaba por brotar de su pecho traicionado.

Hubo un momento embarazoso, mortificante, al cabo del cual, Lila, indiferente siempre, pero adivinando tal vez la tremenda inquietud del mozo, ofrecióle un mate, forzando una sonrisa que tenía más de lástima que de afecto.

—No, gracias; no tomo—despreció Lucio.—Puede que haga una barbaridá y digan luego que jué por un daño!

—Esa yerba no s'usa en mi casa... Enderesá mejor pa lo'e Pereyra!

—Eso se die'en ocasiones pa despitar... y poder jugar a gusto con tuitos los hombres que se atraviesan n'el camino!...

—Mesmo... ¡con los hombres bobetas!...

Y terminó categórica, indignada, ofendida en su amor propio:

—¡Y últimamente no hay por qué hacer daño a naides cuando el amor no interesa!

Lucio tembló de rabia. Tentaciones tuvo de arrojarla al suelo y patearla como a un perro. ¡Aquello era demasiado!

Dispuesto ya a terminar de una vez con aquella situación ridícula, y con el corazón destrozado moralmente, puesto que presentía su derrota inevitable, exigió severo:

—Güeno!... Eso no m'importa..., lo que m'interesa

es que Florindo te viene haciendo l'amor dende hace tiempo y vos lo correspondés gustosa, creyendo que yo no sé nada'l'asunto!

—¡Mentira! ¡Tas mintiendo!—replicó Lila, colérica.—Esos son chismes'e las Pereyra!...

—Ojalá juese ansina! Pero áhura quiero cerciorarme por tus propios labios de si he sido o no un juguete'e tus caprichos! No tengás miedo en decirlo! Soy entoavía fuerte pa resistir cualquier golpe'e la fatalidá!

Pero, más tarde, cambiando de acento, exclamó enternecido:

—Oíme, Lila... Si tu corazón no late ya a impulsos de mi cariño; si ya no guardás un poco d'amor pa mí que tanto te quiero; si aún cres que otro hombre puede darte la felicidad que yo no he sabido o no he podido regalarte, decimelo nomá, decime tuita la verdá aunque me partás l'alma a cada palabra!

Callóse. Lila pareció reflexionar. Luego contestó indecisa:

—Y... yo no sé!... En primero te quería... pero áhura... ¡Yo no sé!...

—Ah, sí!—profirió Lucio.—Ahura no! Ahura tenés un cantor, un guitarrero, un disgraciao que t'hace creer tuito lo que se l'antoja! Por eso te olvidás hasta del juramento que m'hiciste un día llena d'entusiasmo!

—¡Y qué querés? Pa mí qu'él es más hombre que vos!, y t'ha ganao en güena lay!...

—¡Ah, perra ladina! ¡Más hombre que yo!...—gritó Lucio, incorporándose violentamente. Sus ojos brillaron y su cuerpo todo experimentó un sacudimiento extraño, brutal. Sin pensar más, dirigióse a la puerta, detúvose automáticamente en el umbral y sentenció amenazante:

—¡Ya vas a ver quién es más hombre, condenada!...

Y se fué conteniendo apenas las lágrimas del despecho y las pulsaciones locas de su corazón abatido.

Al cruzar la tranquera, encontróse con el viejo Nogales, padre de Lila.

—Paece mesmamente que hoy no t'has ponido d'acuerdo con la muchacha, pue te retirás tempranito nomá!—dijo el viejo, haciendo un mohín de disgusto.

—Ansina es, don... — contestó Lucio sin detenerse.— Cuando hay un estorbo por medio, es al ñudo hacer juerzas pa repechar!

—Bah! tormenta'e verano no asust'a naides!... Mañana tan almibaraos otra güelta!

Y prosiguió en dirección a sus ranchos.

Lucio no pudo dormir aquella noche. Una idea empecinada, un pensamiento fijo y descabellado roíale el cerebro. El recuerdo de las palabras pronunciadas despectivamente por la moza—aquella injuria que él jamás esperara—hacíale llorar de dolor y de rabia:

—¡Más hombre que vos!... T'ha ganao en güena lay!...

Ah, si lo encontrara, si se presentara al alcance de su mirada, entonces si le demostraría su hombría, su valor, su pujanza! El no sabía cantar, no era guitarrero experto como el "otro", ni sabía decir piropos bonitos, pero por eso no era menos hombre ni menos guapo!

Mas ya llegaría la ocasión. El lo buscaría. Lo provocaría, lo vencería delante mismo de su infiel prometida y entonces... ¡quién sabe si ésta tendría el mismo concepto pobre de otrora!

Desde aquella noche Lucio empezó a frecuentar las fiestas y los bailes en procura de alivio para sus penas, a la par que satisfacer los anhelos vengativos de su alma. Lucio no perseguía una venganza ruín, baja, digna de los hombres bestiales; él quería vengarse noble, generosamente, sin derrame de sangre inútil, sin traiciones cobardes: desea-

ba únicamente una venganza gaucha, altiva, limpia, leal, que no manchara en lo mínimo su reputación bien saneada de mozo honrado y decente...

Pero entonces, ¿cómo vengarse? ¿de qué manera? ¡Avergonzándole!... Sí, avergonzarlo delante de su novia y de sus amistades; hacerle comprender que un hombre por más bien que pulse un instrumento o cante cielitos y vidalitas, no debe tener la pretensión ridícula de creerse insuperable!

Mientras tanto, los días pasaban, Lucio se distanciaba cada vez más de la moza y la ocasión esperada no aparecía. Y, en tanto uno se lamentaba de su supuesta derrota, el otro enorgulleciase de su amplio y definitivo triunfo amoroso.

La hija menor del puestero don Miguel, festejaba sus quince primaveras. Con tal motivo habíase preparado una fiesta en la que abundaban los pasteles rellenos de dulces varios y picadillo de carne, caña fuerte para la mozada y el mate dulce con cáscara de naranja y canela o con azucar quemada para las mujeres.

Apenas aclaró el día empezaron a llegar al rancho de don Miguel, parientes y amistades, con el fin de saludar y felicitar a la festejada y... darle gusto también al estómago, que bien se lo merecía después de atravesar campos y correr caminos con el sólo objeto de cumplimentar a la niña.

Pero lo mejor, la fiesta con pasteles y bebidas espirituosas, vendría a la tardecita, debajo de la enramada adornada con cintas de colores chillones y flores provocativas.

Es de advertir que don Miguel era un hombre ecuánime; jamás deseó malquistarse con nadie, por lo cual lo primero que hizo fué invitar a Lila, a su "novio" y a Florindo.

Mas si a los “nuevos tórtolos” no entusiasmó mucho la galante invitación, a Lucio hízole dar un brinco de alegría.

—Total,—se decía Florindo, encogiéndose de hombros. —Si m’invitan es pa que toque, cante y dea animación a la fiesta!

Y Lila por no llevarle la contraria, asentía desdeñosa:

—Dejuro no habrá muchachas que dean briyo a la riunión, cuando m’invitan a mí!...

En cambio, allá, en el fondo semi oscuro de la cocina, saboreando las delicias del cimarrón, Lucio, con satisfacción inusitada, repetía:

—¡Ahura sí tendr’el pájaro a la vista!... ¡Veremos quién es más hombre!

Llegó la tardecita.

Una tarde serena, calurosa, verdadera tarde de primavera con su brisa cálida y sol majestuoso.

Los caballos atados al palenque,—con sus coscojas ruidosas—y las voces destempladas de la mozada bullanguera, demostraban al instante la animación que reinaba en el rancho. Los dueños, solícitos y amables, no sabían cómo mejor satisfacer los menores caprichos de los concurrentes.

Lila, ataviada con las prendas más elegantes y nuevas que poseía y con una flor roja hasta la provocación sobre el pecho, se paseaba oronda entre los asistentes, levantando, con su actitud intempestiva, el murmullo despectivo de las ancianas que no podían mirar con buenos ojos aquel orgullo y talante infundados, máxime estando sus hijas también en la reunión.

Un momento más tarde, cuando hubieronse gustado y alabado los pasteles preparados por la dueña de casa, el entusiasmo empezó a inflar los corazones e inspirar a las almas. Las muchachas exigían de los mozos que expusieran sus habilidades en el cordaje y sus aptitudes para el canto lastimero.

Un gauchito barbilampiño que permanecía callado en un rincón de la enramada, a una sonrisa y una invitación de la niña festejada, abandonó su sitio y cogiendo la guitarra que dejara en el suelo, junto a sus pies y recostada a una enredadera soberana, dirigióse al centro, tomó una silla con un poco de nerviosidad, sentóse y comenzó a templar el instrumento. Todos hicieronle círculo, silenciosos, anhelando oír al cantor, quedando suspendidos en las notas primeras que vacilaban y se escapaban llenas de gracia... Sólo oíase en aquel instante el ruido de las coscojas de los caballos y alguna que otra frase en voz baja pronunciada por la muchacha más pizpireta...

Cantó el gauchito. Y su canto arrancó de todos los pechos un murmullo de cálida aprobación. La niña de don Miguel, adelantándose, pidió permiso y felicitó calurosamente al mozo que conmoviera tan hondamente su corazón. Luego, sin poderse contener, tomó la flor blanca y pura que pendía gozosa entre los cabellos negros de su cabecita y la ofrendó al mozo, que tomóla al punto haciendo cumplimientos y musitando que aquella flor era presagio de una felicidad no soñada aún en su vida de gaucho olvidado por la suerte. Todos aplaudieron el gesto espontáneo de la joven y las palabras dulces del mozo, formulando votos para que el idilio tan bien empezado uniese por siempre las almas nobles de los dos jóvenes...

Lila, que a todo aquello permaneciera indiferente hasta el desprecio, detúvose de pronto, asumió una actitud imperiosa y exclamó, mirando a la vez a Florindo con tal energía que obligóle a bajar la cabeza:

—Güeno!... Ahura les voy a demostrar cuánto vale también mi novio Florindo como cantor y como hombre!...

Un silencio sugestivo, mortificante, reinó bajo la enramada. Dijérase que las palabras de Lila cayeron sobre los corazones como gotas de fuego vivísimo. Una voz fuerte y

serena se levantó entonces desde un rincón, y con acentos que no admitían claudicaciones, afirmó:

—Como cantor será güeno, pero como hombre es flojazo y mal eriao!...

Causó sorpresa la provocación y la retirada prudente de las mozas ingenuas. Lucio, atropellando casi para hacerse camino, paróse frente a Florindo y su novia y, sacando su facón de mango plateado, obligó severo:

—Aprontate!... Hay que demostrar quién es el más hombre pa merecer l'amor d'esta sabandija!... Y si reculás, disgraciao, te la moqueteo aquí nomá!...

Lila, antes tan valerosa, no pudo contener el llanto, y, avergonzada, lleno el corazón de zozobras por la suerte del cantor, salió del rancho acompañada por una anciana amiga que ofrecióse solícita para protegerla...

Florindo, advirtiendo que su novia se había retirado, asustado ya por la actitud y el gesto fiero de su interlocutor, sintióse derrotado y muerto!

Calculando el tiempo, haciendo gala de una cobardía indigna, dió un salto brusco y corrió hacia el campo, dejando perplejo a Lucio y malhumorados a los mozos que esperaban presenciar un lucido duelo criollo.

Después?... Todo se volvió jarana, se hicieron chistes mordaces a expensas del "juido" y... la fiesta prosiguió hasta el otro día.

De Florindo no se supo más nada en el pueblo. Alguien decía que la policía había encontrado una madrugada abandonado y roto, remitiéndolo al manicomio por hallarse un "poco mal".

Ahora... cuando a Lucio se le recuerda la escena y sus amores infortunados, suele exclamar, desviando la conversación:

—¡Es al ñudo!... El amor es como el susto: si no mata, enloquece, o nos güelve bobetas!...

LA COMADRE

Lejos del camino, allá sobre un bajo solitario, oculto entre los yuyales como si temiera ser descubierto por los viajeros impertinentes, descansaba desde hacía mucho tiempo el rancho sucio y ruinoso de la vieja Nicasia, conocida en los alrededores por la "Comadre" y admirada de muchos por sus prendas *divinas*.

Había llegado al pago, sola, miserable, andrajosa y con mucho de misterio, buscando un sitio apropiado a su profesión demoníaca. Nadie interesóse por su vida. No se preocuparon de averiguar sus antecedentes tampoco, pues la veían demasiado inofensiva y achacosa como para inspirar temor o desconfianza.

Supieron después, eso sí—y esto pronto corrió por todo el pago—que era una mujer relacionada con el diablo y hacía cosas increíbles con sólo musitar algunas palabras tan incomprensibles como descabelladas.

Primeramente llegó hasta el rancho de la vieja "Comadre", un gauchito avispado y compadre, a fin de probar las habilidades de la "adivina" y salió luego más que convencido de su sabiduría; después fué otro más incrédulo... y otro... y las arcas vacías de la vieja empezaron a llenarse como por encanto de tentadoras monedas y a multiplicarse la clientela con gran alegría de todos...

La "Comadre" tiraba las cartas como nadie, daba consejos a los novios desavenidos; curaba los daños en un

santiamén; hacía tornar a sus hogares a los esposos inconstantes y a los novios engañadores; santiguaba a los niños con profunda y estudiada emoción; daba amuletos y reliquias para el amor, la suerte y la felicidad; recetaba y vendía remedios caseros preparados por ella misma para el reumatismo, el corazón, la paletilla caída, la jaqueca, el dolor de estómago; para el espíritu desilusionado, abatido, quebrantado o ansioso de amor y de ternuras inacabables, también poseía radicales remedios. En fin, ella conocía todas las ciencias habidas y por haber y todos los remedios infalibles, ya se tratara de dolores físicos o morales...

Desde entonces, el pago contó con su "doctora", con su adivina, y con su ídolo, tres cosas que no se encuentran todos los días reunidas en una sola persona.

La fama de la vieja Nicasia creció como los hongos venenosos. Ya no era extraño que desde largas distancias llegaran hasta ella en busca de una esperanza o de un bálsamo, infinidad de mujeres y hombres, aunque a decir verdad, nunca acertaba nada ni sabía cómo sacarse de encima aquel reumatismo que le venía invadiéndolos "caracuses". ¡Pero qué importaba!... Bastaba que a alguno de sus clientes le fuera bien por casualidad, para que éste le consiguiera al otro día, cuatro o cinco "marchantes" más y jurara por todos los santos del cielo que no había sobre la Tierra persona más sabia y bienhechora que la "Comadre", pero...—dicho sea de paso y sin intenciones de ofender su memoria—lo único que sabía era embrutecer a los "vivos" y cobrar buenos pesos por sus "trabajitos".

Pero si aquel pago tranquilo y feliz hasta entonces contaba con su "doctora" y con su "adivina", no es menos cierto que desde que la "Comadre" puso sus pies en él, muchas familias tomáronse un odio mortal, los mozos se peleaban, los novios parecían endiablados y hasta algunos homicidios fueron provocados por la "bendita".

La maldición cayó sobre el pago; los hogares se destru-

ían; cada palabra de la vieja era una reyerta; cada carta que tiraba, una calumnia o un adulterio; cada "adivinanza", una traición o un crimen... Mas ella era invulnerable, sagrada para aquellas gentes rústicas, ávidas siempre de sensaciones, de habladurías, de "falsos" solapados y perversos... Y mientras los hogares se derruían, la vieja, gozosa, sarcástica, criminal, llena de espíritu satánico, vivía feliz con su bolsa repleta de monedas amasadas con la sangre de inocentes y sosteniendo apenas su corazón putrefacto...

Un día llegó hasta su rancho sucio y ruinoso, don Lino, hombre alegre, trabajador, honrado y bondadoso. Entró risueño, optimista, con el corazón sereno; media hora después salía abatido, apabullado, rebosando de dolor y de rabia. "¡Adúltera!" Su mujer lo engañaba miserablemente a él, que siempre había sido un esposo ejemplar, un hombre bueno!...

Cansado, sudoroso, castigando continuamente al mancarrón cansino, llegó a su rancho. Desmontó, ató el caballo a un árbol y dirigióse a la enramada de eucaliptus donde estaba mateando su compañera, moza honesta y linda, buena como él y como él también honrada y trabajadora. Sentóse frente a ella, junto al brasero, se sacó el sombrero verdoso, y, en tanto se enjugaba el sudor de la frente, cogió el mate que le ofreció Eulalia. Sorbió un trago. Le pareció amargo. Muy amargo! Luego la miró a los ojos con insistencia...

Y mientras Eulalia cebaba el mate, él, sin saber por qué, la contemplaba anhelosamente, extasiado en su belleza rústica, en su cuerpo fascinador, en su rostro sin igual, pero a la vez sentía en lo más hondo de su corazón algo así como un odio terrible que hacía por explotar y acabar con todo...

Tantas cosas le había dicho la "Comadre", tan mal de Eulalia le había hablado, que todo aquello le parecía un

sueño, una maldad que no podía resistir, una infamia que arrojaban sobre sus hombros para perderlo. ¡No podía creer jamás en la infidelidad de su compañera, de su esperanza, de su vida!... “Adúltera”!...había exclamado la “Comadre”, satisfecha, diabólica.—¡Oh, no era posible todo aquello! Serían calumnias de la vieja, nada más!

Cuando don Lino llegó a su rancho llevaba el cerebro embrollado con una idea única y mala, pero al verla así, linda, fresca, zalamera, ofreciéndole su boca para calmar su sed de amor, no pudo sostenerse y rodeándole la cintura con sus brazos fuertes y rudos, la atrajo hacia él con fuerza, olvidó todo y no quiso pensar más.

Pero don Lino era más débil que las frases mordaces de la “Comadre”: aquella palabra, ‘adúltera’! le laceraba el corazón brutalmente, le hacía más acerbo el dolor de saberse engañado...

Volvió a mirar a Eulalia, a tomar mate y a morder el pucho apagado. Ella, trémula, temerosa, comprendiendo quizá la nerviosidad inusitada de don Lino, intentó hablar, sonreír, contar algo que le alegrara. Mas él, entregándole el mate bruscamente, la hizo ahogar las palabras que hacían por brotar de su garganta, sólo con una mirada de repulsión. Ella bajó la cabeza, asustada, temblando... El, disimuladamente, acarició con deleite el mango de su facón. Tentaciones tuvo de hundírsele en el pecho—en aquel pecho donde él tantas veces recostara su cabeza en procura de reposo,—de matarla, de fugar luego quién sabe a dónde...

Pero no pudo. La belleza de Eulalia fué más fuerte que su intención, las palabras más que sus ideas, y la bondad más que su instinto! Se tranquilizó un poco. Ya no le importaba nada. Su vida poco valía, porque poco también lo había mirado. La felicidad se terminaba para él... ¿a qué esperar entonces?

Con las adivinanzas de la “Comadre”, con sus ardides

de mujer despechada, todo lo que él más adoraba en el mundo se vino abajo: su dicha, su honradez, su tranquilidad. Y Eulalia era la única culpable de aquella destrucción de su vida... Pero, ¿y si era inocente?, si nunca había faltado a sus deberes de esposa? Esta idea lo contuvo. El no era un hombre malo. Antes de cometer un delito, meditaba serenamente.

Después... bruscamente, incorporándose nervioso y tremente, arreglóse el cinto y mirando hacia el campo, dijo:

—Güeno... Me voy...

—P'ande—interrumpió Eulalia, levantándose y presagiando algo doloroso.

—No sé... ¡Me voy!...—repitió secamente don Lino.

—¿Golvés luego?...

—No sé... ¡Quién sabe!...

Y la envolvió en una mirada de odio y de ternura.

—Vos tenés algo, Lino, algo malo que no me querés decir!...—exclamó Eulalia.—T'han dao alguna bebida mala por ahí, que venís tan extraño!...

—No, no m'han dao nada... ¡Es algo pior, algo pior!...

Fué como un grito que salió de su garganta. Eulalia no pudo comprender: quedó más perpleja aun. El, inconscientemente, la volvió a atraer contra su pecho y, como en sus tiempos mejores, la dijo entre imperioso y humilde:

—Dame un beso...

La mordió en los labios con ansias, con furor bestial. Pero en un arranque de desprecio, como si en sus manos tuviera la cabeza de un áspid, la rechazó brutal:

—¡Víbora!...

Antes de que Eulalia saliera de su estupor, don Lino, casi corriendo, como si aquella moza fuera una luz mala que le persiguiera tenazmente, dirigióse a su caballo, montó de un salto, y, sin un remordimiento, sin una pena por la que abandonaba, llevando únicamente toda la des-

gracia sobre su corazón de gaucho altivo y generoso, rumbeó hacia lo desconocido.

Un grito profundo, desgarrador, hirió el silencio augusto del campo:

—¡Lino!...

Allá lejos, un momento después, bañada por el sol que languidecía, se recortaba la silueta de un hombre a caballo, de un gaucho que no había querido matar, mientras en el rancho feliz y venturoso hasta entonces, Eulalia pensativa, llorosa, ignorando toda la tragedia de su hombre amado, permanecía indecisa, apretando entre sus dedos las puntas del delantal.

.

En poco tiempo Eulalia perdió todo, su belleza, sus encantos, su carácter franco y optimista, pero no su honradez acrisolada... Todavía en medio de sus privaciones y miserias permaneció fiel a su esposo. Sabía conservar su dignidad y su entereza de espíritu. Muchos pretendientes insinuáronle cosas bellas y tentadoras, pero ella jamás aceptó nada que no llevara el sello de la honestidad y el desinterés. El pago todo sabía de su honor y de su vida miserable, por lo que la apreciaba hasta la admiración.

Mas ella no podía vivir sin su Lino, no podía soportar aquella soledad inigualable. Su corazón era impotente para resistir tantos sufrimientos morales... ¡Ella que había amado tanto, que se sentía dichosa y soberana en su rancho primoroso, forjado y construido a fuerza de desvelos y penurias, ahora sentíase débil, desgraciada, abandonada de Dios, demás en el mundo!...

Y un día pletórico de vida y de sol, desesperada, corrió hacia el pozo y, cerrando los ojos, dejó que su cuerpo agobiado, cayera sobre las aguas serenas, en busca del sosiego que produce la muerte...

.

Al otro día muy temprano, un hombre miserablemente

vestido, con el alma quebrantada por los sufrimientos, aproximóse sigilosamente al ranchito abandonado... Escudriñó con atención, temeroso de ser visto. Deteníase a cada paso para infundirse ánimo. Luego, dando una vuelta a su alrededor, penetró resueltamente en las piezas. Todo estaba en perfecto orden..., todo silencioso!

Aquel hombre era don Lino. Habíase ido lejos con la intención de no volver más; pero el recuerdo de su Eulalia, de su ranchito, de su amor intenso, lo venció bien pronto y, echando a un lado lo pasado, como cuando iba de novio, enderezó a su hogar, presintiendo quizá un dolor más y una vida menos... Volvía arrepentido de su acción innoble, de sus dudas terribles, de su huída injustificada; ahora no haría caso de nadie ni de las calumnias de la vieja "Comadre"; ahora deseaba consagrarse por entero a su mujercita, proseguir su vida apacible, vida de trabajos incesantes pero pródiga en recompensas.

Había rodado como un loco por los caminos, por los pueblos, por los montes, buscando un bálsamo a su desesperación de gaucho engañado, pero la imagen de aquella mujer, los momentos incomparables que le brindara gozosa, le hacían pensar hondamente, le martirizaban cual si en su alma cayeran gotas de hierro candente: y, como amaba aún, como quería recuperar la felicidad dejada caprichosamente en mitad del trayecto de su existencia, volvió al pago, maldiciendo la hora en que pisó los umbrales del rancho de la "Comadre".

Buscó a su Eulalia por todas partes, en las piezas, en la cocina, en el galpón... Luego, involuntariamente, gritó: —¡Eulalia!...

Sólo fué contestado por el ladrido lastimero de un perrito y el aleteo de un pato que pretendió volar. Se detuvo en el patio. Miró hacia el campo... Una idea empecinada y falaz vino a detenerse en su cerebro... Sentóse bajo la enramada para esperar, mas sintió sed,—sed de agua fres-

ca y de ternura—cogió un jarro que pendía de un palo y dirigióse al pozo. Lanzó el balde con fuerza al interior y a fin de ver si se llenaba, inclinóse y miró al fondo semi oscuro. Un grito ahogado brotó de su pecho y la “soga” se escapó de sus manos...; quedó inmóvil, con la respiración en suspenso y lleno de terror. ¡Eulalia descansaba para siempre flotando sobre las aguas serenas de aquel pozo criminal!... Don Lino creyó morir, aflojó las piernas y dejóse caer de hinojos junto al brocal, y escondiendo el rostro entre las manos, lloró amargamente, como nunca había llorado; intenciones tuvo de arrojarle al pozo, pero él era hombre, era fuerte, ¡y no era el asesino de su Eulalia, de su felicidad, de su gloria, de su vida tronchada para siempre!...

Repentinamente se levantó, miró de nuevo hacia el fondo del pozo, crispó los puños en un gesto de venganza y masculló algunas palabras incomprensibles. Y, sosteniendo apenas el corazón que quería saltarle del pecho, corrió hacia el rancho de la “Comadre”.

Entró aparentando serenidad, pero con el semblante descompuesto, pálido.

—Ligerito, vieja; echémé las cartas!...—ordenó severo, parándose frente a la “Comadre” que empezó a temblar. —¡Quiero saber si mi mujer m’engaña!

Y como la “Comadre” lo único que sabía era cobrar buenos pesos por sus “adivinanzas”, dijo sentenciosamente, después de mirar con detención varias cartas:

—Malo, m’hijo! And’áhura mesmo y la vas’encontrar con un hombre en la pieza!...

—¡Ah maldita!... —rugió don Lino. — ¡Con un hombre!... ¡y est’ahugada n’el pozo!...

Y sacando el puñal, buscó anheloso el corazón de la “Comadre”, de aquella mujer, única culpable de su desventura, de su desgracia y de su ruina!

Cuentan las viejas del pago que al día siguiente, en el rancho sucio y ruinoso de la vieja "Comadre", apareció una víbora muerta con la panza arriba y un cuchillo clavado en el corazón...

ODIO CRIMINAL

A los ranchos de don Braulio Laguna llegó una mañana de enero un mocito imberbe, muy conversador y simpático.

Iba paseando y cazando por los campos vecinos...

Mas como en el campo de don Braulio era necesario su permiso para practicar tal "distracción", animóse el mozo y fué a solicitarlo.

Al llegar palmoteó las manos. Los perros, ladrando como locos, rodeáronle al momento con intenciones nada pacíficas. Enseguida apareció Carmen, la hija única y la única alegría también de don Braulio, gaucho noble, caritativo y generoso para con todos sus semejantes. Al ver a aquel joven tan bien vestido y de porte elegantemente delicado, la muchacha se turbó; pero reaccionó al punto, y comprendiendo el peligro que corría el visitante ante la furia creciente de los perros, cogió un arreador que pendía de la enramada y los corrió, gritando:

—¡Lío!... ¡Cacho!... ¡Tigre!... Juera, condenaos!...

Los perros obedecieron refunfuñando y mostrando los dientes; mas como si aún desconfiaran de aquel hombre desconocido, retiráronse un tanto, no sin dejar de mirarlo con cierta fiereza.

Al ruido apareció don Braulio por detrás de los ranchos. Aproximóse al mozo campechanamente e inquirió el motivo de su presencia. El recién llegado, con expresión correcta y agradable y abusando tal vez de adjetivos "difíciles",

expuso su deseo de cazar algunas aves en el campo de don Braulio, quien no sabía cómo responder a tan floridas palabras...

Don Braulio Laguna quedó embobecido... ¿Quién sería aquel hombre que tan lindo hablaba, de modales cultísimos y de presencia atractiva?

—Algún titular, dejuramente...—pensó.

Carmen, haciendo un esfuerzo para hablar, pidió permiso con trémula voz y se retiró. Fué a la cocina y sentóse en un banquito... Temblaba...; en su interior "algo" incomprensible la hacía estremecer dulcemente. Y, silenciosa y pensativa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el pecho, permaneció unos instantes... Luego intentó desviar aquella impresión y no pudo... Se levantó automáticamente...; arrimóse a la ventana, miró hacia el campo, el monte, el corral e, involuntariamente, sin comprender, dejó que su imaginación exuberante vagara por el espacio azul de sus ensueños...

Y así estaba, deleitándose aún con las frases del joven que oía a través de las paredes débiles del rancho, cuando distinguió en el camino a Pancho que, apresurado y mirándola fijamente, aproximábase con una sonrisa a flor de labios.

Cuando estuvo cerca, Carmen, haciéndole señas con la mano, invitóle a entrar.

Pancho entró en la cocina por la parte opuesta a la ventana. Saludó. Sonrió satisfecho... Miró a su alrededor... Ella corrió a su encuentro... Pancho, casi avergonzado, retrocedió creyendo que lo iba a abrazar.

—¿Sabés una cosa, Pancho?

—¿Qué?... Yo no sé nadita...—contestó aquél.

—Tenemo visita... ¿sabés?... ¡una visita!...

—¿Quién es?...—preguntó Pancho, conteniendo apenas los golpes de su corazón.

Carmen, en un arranque de entusiasmo juvenil, exclamó gozosa:

—Un mozo joven... bien vestido... Parece rico..., tiene una conversación!... ¡yo que sé!... ¡Da gusto verlo, sentirlo, quererlo!...

—Ah... sí... ¡quererlo!... ¡Vos querés a cualquiera!... —rezongó Pancho.

—Y parece rico...—repitió Carmen con el pensamiento fijo ya en el forastero.

—¡Y qu'hay con eso? Los ricos también son güenas piezas...

—¡Lo querés conocer?...

—Yo no... ¡pa qué?...—despreció Pancho, encogiéndose de hombros.

—Sí... sí... No seás bobeta... Vení...

Y tomándolo de un brazo lo arrastró por detrás de los ranchos. En puntillas, temerosa de hacer ruido, hízole mirar a través de la puerta entornada. Pancho miró primero con indiferencia, luego con curiosidad, más tarde con rabia, con repugnancia, con odio... ¡tal vez aquel hombre iba a robarle su felicidad!...

Carmen susurróle al oído:

—¡Te gusta?

Por complacerla, él contestó quedamente:

—¡Bah!... No es feo...

—¡Verdá qu'es lindo y habla como la gente estruida?...

—Dejuro... Como la gente... Cómo v'hablar?—dijo Pancho, y enderezó a la cocina.

Allí, Carmen preguntó nuevamente:

—Antonce... ¿no te gusta?

—Dejat'embromar, ¿querés? ¡Pucha digo que sos cargosa!...

Y la miró despectivamente, casi con asco.

—Andá... ¡pretencioso!...—exclamó Carmen, y se fué dando saltitos.

Un momento después, Pancho, desilusionado, lleno de amarguras el pecho y un brillo extraño y amenazante en las pupilas, salió rumbo a su casa distante media legua.

Mientras don Braulio conversaba animadamente con el joven, Carmen, detrás de un tabique, anhelante, nerviosa, escuchaba y pensaba quién sabe qué cosas.

*

* *

Pancho, sentado negligentemente sobre el pasto y bajo unos eucaliptus jóvenes, meditaba... De vez en cuando lanzaba una exclamación mezcla de dolor y venganza y se mordía los dedos cual si así aliviara un tanto el despecho que mordíale adentro...

Quien a él se acercara para indagar el motivo de tal desesperación, se retiraría acongojado pero sin poder satisfacer su curiosidad.

Porque Pancho era así. Reservado, melancólico, callado siempre... Si hablaba era obligado por las circunstancias, por no desobedecer alguna orden imperiosa de don Braulio y, sobre todo, por complacer a las preguntas vulgares de la niña Carmen, quien continuamente, en cualquier sitio y a cualquiera hora le preguntaba insinuantes cosas que él no se animaba a contestar, lo miraba a los ojos, subyugadora, fascinante, y se reía con su risa de ángel y demonio; pero cuando él se acercaba anhelante, nervioso, trémula la voz y la respiración en suspenso para murmurarle al oído las palabras más bellas y sentidas que brotaban de su pecho, ella, riendo loca, estrepitosamente, daba un salto y arrojándole al rostro:

—¡Tonto!... ¡Así no te quiero!...

Desaparecía corriendo y riendo con una risa que a Pancho antojábasele una burla feroz, una espina más que venía a lacerar las fibras íntimas de su corazón.

—Y güeno... Cuando uno nace con la cruz'e la disgra-

cia sobr'el lomo, es al ñudo llorar o rabiarse por conseguir un puñao'e felicidad!...—conformábase Pancho cuando se encontraba solo.

Habíanse criado juntos. Desde la niñez se quisieron como hermanos. Dijérase que la felicidad había extendido sobre sus cabecitas bulliciosas su brazo de gloria y de fe, y todo hacía pensar que no habría obstáculos ni fuerza que tronchara aquel amor que lentamente iba penetrando en su pecho juvenil.

Pero la felicidad es mujer... y, por tanto, veleidosa.

Cuando los dos muchachos sintiéronse “grandes” y podían ya razonar como los “mayores”, empezaron a alejarse mutuamente, especialmente ella, tal vez porque una fuerza superior la hacía cambiar de ideas y de vida. Carmen era mujer. Pancho era hombre ya!

Mas con todo proseguían queriéndose como antes, ingenua, fraternalmente, sin un átomo de picardía. Carmen, más instintiva y sensual, le provocaba a toda hora, se aproximaba, ponía su rostro bien cerca de sus mejillas pretextando decirle un secreto al oído, y al punto, en cuanto Pancho intentaba darla un beso casto y puro, tornaba a escapar...

Pancho, entonces, se conformaba con mirarla entre cólerico y enternecido.

—Paece Mandinga con alma'e mujer... — pensaba.

—Güeno... Es lo mesmo! Yo no la quiero... Es mala...

¡Y pa qué v'ía sufrir y pensar n'ella, si nunca podrá ser mía?... ¡Dios me libre si llegara a saber don Braul'io!...

¡Me come la figura!... ¡Tan orguyoso con s'única hija!...

Y terminaba deseando engañar a su corazón:

—¡No la quiero, no; no la quiero!...

Mas el amor imperaba ya en su pecho, evasallador, pujante, irreductible!

Sin darse cuenta había dejado que entrara en su corazón e hiciera su nido a gusto. Por momentos la indignación lo tornaba hosco y protestador, pero al rato, ya más sereno y reflexivo, comenzaba a soñar con la niña que tan mal correspondía a su cariño.

Pancho se revolvió sobre el pasto seco y escaso; pensó en todos: en su madrecita buena que por él trabajaba de sol a sol; en Carmen, que aquel día había estado insoporable e indiferente; en su vida miserable y amarga, y, sobre todas las cosas, una idea criminal, terrible, danzaba en su cerebro ignaro: ¡oh aquel mozo rico en instrucción y dinero que unas horas antes le “robaba” su felicidad, su alegría, sus ilusiones todas!... ¡Oh el dolor tremendo de amar y no ser correspondido y que como un aguijón irresistible le laceraba el corazón cruel y bárbaramente!

—¡Maldita l' hora qu'el destino lo yevó ayá!...—sollozó.

Se incorporó. Miró vagamente hacia el rancho donde lavaba su madre, bajo una pequeña enramada; luego dirigió la mirada a los ranchos de don Braulio, pero no pudo distinguirlos. ¡Hasta un cerro poníase en medio como una mano gigantesca e inmóvil que marcara el límite de sus aspiraciones generosas!...

Cerró los ojos, apretó los puños en un arranque de impotencia y sintió en el fondo de su ser algo así como un dolor indefinible... un dolor más grande que su desesperación.

Aún veía a Carmen elogiando al forastero, aún en sus oídos sonaban con un timbre extraño y mordaz las palabras de su “rival”; aún parecíale ver el color encendido del rostro y la emoción incontenible de su amada!

Levantóse pesada, violentamente, y exclamó:

—¡Ladrón!...

Y enderezó al rancho.

Al llegar encontróse con su madre que le preguntó ansiosa:

—¿Sestió, m'hijo?

—No pude, mama—tartamudeó Pancho.

—¿Por qué m'hijo? Los mosquitos, de juramento...

—Yo no sé...

Y se metió en la pieza. Al momento salió más pálido y nervioso. Su madre desconfió:

—¿Ande va, m'hijo?

—Ahí no ma...—e hizo un esfuerzo para no llorar.

—Vos tas enfermo... Algo malo te pasa, m'hijo...—dijo la viejecita, mirándolo a los ojos y abandonando su labor.

—No, no tengo nadita...—aseguró Pancho.—Vi'a lo de don Braulio...

—¡Ah!—suspiró la madre.—Dejuro que t'enojaste con Carmencita!...

—Sí... un poco... no má...

—Güeno... And'antonce... Pedile perdón si l'ofendiste y tuitos en paz!—aconsejó, y lo despidió con un beso en la frente.

Pancho emprendió el camino que se estiraba hasta el rancho de "su niña"; pero al cruzar un pequeño monte de álamos, se detuvo, sentóse sobre un tronco seco que, a igual que su corazón, mostraba anchas y profundas heridas en su lomo, y lió un cigarro. En ese momento, por el camino y en dirección opuesta venía el mozo con la escopeta al hombro, el hombre "malo", el supuesto ladrón de su dicha y destructor de su vida!

—¡Ah malvao!...

No pudo pensar más. El no podía resistir aquel grito ronco y feroz que adentro, muy adentro, le indicaba brutalmente dos caminos: o la muerte plena de sus ilusiones

más queridas, o el amor incomparable de su Carmen adorada!

Y como un gato—cuando el joven hubo pasado junto a él sin advertirlo—corrió en puntillas, apenas rozando la tierra con sus viejos zapatos, y llegó...

Un momento más y el puñal pérfido y traidor de Pancho hundióse veloz en la espalda del tranquilo caminante.

Momentos después, corriendo locamente, con los ojos desorbitados y el cabello en desorden, llegó a los ranchos de don Braulio: allí en el patio, sonriente y gozosa, permanecía Carmen con la mirada fija hacia donde desapareciera “su ideal”. Pancho la vió al punto, corrió hacia ella, la tomó groseramente por un brazo y profirió incoherente:

—And’a verlo, áhura, andá... ¡Ahura sí qu’está lindo y güen mozo!... El me robó mi amor, mi dicha, mis esperanzas tuitas, pero yo le robé la vida; ¡la vida!...

Y lanzó una carcajada tremenda, burlona y estúpida!

EL SACRIFICIO

EL SACRIFICIO

DECORACION: Una habitación humilde, donde la miseria se detiene todos los días. A la derecha y en un ángulo, un armario desvencijado ostenta vajilla paupérrima. A la izquierda, un trozo de espejo sostenido a la pared por varios clavos, hace de único tocador. En el centro una mesa pequeña que muestra, como avergonzada, el paso destructor de la polilla. Varias sillas, algunas con agujeros en la pajilla del asiento. Al fondo y frente a una ventanita, una cama desarreglada, junto a la cual descansa un brasero conservando solamente las cenizas de unas leñas flojas. Otros utensillos de menor cuantía están esparcidos al descuido. Es de tarde. Tarde fría y melancólica... Afuera, el viento silba y rezonga incansable, cual si quisiera acostar para siempre al débil rancho e infundir pavor a sus habitantes...

PERSONAJES: Elbio, hombre apocado, abatido por la miseria, sin fuerza de voluntad para iniciar una empresa cualquiera; Laura, mujer joven, pero prematuramente vieja por los disgustos y adversidades, habla siempre en voz baja, con acento tremante y doloroso...; Aurelio, hombre relativamente joven, conservado, enérgico, de temperamento sensible y de ideas nobles como la fraternidad que a cada instante proclama; Perico, muchachito enclenque, desarraigado, medio idiotizado por el hambre sufrido; una niña de corta edad, enfermita, arrebujada en varios trapos, sonríe siempre, como desafiando a la vida y sus injusticias desde su lecho miserable; el Comisario, hombre autoritario y despótico; dos agentes.

ELBIO. (Entrando. Con voz velada). —¡Nada!... Siempre lo mismo... ¡Nada!... Parece que tuitos los hombres juesen de la misma calaña: egoístas, sinvergüenzas, miserables... Naides quiere darme trabajo, naides se quiere com- padecer d'un padre'e familia... ¡Son tuitos unos bandi- dos, unos facinerosos!...

LAURA. (Desilusionada)—Con renegar y maldecir no hacemos nada... Nosotros hemos nacido pa padecer, pa sufrir hambre, pa mendigar siempre!... ¡Y naides nos tiene lástima!...

ELBIO. (Quisquilloso)—Pa mendigar, no!... Eso nunca!... Yo pido trabajo, no limosna! Antes d'hacer eso, prefiero morir de hambre!...

LAURA—Morite vos si querés... pero no permitás que sufran tus hijos...

ELBIO—Bastante hago por ellos... Más no puedo... y si no juera por esa criatura... *(Se interrumpe y señala hacia la niña que descansa en su lecho)*.

LAURA—Vos no hacés tuito lo que debe hacer un pa- dre. No tenés fuerza'e voluntá... Te dejás dominar por cualquier cosa... tenés trabajo cuando vienen a traertelo, a ponertelo en las manos... Y no te van a venir a buscar por tu linda cara!...

ELBIO. (Mortificado. Cambiando de tono)—Güeno... Pa qué lamentarnos?... *(Va hacia el brasero y revuelve sus cenizas)*. Cara...cho!... No tenés juego... desgra- cia!...

LAURA—Ya lo quisiera pa m'hijita!... Güena falta le

hace a la pobrecita. Tengo que cubrirla con trapos y calentarla con mi cuerpo pa que no se me muera'e frío!... ¡Quién sabe cuánto tiempo seguiremos ansina!...

ELBIO. (Sin atender).—And'está Perico? (*Se vuelve*). Si ése sirviera p'algo... Bien podría trabajar ya..., semejante gandulo!... Pero vos lo tenés muy mimoso, como niño'e rico!...

LAURA. (*Algo enojada*).—Qué querés que haga? Qué vaya a reventarse por ahí y se güelva un bandido? Es un niño entoavía!... Bastante hace el pobrecito pa que no nos falte leña pal juego... Hace un momentito no má que jué al campo a juntar algo pa calentarno esta noche... Dios quiera encuentre!...

ELBIO.—Los muchachos siempr'encuentran algo...

LAURA.—Tan pelaos los campos... A veces tiene qu'ir al mont'el viejo Salas y exponerse a que lo mande preso por unas lonjas'e palo... Es un sabandija ese viejo!...

ELBIO.—Bah... Gran cosa!... Así aprenderá'vivir... Yo, cuando era como él hacía mucho más; salía lloviendo atrozmente, me metía en los bañaos, con el agua y el barro basta las rodillas y con algún palo o lo qu'encontraba a mano, rumbeaba contento pal rancho; muchas noches, comiendo, ansina no má, livianamente, pa no perjudicar l'estómago, m'iba a dormir. Y era feliz, más feliz que ahora! (*Empieza a caminar de prisa para tomar calor en los pies*). Antonce no trabajaba... No tenía que calentarme la cabeza inútilmente!...

LAURA.—Nunca te l'has calentao!... Siempre juiste igual!... Por eso tus padres trataron de casarte pronto...

ELBIO.—Los tuyos no fueron lerdos tampoco... Güenas piezas eran!...

LAURA.—Pero yo era mujer... y las mujeres semo siempre una carga pa los padres! (*Después de un silencio*).

¿Por qué no juiste a lo de tu compadre?, él podría ayudarte algo, darte alguna cosita...

ELBIO.—¿Qué te pensás vos? Que soy un chiquilín... que no tengo vergüenza n'el rostro?... Avisá pué... Ya me tiene harto ese viejete! Agata me vé, m'habla'e l'ahijada y me d'a'entender qu'entoavía no le pagué los dos pesos que m'emprestó el mes pasao... ¡Lindo padrino ése!... Güena elección hiciste!...

LAURA.—Es que vos sos un mal agradecido. Nunca agradecés nada... Tanto favores que nos ha hecho y aún no te ví darle las gracias... Tal vez esté maldiciendo l'hora en que salió'e compadre...

ELBIO. (*Malhumorado*).—A mí no se m'importa un bledo'el compadre y tuita su desendencia!... Lo que m'interesa áhura es que yegue pronto ese bobeta, pa tomar unos mates...

LAURA.—La cena d'esta noche será ésa.

ELBIO.—Es lo mesmo... Tuito es acostumbrarse... Yo, cuando era muchacho, me conformaba con cualquier cosa... No tenía pretensiones...

LAURA.—Pero áhura no sos ansina. Cuando muchacho eras tuito..., trabajador, alegre, divertido, lleno d'esperanzas... Ya tás cansao'e la vida!...

ELBIO.—Oh, a lo mejor tenés razón vos... Pero yo me conformo con tuito lo que se me presienta. Soy gaucho curtido!...

LAURA.—No tenés más remedio.

ELBIO.—Y sé razonar tamién...

LAURA.—Cuando trabajás, o conseguís una changuita'e miseria, cambéas como'e la noche al día, llegás alborotao, pidiendo mate, ropa limpia, y cuidao si las criaturas hacen barullo!... Ahura debieran protestar ellos contra vos.

ELBIO.—Güeno... Ya'mpezamos...

LAURA.—Claro, hombre! Cómo no vi'a empezar!...

Dos meses largos que decís andás buscando algo pa ganar unos pesos y siempre me venís con la misma historia. Vos no t'esmerás mucho ni querés pensar que tenés hijos que mantener... Pasándola bien vos, los demás que s'enfermen, que padescan, que mueran!...

ELBIO.—¿Qué querés que haga? (*Enfadado*). Que vaya a robar, a matar, que sea un facineroso? Eso querés vos?...

LAURA.—Yo no digo robar ni matar, porque tuitos tienen derecho a la vida, pero sí rogar un poco más, caminar, acetar cualquier trabajo...

ELBIO.—¡Pero mujer, si no hay por nengún lao!...

LAURA.—Qué no v'a ver... Lo que no hay es ganas... Siempre lo mismo... ¡No hay! ¿Y de qué viven los demás? Si tuitos fueran como vos, ¡pobre mundo, pobre gente!... Mientras tanto, estas criaturas están cada vez más enfermas, más débiles, agotadas por el hambre y el frío... ¡Tendré qu'ir a trabajar yo!...

ELBIO.—Qué vas a trabajar vos, si apenas tenés juerza pa caminar!

LAURA.—Haré lo que pueda... La nena necesita remedios... Cada día l'encuentro pior a la pobrecita!...

ELBIO.—Bah... Tás hablando al cuete!

LAURA. (*Recordando*).—Ahura no'stá Aurelio pa que nos saqu'el apuro... Cuando'él estaba no pensabas tanto ni t'acordabas del porvenir. Dispués que se jué, corrido por la polecía, acusao d'un robo que no había cometido, nuestra vida combeó y empezamos a conocer las herejías'e la esistencia, las amarguras, el hambre... ¡qué sé yo! (*Transición*). ¿Qué diría, cómo se pondría d'enojao y triste si nos viera n'est'estao!... Tanto que quería a la nena!... Pobre Aurelio! (*Lloriquea*).

ELBIO.—¡Otra!... (*Con brutalidad*). En resumidas

cuentas, tu hermano era un loco... Un loco rematao!... Nunca supo pensar como la gente!...

LAURA. (*Enérgica*).—Lo decís áhura... porqu'está lejos... Ese ha sido siempre tu modo de agradecer... El día que te tráiba algo'e comer, no era loco; era un muchacho güeno, inteligente, generoso... ¡Así pagan los ingratos los favores que reciben!...

ELBIO.—¿Y qué le vi'agradecer?

LAURA.—Nada! No tenés nada que agradecerle!... Los sacrificios qu'hiso por nosotros no valen nada!

ELBIO.—Grandes sacrificios... Güeno... Le pertenecía, pa eso sos su hermana. Yo, cuando era como él, hacía muchos más penosos y no me quejaba!

LAURA.—Qué vas a hacer vos! Nunca te conocí esas cosas en tu juventú. (*Silencio*). Aurelio, si hoy mesmo se le presentara l'ocasión, sería capaz'e cualquier cosa p'ayudarme...

ELBIO. (*Con un dejo de esperanza*).—¿Y por qué no l'escrebís, pintándole la situación en que nos hayamos? Quién te dice que no le dea la locura de mandarnos unos pesos!...

LAURA.—Escribirle? ¿Ande? Sino tengo direción ninguna! Dios sabe ande s'encontrará! Puede que s'encuentre peor que nosotros, juyendo siempre'e la polecía, muerto de hambre tal vez, sin un trapo p'abrigarse... (*Los sollozos pujan por brcar de su garganta*). Tan güeno! Verse ansina!... Despreciao por los malos, por los que no comprenden nada de la grandeza de un corazón que desea igualdá y justicia pa tuitos los hombres!...

ELBIO.—Sus ideas lo van a perder, lo van a yevar a la cárcel... o a la muerte... Yo siempre se lo dije... "Mirá—le dije un día que lo vide tranquilo—abandoná esas ideas bobas, dejá que la burguesía y los semejantes y la sociedad, como decís vos se vayan al diablo y se pudran tuitos amontonaos! Podés tomar un conchabo güeno, porque tenés labia y entrusión, y vivir de lo lindo, sin

necesidá d'andar rodando d'aquí p'ayá inútilmente..." Pero no hubo caso. No pude convencerlo... Es un cabeza dura. Dispués me pareció que l'había hablao a la luna... (*Sincero*). Muchacho bobeta, hubiese estao tuita su vida junto a nosotros; áhur'andaré por ahí, vagamundeando como los parias que nombraba él!

LAURA.—Y si es su destino, si está escrito que tiene que ser ansina?

ELBIO.—Qué destino ni ternero muerto! Siempre jué un alborotao!

LAURA.—Pero no dejó d'ayudarnos nunca!

ELBIO. (*Convencido*).—Eso sí... En medio' e sus penurias y andanzas s'acordaba de vos!

LAURA.—Y de vos tamién.

ELBIO.—No tener direción pa'escrebirle!... (*Queda pensativo*).

LAURA. (*Reaccionando*).—Escribirle? Pa qué? Pa pedirle plata, p'hacerlo sufrir, p'apretujarl'el corazón! ¡Oh, si viera, si presintiera nada más lo enferma qu'está la nena, cómo sentiría el pobre! Pero no lo sabrá... Yo no se lo diré jamás...

ELBIO.—¡Claro! No lo sabrá! No ves qu'es una vergüenza decirle la verdá a un hermano!... Más lindo es pasar hambre!...

LAURA. (*Fastidiada*).—Güeno... Cayate... Hac'el favor! (*La niña se revuelve en su camita, mira a su madre, extiende sus bracitos como insinuándole un beso. Laura se aproxima*). ¡Qué querés, m'hijita? (*La abraza y la aprieta contra su pecho*). ¡Tenés hambre? (*Mete las manos bajo los trapos que cubren su cuerpecito*). Pobre m'hijita, tá helada, temblando'e frío... (*La levanta, la envuelve con algunos trapos, se sienta con ella en la cama y la recuesta a su pecho como para contagiarle calor*). Pobre m'hijita, tan güena, tan calladita siempre, tan resinada! (*La niña ahora se encuentra a gusto, sonríe dulcemente*).

Igualit' Aurelio cuando era ansina, pequeñito!... (*En un arranque de ternura incomparable, la besa con frenesí maternal*). Sos una santita, encanto mío...

ELBIO. (*Que ha dado algunas vueltas y presenciado la escena con emoción*). Güeno... (*Vacilando*). Qué vi'hacer áhura?... Noche perra se nos viene... (*Mira hacia el campo*). Y ese bobeta'e Perico no se presienta!... (*Laura no contesta. Continúa hablando con la niña que ora sonríe, ora la abraza, o se torna seria. Elbio, como iluminado por una idea, se detiene bruscamente, medita, vuelve a mirar el cuadro triste de la madre y su hijita, y su corazón, por primera vez, parece comprender toda la tragedia que pronto, tal vez, penetrará en su hogar. Y, repentinamente, dispuesto a todo, echa una última mirada hacia la niña y sale desesperado, empujado por el dolor, el hambre y el frío. Silencio hondo, doloroso... Afuera el viento silba cada vez con más intensidad; las paredes del rancho se estremecen cual si fueran a derrumbarse. Laura permanece apretando a su hijita con visible nerviosidad, de vez en cuando un escalofrío sacude su cuerpo; la nena se ha adormecido... Silencio... Un hombre joven, con el rostro demacrado, cubierto por un sobretodo largo y raído y el sombrero encasquetado malamente, aparece en el umbral de la puerta y queda indeciso, sorprendido al ver a Laura; quiere hablar, pero la emoción no le permite interrumpir el diálogo mudo entre madre e hija... Algo le oprime el corazón horriblemente... Laura no ha advertido su presencia... Luego, no pudiendo resistir más los latidos violentos de su corazón, avanza resuelto, extendiendo los brazos*).

AURELIO.—¡Laura!... ¡Hermana mía!...

LAURA. (*Asustada ante la presencia de Aurelio, a quien no reconoce de pronto, lanza un grito inconsciente e inteligible; pero al momento cambia de aspecto y, con la niña en brazos, corre hacia su hermano*).—Aurelio!... Mi

Aurelio!... (*Los dos se confunden en un abrazo sincero, hondo, fraterno*).

AURELIO. (*Luego de una pausa*).—Qué cambiaca estás, hermana mía!... Ya no eres la que yo dejé en un día aciago para todos nosotros!... Y la nena?... pobrecita!... (*Acariciándola*). Casi la matamos entre los dos... (*Laura lleva la nena a su lecho*). Sí... Déjala... Hace tanto frío!... Pobrecita... (*Laura se vuelve*). Tú sufres mucho, Laura... Tu rostro lo demuestra claramente...

LAURA. (*Disimulando*).—No... Es la edá... Siempre no vi'a ser una muchacha!... A veces pasamos malas horas... pero eso no es nada...

AURELIO. (*Mirando la niña que ahora está con los ojos abiertos y atemorizada*).—Oh, la nena!... Mi querubín!... (*Va hacia ella, la levanta, la besa y nota que tiene frío*). No ve!... (*Hablándole*). Tiene frío, mi nena! ¡Cómo se nota que ya no está su tío para abrirla, para cuidarla mucho, para traerle algunos trapitos!... Hay que cuidar a la nena, ¿verdad? Pero nadie se acuerda de ella... Claro... Como no puede hablar ni gritar, ni protestar... Usted proteste, mi hija; dígale a su padre qué hace; que usted no vino al mundo para padecer, sino para alegrar y enaltecer el hogar!... (*La niña sonríe*). Claro!... Papá no está, mamá no tiene; la pobre, ¿qué va a tener!... El tío estaba lejos y... mi nena no recordaba que yo tenía que venir para abrirla... ¿verdad, mi hijita?... Qué malos son los hombres!... (*La deja en la cama, se quita el sobretodo y la envuelve en él. Laura, emocionada, llora en silencio*). Ahora sí está linda, mi querubín... eh?... Esta noche te vas a reír del frío y de todos nosotros!... (*La deja nuevamente en la cama y se vuelve a Laura*). ¿Cómo? ¿Estás llorando? ¿Qué tienes, Laura?...

LAURA.—No... No tengo nada... (*Entre sollozos*). Llora d'alegría, de contenta por verte sano... que sé yo!...

AURELIO. (*Entristecido*).—Tú tienes algo, Laura; tú no me quieres decir lo que te sucede... Me ocultas alguna cosa...

LAURA. (*Enjugándose las lágrimas*). A vos nunca t'oculté nada, Aurelio... Bien lo sabés... Es que vos sos muy güeno... demasiado güeno...

AURELIO.—No tanto, mi hija... (*Tiernamente*). Haría mucho más si tuviese medios para ello... Lo mejor que tengo, siempre lo reservo para mi única hermana.

LAURA.—Oh, sí; ya lo sé!... Yo nunca te podré pagar...

AURELIO.—Era lo que faltaba... Ni pienses en eso... Entonces dejaría de ser tu hermano... (*Sonriendo*). ¿Crees tú que tengo ganas de ser uno más de tus acreedores?

LAURA. (*Más tranquila*).—¿Y qu'es de tu vida, Aurelio? Tántos meses sin tener noticias tuyas!... Si supieras cuántas noches nos hemos acordado de vos!...

AURELIO.—Me lo imagino... (*Mirándola fijamente*). ¡Pero qué demudada te encuentro! Yo no sé!... Me parece que tú ya no eres feliz!... (*La hace sentar. Permanecen callados, mirándose con ternura, muy juntos... Tántas cosas anhelan expresar sus ojos!*)

LAURA. (*Impensadamente*).—¿Y que t'ha dao por venir con un tiempo tan feo?

AURELIO.—Tú sabes que siempre hay algo oculto en nosotros mismos que nos arrastra hacia los seres que amamos... Algún día tenía que hacerte una visita, aunque ésta no será muy larga... A veces se tienen sueños que nos hacen "ver" la realidad... Y por eso, por un sueño de aquéllos que dejan en el corazón una amargura inefable, he caído por acá...

LAURA.—Ah!... (*Suspira, sin comprender*). ¿Y te vas a dir prento?...

AURELIO.—Mañana mismo si es posible... Mi presencia aquí, en este pueblo ignorante y fanático, no resulta

grata, especialmente para el señor comisario, para el imbécil más grande que yo haya visto en mi vida, para aquel hombre, ¿recuerdas?, que en la huelga quería imponer condiciones absurdas y despóticas, y que tuvo luego que esconder el rostro por un tiempo, merced a mis artículos publicados en "La Luz"?... (*Con orgullo*). ¡Qué campaña aquélla!... Es cierto que me obligaron a abandonar el pueblo, pero ellos también quedaron mal parados!...

LAURA.—(*Satisfecha*).—Tenía envidia de vos, porque le deseubrías tuitas sus barbaridades... Entoavía es el patrón de tuitos los piones, y lo que se l'antoja a él se cumple en seguida... A una palabra suya, hasta los más retobaos bajan la cabeza... Es un bandido ese comisario!...

AURELIO.—Oh, aún quedan muchos comisarios de esa calaña! Es necesario trabajar mucho todavía para limpiar al pueblo de semejante plaga... Por eso nosotros resultamos indeseables para ellos... Ya quisieran que todos vivieran con los ojos cerrados, callados como muertos... Eso sí les gustaría!

LAURA.(*Temerosa*).—Dios mío, si te viera por acá! Tené cuidao, Aurelio... Es capaz... El no s'olvida de aquella derrota!

AURELIO.—Oh, sí; bien lo sé... Trataría de hundirme en la cárcel... o de matarme... Vaya uno a saber! (*Laura se estremece*). El siempre busca un pretexto... Me remitiría por anarquista peligroso, por revolucionario, por asesino o por ladrón... Lo esencial sería enviarme a la prisión... y perderme de una vez, puesto que estando libre puedo mandarle de vez en cuando algunos artículos que lo hacen estremecer de rabia! Ah, si este pueblo no fuera tan ignorante, otro progreso y otra cultura reinarían para bien de todos!... Pero el pueblo mismo tiene la culpa de su retroceso, de sus costumbres semi salvajes...

LAURA.—Y sabiendo eso, vos te animaste a venir, a exponer tu vida?

AURELIO. (*Mirando disimuladamente para todos lados*).—El sueño me empujó... Un sueño que resulta realidad palpable y cruda, y no me ha engañado...

LAURA. (*Sin comprender*).—Un sueño... un sueño... (*Pausa*). Ah!... Ahura comprendiendo algo... (*Mira a la niña*). Sí... Ya comprendiendo... ¡Un sueño... un sueño!... (*Queda triste, con la cabeza inclinada ligeramente, agobiada por una pena profunda*).

AURELIO. (*En tono chacotón*).—Un sueño... estando despierto. Nunca falta una buena persona que nos ponga en antecedentes de lo que pasa en otras partes, en los hogares que hemos abandonado... (*Se incorpora*). Bueno. Estoy satisfecho. Ya he cumplido mis deseos... ¿A qué entristecemos ahora? Bastante hemos pensado y sufrido ya! Antes le tenía miedo a la cárcel... Ahora no! Ahora estoy decidido a todo... por eso he venido...

LAURA. (*Se levanta. Gritando, asustada*).—No, Aurelio! No digás eso, por Dios! (*En un arranque de desesperación*). Andate... andate... Aurelio!... Me moriría si te prendieran por nosotros... Andate! ¡Ay si llegara a saber el comensario!...

AURELIO.—¿Para qué? La suerte está echada! (*Recordando*). Tengo que ver también a Elbio y a tu hijo. ¿Cómo me voy a ir sin saludarlos?... Están bien, ¿no?

LAURA. (*Más asustada, ruega*).—Sí... tán bien... sí... Pero andate, Aurelio!... andate... hacelo por la nena, por nosotros, por vos mismo!...

AURELIO. (*Aparentemente tranquilo*).—Caramba, mi hija! No es para tanto! Tú ya lo ves todo negro, todo perdido... El comisario no es brujo!...

LAURA. (*Implorando*).—Vos no sabés entoavía quién es ese hombre! Es un perverso! Andate!... Acordate

qu'una vez t'acusó por ladrón!... (*Le empuja hacia la puerta*). Andate... Por m'hijita... ¡hacelo!...

AURELIO. (*Mirando la puerta con tranquilidad mal contenida*).—Calla... Ahí está Elbio. Déjame esconder!... (*Se oculta. Laura queda indecisa*).

ELBIO. (*Entra apresurado, con el rostro descompuesto y desconfiando de todo*). — Tomá!... Tomá plata!... Ahura sí no vamos a mendigar! Ahura podremos comprar muchas cosas!... Remedios pa la nena, abrigos, comida, leña!... Tuito lo que necesitamos!... (*Extrae del bolsillo del pantalón un puñado de billetes y los derrama sobre la mesa*). Ansina no nos moriremos d'hambre!... Esto sí es la tentación!... (*Los mira y sonríe como un inconsciente*).

LAURA. (*Que ha quedado sorprendida, con los ojos desmesuradamente abiertos y los brazos en cruz*).—¡Elbio!... ¡Esa plata, Elbio!...

ELBIO. (*Brutal*).—Cayate, trompeta! No me preguntes nada... nada!... Agarrala... guardala d'una vez!... Pronto!...

LAURA.—Pero... (*Advirtiendo que tiene las manos manchadas de sangre*). ¡Qué has hecho?, Elbio, ¡qué has hecho?

ELBIO. (*Riendo estúpidamente*). — ¡Qué vi'a hacer, m'hija!... ¡Robar, matar, asesinar, pa no morirnos d'hambre!...

LAURA. (*Gritando desesperada*).—¡Asesino!... ¡Vos asesino!... ¡Oh qué horrible, qué horrible!... (*Cúbrese el rostro con ambas manos*).

ELBIO. (*Siempre riendo*).—¡Y qué querés? L'hambre no quiere que le digan: ¡esperá! Hay que gritarle: ¡tomá! ¡hartate!... Y el que cai dominao por la disgracia s'acostumbra a tuito lo malo como si tal cosa! (*Mira los billetes*). Son bastante... Nos alcanza pa unos meses! (*Y como hablando para sí*). No es mal prencipio el mío... (*Laura no responde. Aurelio, detrás de su escondite, queda es-*

tupefacto al oír las declaraciones de Elbio). Güeno. Es lo mesmo... Si no lo querés vos, son pa la nena. Nosotros no precisamos nada... nada... (*Los recoge y va hacia la niña*). Tomalos vos, m'hijita! ¡Aquí tiene plata que le trai su padre! (*La niña se ha dormido. Elbio introduce los billetes en el sobretodo de Aurelio, creyendo que es un trapo cualquiera*).

AURELIO. (*Saliendo de su escondite*).—¡Elbio!

ELBIO. (*Volviéndose sorprendido; bruscamente*).—Oh! (*Reconociéndolo*). Vos acá!... (*Aproximándose*). Pucha que sos corajudo, venirte por acá sabiendo qu'el comesario t'anda buscando... dende que te perdió'e vista...

AURELIO.—No le temo. Las acusaciones estúpidas que aquella vez arrojó sobre mí, cayeron todas pulverizadas una a una ante la fuerza de mi inocencia! Ahora venga esa mano! (*Se la alarga. Elbio va a estrechársela, pero la retira violentamente*).

ELBIO.—¡No... no!... Tán manchadas!

AURELIO. (*Que comprende*).—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

ELBIO. (*Cohibido*).—¡Nada! ¡No'hecho nada!... (*Las mira*).

LAURA. (*Saliendo de su estupor*).—Oh, qué desgracia!...

AURELIO. (*Llevádole aparte y sacudiéndole nerviosamente*).—Habla, Elbio! Ya lo sé todo!... ¡Lo he sentido todo!... ¿Qué infamia has cometido? ¡Habla!...

ELBIO. (*Con voz ahogada*).—No es infamia... Es la ley de la vida perra: quitar al que tiene más que nosotros, robar al que no necesita, matar si nos niegan el derecho a vivir... ¡Comprendé bien! ¡Tuitos tenemos derecho!...

AURELIO. (*No pudiendo contener su indignación*).—Eres un perdido, un degenerado! No has sabido repeler los zarpazos de la miseria! Irás a la cárcel para toda tu vida; tu hogar quedará destruído para siempre; tus hijos

serán despreciados por todos y tendrán en todo momento que ocultar el rostro por el asesinato de su padre!... ¡Esa es la obra que has iniciado, desgraciado; ése es el primer empujón que has dado para abrir las puertas de la prisión!...

ELBIO.—¡Basta... basta!... (*Retorciéndose las manos*). Escuchame... escuchame un momento... Después decime tuito lo que quieras, gritame, insultame, maldecime!... Vos no conocés las amarguras de mi corazón, la batalla terrible qu'he librao entre l'honradez y la perdición, entr'el hambre y la muerte!... Tuito lo he hecho por ella, por m'hijita, que pronto no veré más! (*Silencio embarazoso*). ¡Si se salvara, si se curara, no m'importaría morir!...

AURELIO. (*Automáticamente*) ¡Es humano... es humano!...

ELBIO.—Salí como loco... Corrí no sé hast'ande... y al primero qu'encontré... ¡Taba desesperao!... ¡Yo qué sé!... Mirame las manos, mirá estas manos que siempre fueron trabajadoras... ahura son criminales... ¡criminales!... (*Y como deseando justificarse*). ¡Jué por la nena, Aurelio, jué por la nena!...

LAURA. (*Retrocediendo con lentitud y mirando a los dos hombres con pavor*).—¡Dios mío! (*Se deja caer sobre la cama y, abrazando a la niña frenéticamente, rompe en llanto convulsivo*).

AURELIO. (*Luego de una breve pausa*).—¡Por la nena! (*Elbio, agobiado por el dolor, se abandona sobre una silla y hunde la cabeza entre las manos. Aurelio permanece con la mirada fija en un punto visible. Silencio. Siéntese el galopar de varios caballos que se acercan al rancho. Un estremecimiento de horror sacude a los dos hombres y Laura aprieta fuertemente a la niña. Al instante, azorado y pálido de miedo, entra Perico corriendo*).

PERICO.—¡Tata... tata!... (*Gritando*). ¡La polecía!

Mataron un hombre, tata! (*Va a un rincón y queda acurrucado, mirando fijamente hacia la puerta. Estupefacción general. Los dos hombres cambian una mirada extraña*).

AURELIO. (*En voz baja a Elbio*).—Bueno... Prepárate... Vienen en tu busca!

ELBIO. (*Repitiendo*).—Por mí... por mí!... (*Violento*). No!... no!... (*Se incorpora*). Es necesario que no me priendan esos perros!... ¡Por mis hijos... por la nena!... (*Corre y cierra la puerta con llave*). ¡Qu'entren ahura!... (*Se vuelve nervioso*).

AURELIO.—Y... qué vas a hacer?

ELBIO. (*Decidido*).—Defenderme!...

AURELIO.—Imposible... Te matarán! ¡Matarán a tus hijos, Elbio!...

ELBIO. (*Dejándose caer nuevamente en la silla*).—Oh, callate... callate...

AURELIO.—La sociedad exige venganza. (*Como hablando consigo mismo*). Las puertas de la cárcel se están abriendo! Entrará un padre y morirán sus hijos! ¡Y todo por el hambre, por la miseria, por la niña que se muere! (*Se da vuelta y observa a Laura. Permanece silencioso, con el corazón oprimido; luego vacila, piensa y, tomando una resolución definitiva, dirígese a la puerta y la abre de par en par a tiempo que se oyen fuertes voces de hombres que llegan. Una idea repentina, salvadora, se ha adueñado ahora de su cerebro. Apenas ha retrocedido dos pasos, entra el Comisario seguido de dos agentes*).

COMISARIO. (*Dirigiéndose a Aurelio*).—¡Ah sabandija! Ya sabía yo qu'andabas por estos pagos p'hacer algún asesinato! No te conformaste con robar, sino que mataste como un fasineroso!... (*Con orgullo vengativo*). ¡Ahura me vas a pagar tuito lo que me debés!...

AURELIO. (*Sereno*).—Cuando podemos salvar a una familia de la ruina y librar de la muerte a inocentes criaturas, es de nobles sacrificarse y morir, puesto que nuestro

sacrificio y nuestra muerte llevarán la dicha y la tranquilidad a un hogar hermano!...

COMISARIO. (*Que no comprende*).—Ya tendrás tiempo d'hablar en la cárcel! (*A los agentes*). A ver... pronto! Priéndanmé a ese asesino!... (*Los agentes se acercan a Aurelio y le colocan las esposas*).

AURELIO. (*Alargando las manos*).—Es la justicia de los hombres!...

LAURA. (*Lanzando un grito desgarrador*).—¡No!... (*Quiere hablar, decir que su hermano es inocente, pero la voz expira en su garganta. Elbio, que está como idiotizado, mira la escena con un fulgor indefinible en las pupilas*).

COMISARIO. (*Buscando*).—N'esta vez no t'esca-pás!... (*Aproxímase a la cama y observa el sobretodo que ha dejado Aurelio. Brutalmente, de un tirón, lo quita y, ansioso, revisa sus bolsillos. Y al punto una exclamación de triunfo brota de su pecho*).—Ah, cachafaz! (*Mostrando los billetes*). ¡Ahura... vamos! (*Sale llevándose el sobretodo*).

AURELIO. (*Mientras los agentes lo empujan hacia afuera*).—Cuiden la nena... la nena!... ¡mi querubín!... (*Salen*).

LAURA. (*Se levanta violentamente con la niña en brazos e intenta correr hacia la puerta. Gritando dolorosamente*).—¡Se lo llevan... se lo llevan pa siempre!... por m'hijita!... (*Y mirando a la niña, llora sin consuelo*).

¡QUE JULEPE!...

Noche serena... Noche tranquila y silenciosa... Noche callada como un alma pecadora... Y noche llena de estrellas, inspiradora de gratos motivos, de emociones hondadas con mucho de pureza.

Era la noche de un Viernes Santo...

En la cocina, pensativos y recordando tal vez al Maestro, unos cuantos gauchitos mateaban junto al fogón, mientras la "patrona" preparaba la cena.

No sentían deseos de hablar... Estaban aburridos los gauchitos, pues en todo el día no habían hecho más nada que matear y lanzar algún chiste en voz baja, disimuladamente, para no contrariar al patrón.

Al fin, Poncio, un muchacho parlanchín, demasiado incrédulo y bastante mentiroso, mortificado por la pasividad de sus compañeros, interrumpió como riéndose de todos:

—¡Pu...cha digo! Parece mesmamente qu'estuviéramos velando al viejo Carlín!... Y eso que ahura no'stá el patrón p'hacernos cayar!...

—No te fiés n'el silencio'el gato... que a lo mejor pega el salto!

—Y tuito porque dicen unos leídos qu'en un día como el de hoy crucifijeron a Dios!...

—No, aparcero!—defendió un mozo que parecía estar rezando y que no había intervenido en la conversación hasta el momento—no sea bárbaro! No jué a Dios que crucifi-

jeron, sino a su hijo Jesú, un mozo güeno y de corazón más generoso que tuitos los gauchos juntos!...

—Bien sonso es el cristiano cuando l'entra l'espina'e la credulidá!

—No es credulidá... Tuitos los libros dicen lo cierto... Y un día como el de hoy, pagó con su vida por defender a los hombres malvaos!... ¡Hay muchos mal agradecidos entoavía po estos campos!

—Güeno!... Ya salió el leido en defensa'e su Dios! Pero a mí no m'hace dentrar naide n'el campo d'esa filosofía peliaguda!...

—¡Oigale el mozo!—rió un paisano, batiendo palmas.—Dejuro qu'estuvo una semana enterita p'aprender esa palabra en difícil!

—No creás... No preciso mucha lonja pa correr... En cuantito se m'apretan las espuelas'e la enseñanza, corco-beo, sino tiro al jinete al suelo duro'e la vergüenza!

—Eso habría que verlo... No es tan malo el noviyo porque tenga guampas!!...

—¡Guampudo será... tu agüelo!...

Iban por mal camino los gauchos. Se presentía ya lo de todos los días: una lucha a puñetazos entre los dos antagonistas de siempre. Algunos intervinieron: era necesario respetar el Viernes Santo!

—Avisen si van'empezar... que los dejamos solos! Hoy nues día de peliar como los perros... De no, vayan al campo y ruémpansen l'alma!...

—¡Claro que voy!...—gritó Poncio, el gauchito mentiroso, levantándose bruscamente.—No le tengo miedo a él ni a naides!...

—Cayate, atolondrao!—reprochó su rival, con cierto desprecio.—Vos no crés en Dios, porque nunca has hecho nada güeno... A vos la inorancia t'engüelve como la noche a la tapera! Po eso hablás descogotándote!...

—Y güeno, qué querés con tus pretensiones de manate

gaueho? Yo no creo en Dios ni en su hijo, ni n'el diablo, porque nunca los he visto!...

—Sos un hereje, un blasfemador, un Judas!... Cayate la boca, será mejor!

Alguien al oír pasos, advirtió rápido:

—¡Ojo, muchachos! Parece que se yega el patrón!

En efecto, era el patrón. Entró. Miró a todos sus peones como buscando algo. Estos permanecieron quietos, callados, disimulando algunos su nerviosidad. Poncio, que permanecía parado, hizo una mueca desagradable y volvióse a sentar con visible desgano.

Faltaba media hora aún para la cena. Pero el mate continuaba jugoso...

—Ah, a vos, Poncio, te buscaba, porque sos el más voluntarioso...

—Mande lo que guste, patrón—replicó aquél, y se levantó.

—Mirá... Te vas a la pulpería y me traés una botella'e guindado. Falta una hora aún pa la cena, y eso no hace mal como aperitivo!...

—¡Cómo no, patrón!—exclamó jubilosamente Poncio, relamiéndose de puro gusto, al pensar en las delicias del guindado. Cogió el dinero que dióle el patrón y, echando una mirada altiva a su rival, salió tarareando un verso destrozado.

Media hora larga había pasado. Los gauchos, que esperaban ansiosos el apetecido guindado, estaban impacientes por la tardanza injustificable del muchacho. Algunos, cansados de esperar, habíanse retirado refunfuñando y maldiciendo.

—Muchacho lerdo ese Poncio!—dijo uno, sin poder contener su enojo.

—Es que'a lo mejor viene sin nada y limpiándose las manos como su tocayo Pilatos!

Volvió a reinar silencio en la cocina.

El guindado no aparecía y la hora de la cena se aproximaba.

—Y güeno...—conformó otro.—Lo dejamos pa mañana qu'es sábado'e gloria!

Cinco minutos no habían transcurrido, cuando Poncio, asustado, sin guindado y sumamente pálido apareció en el umbral de la puerta. Todos se sorprendieron grandemente al verlo en tan lastimoso estado. ¿Qué le sucedía a aquel muchacho valeroso, incrédulo, que nunca se había asustado de nada ni de nadie? Poncio, temblando aún, aproximóse al fogón. Pidió un mate que saboreó con fruición, y se sentó. Parecía faltarle la respiración...

—Paece que l'hubiese agarrao algún finao... — murmuró alguien.

Y otro, advirtiéndole que no traía nada, chanceó no sin rabia:

—¡Y le tomó el guindao, dejuramente!...

—¡Qué julepe!...—dijo Poncio, cuando sus compañeros callaron.

¡Caramba! Los gauchos pusieron atención... ¡Cómo! ¿Qué pasaba? La cosa era grave en verdad... Poncio no quería hablar. Sentía vergüenza de haber sido cobarde... ¿Qué dirían ahora de él sus "rivales"?

Algunos exigieron. Otros zalamerearon sinceramente. Al fin, Poncio, deseando sacarse de encima aquel "julepe" y pensando que "las penas contadas son aliviadas", decidióse a relatar lo que había acontecido en su viaje a la pulpería.

Y dijo:

—¡Qué julepe bárbaro m'han dao! Cuando salí'e la pulpería enderesé rumbo a la picada'e la Comadreja, cantando aqueya vidalita que tanto me gusta. Yo ni m'acordaba qu'era Viernes Santo!... Pensaba nomá n'el guindao que

traiba en las manos, tomándole l'olor de vez en cuando... Yegué a la picada.

D'os santo lo qué vide! D'atrás d'un árbol salió un viejito tuito vestido'e blanco, con una barba larga que le yegaba hasta los pies. Y empezó a caminar detrás mío...

—Güeno—me dije—siempre que siga ansina, nues nada: en cuantito agarre campo limpio, disparo!...

Pero yo no sé lo que me pasaba. Redepente ¡zas! otro hombre más fiero s'apareció y empezó también a caminar... pero delante mío. Vestía tuito de colorao y teniba una cola igualit'al diablo! ¡Y saltaba y daba güeltas carnero! ¡Yo qué sé!...

El viejo no hacía más que caminar. Pero el otro, Dios mío!...

Yo chiflaba, él chiflaba. Yo m'apuraba, él s'apuraba. Yo pegaba un grito, él pegaba dos! Yo tosía, el tosía también!... Yo me paraba, él se paraba!

En fin... Hacía tuito lo que yo hacía. Yo rogaba con tuita l'alma pa que se juera d'una vez...

Cuando creiba que se diba ya, se paró de golpe, y mirándome con ganitas de pasarme al otro mundo, se riyó juertemente. ¡Qué risa de finao!... Yo me paré. El se paró, y el viejo que venía atrás mío, también se paró. Y los tres quedamos paraos!...

Pero en un redepente, el fiero aquél pegó un salto bárbaro y, corcoheando como un potro, se me vino encima.

Me sentí dijunto!

—Tom'el guindao—le grite, casi caéndome'e puro miedo—¡pero no m'haga nada!

Era lo que quería, el condenao. En seguida tomó la boteya y se la empinó! Yo aproveché antonce pa disparar. Pero no pude estar sin mirar p'atrás, pue me parecía entoavía que m'agarraba po el pescuezo!

Y vide lo que ustedes no se imaginan... El viejo corrió en cuantito yo disparé y se le prendió al fiero por la co-

la... ¡Le sacó la boteya, le dió un puntapié en la parte del asentadero y l'hizo disparar como alma qu'arrastra mandinga!... Y no vide más.

Poncio agarróse la cabeza con ambas manos, y terminó:

—Qué julepe más grande me han dao, San Jesús!...

—Y no los conociste?—preguntó uno de ellos, no sin cierto temor.

—¡Qué los vi'a conocer, disgracia! Yo colijo, dejuramente, qu'el fiero era'l diablo y el viejito era tata Dios... porque otros no podían ser!...

—Hay que convencerse,—exclamó filosóficamente su "rival", demostrando una honda satisfacción,—que Dios castiga y da lecciones sin necesidá'e lonja ni espuelas!...

—Ahura sí tenés razón, hermano!—asintió Poncio, convencido.

Momentos después entraban a la cocina dos de los peones más pícaros y atrevidos... Venían muy contentos, y conversadores... Uno de ellos, la mitad fuera del bolsillo del saco, traía la botella que había llevado Poncio para el guindado... pero vacía completamente...

EL REGALO

El día había sido crudo, un verdadero día de invierno, con un vientecillo helado y una lluvia finita y pertinaz que penetraba hasta la médula de los huesos. Alguien sentenció grave:

—Malos síntomas... La miseria y l'hambre s'están preparando p'hacer estragos... Este año v'a ser rudo y yenito'e sorpresas bárbaras!... Dios quiera que no!

Rudecindo entró a la amplia cocina con visible nerviosidad. Puso los baldes de leche recién ordeñada sobre la mesa y fué al fogón a calentarse las manos entumecidas. Así estaba cuando presentóse Lala, la hija menor de don Josefino, gaucho de ley, caritativo, generoso y rebosante el corazón de sentimientos fraternales. Lala era una joven agraciada, guapa, risueña y optimista, siempre con un piropeo dulce a flor de labios o una sonrisa plena de encantos. Al ver a Rudecindo inclinado junto al fogón, en actitud contemplativa no pudo resistir y piropeó sonriente:

—Dichoso el juego que puede reflejarse en sus pupilas y ver en ellas la imagen de la moza que turba sus pensamientos!...

Rudecindo, un tanto avergonzado y halagado a la vez, dióse vuelta rápidamente. Aquella voz tierna hacía-le dichoso; aquellas palabras brotadas de lo más íntimo del corazón, siempre puras y buenas, hacíanle soñar con una hermana incomparable, con un alma grande capaz de com-

prender sus angustias, sus dolores y sus ansias. El no tenía a nadie en el mundo. Ni padres, ni hermanos, ni amigos, nada. Era como una hierba solitaria, arrojada al sendero de la vida, quién sabe por qué destino diabólico... Se había criado como un perro abandonado, solo, triste, despreciado por todos... Vagando por los campos, durmiendo en los montes, caminando por caminos pedregosos con los pies descalzos, llegando,—cuando el hambre lo acosaba y el frío hacía temblar sus carnes flageladas—a un rancho hospitalario, en procura de albergue o un men-drugo de pan, de pan que parecíale una maldición arrojada a su dignidad de hombre bueno y trabajador, había pasado lo mejor de su juventud indigente. Y como sus hermanos en la miseria eran también pobres, al otro día reemprendía su ruta de penurias; marchando aún con un resto de esperanza, llevando en su pecho todo un inmenso caudal de aspiraciones honestísimas, recorría las estancias, las chaeras, las trillas, solicitando cualquier trabajo, exigiendo solamente el alimento necesario.

Pero la época era mala, época de ruina y de perturbaciones políticas. Y nadie quería acoger en su hogar a un desconocido, a un hombre que podría ser un criminal tal vez. Y así se deslizaba su vida incierta, hasta que un día el destino quiso acordarse de él, y entró como simple agregado en casa de don Josefino. Mas si éste comprendió al instante los dolores morales que bullían en el pecho de aquel adolescente fuerte y anheloso de ganarse el sustento con la virilidad de sus músculos, Lala supo ir más lejos aún: su intuición clara le hizo comprender todo el sabor amargo de una tragedia en el recién llegado y, como si lo hubiera conocido desde niño, se mostró alegre, parlera y condescendiente; ella misma preparóle la cena y luego armó la cama en el galpón lleno de bolsas de trigo y maíz.

Aquella noche, Rudecindo durmió con una tranquilidad

y una alegría intensas, iluminado su rostro curtido de honda satisfacción. En cambio, Lala, no pudiendo conciliar el sueño, permanecía inquieta, revolviéndose continuamente entre las blancas sábanas, forjándose mil ilusiones y soñando con felicidades desconocidas aún para su corazón joven y ardiente. La presencia de aquel joven desconocido, con un rictus amargo de cansancio en el rostro macilento pero hermoso, habíale causado una sensación extraña, algo así como una sensación tentadora e inexplicable. Y dentro de su indigencia, vestido con andrajos, el cabello en desorden, y sus manos toscas y sus ojos negros y expresivos, lo veía fuerte y magnífico, grande y bondadoso: quizá era su ideal hecho carne, el ideal anhelado en interminables noches de estío.

Desde entonces, Lala experimentó un cambio en su vida; volvióse más risueña, más voluntaria y agradable: se sentía feliz. Y aunque su corazón no había escuchado todavía las frases vulgares del amor, expresadas sentimentalmente por su presunto adorador, ella se sabía ya con derecho a él y forjábale un nido dichoso, un hogar donde sería primera y única soberana.

Rudecindo habíase captado la simpatía y el cariño de todos los de la casa, y don Josefino, orgulloso del "hallazgo", alabábalo a cada momento, llegando a ofrecerle un sueldo por mes, pero que el mozo rechazó al punto en agradecimiento a la noble acogida que habíanle dispensado en los instantes más angustiosos de su vida.

Para aquellas gentes sencillas y generosas, Rudecindo era como un hijo y un hermano más, venido de tierras extrañas donde el hombre se hace a fuerza de luchas, golpes y trabajos... Y Lala resultaba para él, tan falto de la tibia del consuelo, un hermana cariñosa y dulce, capaz de hacerlo hombre y encauzarlo por la senda de la felicidad; pero él sabía también corresponder a la estimación que le profesaba: los mejores frutos eran para Lala, para ella el

primer vaso de leche, el perfume más exquisito que llevara el mercachifle, y para ella también las frases más galantes que salieran de su garganta. Dijérase que no podía estar uno lejos del otro, ya conversando animadamente en la quietud de la cocina, ya en el galpón desgranando maíz o bien sentados junto a las parvas de chala seca apartando mazoreas... Y, sin embargo...

Qué satisfacción indecible experimentaba Lala cuando Rudecindo, sentado en un banquito junto al fogón, con el mate entre las manos y la pava a un costado, hablaba entusiasmado de la cosecha futura, de sus aspiraciones, de su vida errante, de sus andanzas por tierras extrañas, de su porvenir que presentábasele ahora como una dulce perspectiva llena de ensueños y dichas!... Y mientras él hablaba, los demás parecían pender de sus frases, callados, extasiados...; y en un ángulo de la cocina, Lala, con un orgullo que no sabía explicarse, escuchábalo absorta..., embebida en sus pensamientos. Muchas veces olvidábase de lo que estaba haciendo y volvía a la realidad, a la brutal realidad, a un grito enérgico de don Josefino o a un reto de la madre.

Y, no obstante, Rudecindo no sentía amor por Lala; era más bien afecto hondo, franco agradecimiento: ella era para él una alegría, un consuelo, una hermana espiritual en la cual podía volcar confiado las cuitas de su corazón; pero éste no podría jamás traspasar los límites de la amistad, puesto que ya tenía su dueña en otra moza vecina de las casas; y si en raptos de entusiasmos sentía deseos de declararle sus intenciones, la realidad se encargaba de hacerle comprender su vana idea; él no tenía derecho de perturbar el sueño de nadie, y menos "traicionar" a sus protectores. Tampoco podría llegar hasta "allí"; su vida oscura, su ignoto origen, su nombre desconocido, todo eso era bastante para ser rechazado por Lala. Y antes que destrozarse un corazón con el engaño, prefirió callar,

ahogar los sentimientos que oprimíanle rudamente, buscar un lenitivo en otra moza. Y la encontró; se enamoró grandemente, y nadie sabía nada...

Y en tanto Rudecindo sentía un afecto fraterno hacia Lala, ésta, joven y anhelante, sentía cada vez con más fuerzas el deseo de amarlo, de quererlo con todas las fibras de su cuerpo, con toda la sencillez de su alma. Pero el Destino es falaz y sarcástico: se complace en tenernos juntos para hacer más distanciada nuestra felicidad.

Aquel día Rudecindo estaba triste, preocupado, con unas ganas inmensas de tirarse sobre la chala, en el galpón, y llorar mucho y librarse de aquel pesar que le embargaba y parecía asfixiarlo... Lala advirtió el cambio en el semblante del mozo, pero no se animó a preguntarle nada, temerosa de mortificarlo íntimamente. Mas su corazón presentía algo, algo doloroso, desgarrante... ¿Es que acaso ella también sentía ya el aguijón de la tristeza?

Cuando Rudecindo vió que Lala permanecía junto a él, temblaron sus manos y latió con violencia su corazón. Intentó decir una frase cualquiera, pero la emoción no se lo permitió. Lala creyó entender... Viéndose sola junto al hombre que ocupaba todos sus pensamientos, murmuró quedamente, a tiempo que echaba unas legumbres a la olla de puchero abundante:

—Es qu'el bichito'el amor est'haciendo nido en su alma, de juramente!...

Y se calló esperando una contestación halagüeña; una sola palabra bastaba para hacerla completamente feliz. Un silencio prolongado, sugestivo, reinó en la cocina. Acaso aquellas dos almas jóvenes temían romper el hilo dorado del encanto al solo movimiento de los labios!

Luego, Rudecindo dejándose caer en un banquito, exclamó de golpe, como deseando librar a su corazón de una pena harto dolorosa:

—Sábe una cosa, Lala?... Una cosa fiera?...

—Qué vi'a saber yo, Rudecindo, si tuito el día me lo paso limpiando tachos!...—coniesió Lala.

—Este...—balbuceó Rudecindo con voz tremante.—Yo no sé si será justo decirlo...—Y volvióse a callar.

—¿Y por qué no?—exigió Lala con ansiedad.—¿Se trata de algún baile?

—Lo contrario... algo más pior...—y de repente, conteniendo apenas la emoción que le embargaba, prosiguió:—Hoy lo supe tuito por ña Micaela, la mujer del puestero. Y no m'engañó! Me juí d'en seguida cerca'e la casa y vide tuitos los preparativos... tuita la fiesta... tuita l'alegría que había en los ranchos!... No pude aguantar y m'eché a yorar como un hombre cuando ama y se ve traicionao!... Ahura sí se me rompió el castillo 'el alma, se deshiizo la flor de mis ilusiones locas y las esperanzas forjadas con paciencia y trabajo; ahura sí se golvieron cenizas, cenizas negras, malditas... Y yo soy un maldito tamién, un vencido'e la fatalidá!... Ya vide a la indina, estuve a su lao pero no le dije nada por no matarla, por no ahugarla entre mis manos y vengarme!...

Un sentimiento de pena por la atribulación del amigo invadió el pecho de Lala, pero al punto un pensamiento de triunfo y optimismo, un placer inexplicable iluminó su rostro y ojos brillaron... ¡qué engañada había vivido! Pero, ¿qué importaba todo aquello? Tentaciones tuvo de gritar, en un gesto de victoria definitiva: ¡Ahura sí será mío, enteramente mío!

—¿Y quién es la "traidora"?—preguntó con cierto deleite juvenil.

—Quién va ser!... La hija'e López...—Y añadió, poniendo en las palabras todo el dolor de su corazón:—M'ha engañao como a un niño, y yo soy tan güeno que no la mato!...

—¿Y por qué matarla? ¿Acaso es l'única n'el mundo que puede quererlo?

—Cierto, Lala. Ella no es l'única, pero cuando a uno lo vencen una vez de traición, se güelbe mañero y desconfiao!...

—Bah! A lo mejor cerquita suyo nomá hay otro corazón ansioso e'quererlo!

Dijo esto con tan ardiente serenidad, con tanta franqueza, que Rudecindo, a pesar de su desesperación, no pudo menos que sonreír amargamente.

—Y güeno... Puede ser...—replicó con un gesto de inconsciencia.

—Sí...—prosiguió Lala con firmeza, anhelando decir todo de una vez.—Ahura es necesario que nos desengañemos y tengamos la valentía de despejar...

Interrumpióse bruscamente. Los colores subieron a sus mejillas y las palabras ahogáronse en su garganta, a tiempo que empezaba a limpiar y mover la pava nerviosamente. En aquel momento había entrado don Josefino con su porte peculiar, firme y circunspecto. Dirigióse a Rudecindo y, dándole unas palmaditas en el hombro, ordenó amable:

—Vas a dir a lo de López a yevar un regalo'e boda, y se lo vas a entregar a la novia personalmente, ¿oís?

—Patrón... don Josefino...—tartamudeó Rudecindo, sintiendo un escalofrío en todo el cuerpo.

Pero Lala, comprendiendo cuán dolorosa era la misión y estremeciéndose al sentir el apellido de su "rival", intercedió suplicante:

—Mandá a Pepe, tata, porque Rudecindo tá un poco enfermo, y el agua...

—No importa—interrumpió don Josefino—Va en un momento. Además, Rudecindo sabe expresarse bien pa darle nuestras felicitaciones.

Y dirigiéndose a la puerta:

—Güeno... Vení.

Salió. Los dos jóvenes se miraron intensamente, mudos de sorpresa. Rudecindo se incorporó lentamente y, con pa-

so vacilante, encaminóse hacia el patio. El no podía desobedecer la orden de su patrón y protector, aunque aquella obediencia fuese la destrucción de su alma. Lala, presintiendo tal vez una tragedia, en su corazón de joven enamorada, corrió hacia Rudecindo y, suplicante, en un gesto de angustia incontinente, rogó:

—No vaya, Rudecindo!... Si es que aún le resta un poco de amor, si me quiere como una hermana, como una amiga, como una novia, no vaya!...

Rudecindo se detuvo indeciso. Aquella voz, aquella súplica que él jamás había sentido tan honda y tan pura, aquella frase, “como una novia”, hízole vibrar de emoción.

Pero la orden era terminante. Había que cumplirla. Y dijo, resuelto:

—¡El regalo!... ¡El regalo!...

Y sin querer pensar más, apabullado, salió en dirección al dolor y a la muerte, ajeno a los lamentos de Lala, la joven que cifraba en él todas sus esperanzas y todas sus ilusiones!

Media hora después, Rudecindo, haciendo un esfuerzo más grande que su corazón, presentóse al rancho de López. Tremante la voz y húmedos los ojos, preguntó por Laura, su prometida. Al momento, sonriente, satisfecha, despreocupada de toda cosa exterior, vino a su presencia, y al verlo con la cerviz inclinada y el regalo debajo del brazo, prorrumpió irónica:

—Caramba, Rudecindo... yo te creí ya por el Brasil en busca d'otros colores!...

Una idea fugaz como un relámpago cruzó por el cerebro abatido del mozo.

—Mesmo...—asintió Rudecindo,—pero tengo que cumplir l'última orden y tráírte l'último regalo.

Y no pudo más. Arrojó el regalo hacia un rincón de la pieza, enderezó su cuerpo violentamente y, miránlola a los ojos como nunca habíala mirado, furiosamente, en un arranque de sinceridad tremenda, exclamó:

—Un día te vide bonita y güena y creí en tus sentimientos puros como la margarita'el campo. Y te amé'ende veras, con tuita mi alma! En prueba'e mi amor te regalé después lo que más preciaba, mi corazón de hombre infortunado; te regalé los mejores momentos'e mi existencia; te regalé tuitas mis esperanzas y tuitos mis pensamientos, y te regalé tamién, creyendo que sabrías cuidarla y quererla, la flor'e mi alma noble y triste!... Hoy no tengo nada que regalarte, porque hoy soy un disgraciao, un vencido, un maldito... Tuito te lo he dao ya! Pero te traigo l'último regalo, l'único que me queda entoavía: ¡mi cadáver!

Y rápido como una flecha, clavóse el puñal en el corazón!

EL GAUCHO ERRANTE

Amanecía...

El mozo entró a la cocina, abrió una pequeña ventana para que entrara luz, fué al armario en busca del mate,—compañero fiel del gaucho en sus horas de amarguras,—y sentóse en un banquito junto al fuego que había encendido nerviosamente...

Sacó luego la yerba vieja del mate y lo preparó sin apuros. Cuando el agua estuvo caliente cebó el mate. Sorbió un trago. Cruzó las piernas... Y quedó pensativo, cabizbajo, con el pensamiento extraviado...

Afuera, un gallo compadrito lanzó un “kikirikí” promisor y elegante... El mozo levantó la cabeza. Miró hacia el campo... El día avanzaba lentamente... Una idea brutal danzaba en el cerebro del mozo... Distraídamente, exclamó:

—Y güeno!... Qué vamos'hacer!... Cuando uno nace con la sarna sobr'el lomo, es al ñudo rascarse p'ahuyentarla!...

Hubo un silencio hondo, doloroso. El mozo apretó el mate fuertemente.

—¡Tángo pensar, tángo luchar, hablar tángas bobadas y prometerse mil felicidades, ¡pa qué?, pa que más tarde un gringo cualquiera nos robe l'esperanza sin trabajo alguno, y se riya entoavía'e nuestro pesar!... ¡Pero si antes juí honrao y decente, ahura vi'a ser perverso y desfachatao!...

Inconscientemente bebió el líquido caliente que hizo

brotar del mate sumiso y hundió la cabeza entre las manos. No advirtió a la madre que entró con un balde en la diestra. Aquélla, sorprendida por la posición de abatimiento en que permanecía su hijo, saludó cariñosamente:

—Güen día, m'hijo...

—Güen día, mama...

—Qué milagro tan temprano en la cocina?... ¿Tenés que dir algún lao? (Extrañando algo). Qué te pasa? Te veo callao, pensativo... A veces pareces hacer juerzas'e voluntad pa no llorar... ¿Por qué m'hijo?

Intranquila, la madre esperó contestación.

—Porque cuando nos traicionan y se pierde l'ilusión'el querer, uno ya no sabe p'ande tomar rumbos!... Se mete en la cocina, y se ahuga; toma mate, y paece que tomara veneno; sale al campo, mira p'allá lejos, y el horizonte se muestra negro y amenazador como una maldición'el diablo, y la mirada se pierde y la cabeza desespera por reventar; v'al galpón, lo recorre'e punta a punta, y no se da cuenta'e nada, anda como un descarriao, como un loco; mira el caballo, lo toca, lo acaricea, y siente unas ganas bárbaras'e sacar el puñal y hundírselo n'el pecho, porqu'él sabe tamién'e nuestra perdición y de la infedilidad de la trompeta!...

—¿Qué decís, muchacho?... T'han hecho...

Y la voz se ahogó en la garganta de la madre.

—Lo que oye, mama... Tengo ganas de mandarme mudar lejos, ande no s'encuentren sabandijas, n'el medio'el monte, entre las bestias, entre las víboras, ande no hagan mujeres sin corazón!...

—Dende hoy que m'estás hablando, m'hijo, y yo no entiendo nadita!

—Es una cosa que no tiene nombre, mama; algo que oprime el corazón y no lo deja resoyar... Algo que solamente quien lo sufre puede comprienderlo!

—Una madre tuito lo comprende, m'hijo, si se le ha-

bla'l corazón... Cuente... A ver... No se haga de rogar...

—Güeno... Le vi'a contar, porque una madre no debe inorar nada de lo que acontece a sus hijos... Pero venga acá... Acérquese bien... Quiero que me oiga hasta las palpitaciones... Dispués digamé si no tengo razón...

La madre se aproximó, se sentó a su lado y quedó suspensa de las palabras trémulas del hijo.

—Usté sabe, mama, que *ella* era mi novia... Yo la quería con tuita mi alma, como se quiere a la primer mujer que se cruza en nuestro camino... Y yo siempre l'hablaba, l'hablaba de tuito, menos del amor que m'enloquecía... Hasta que no pude aguantar más... Ella paecía decirme con los ojos que le dijese alguna cosa, una sola palabra'e amor que a mí no me salía por nengún lao... Un día, a pretexto'e que corría una gallina, salió disparando pa detrás'e una parva'e pasto... Yo, embohecido ya, embrujao hasta los güesos por el andar'e su cuerpo tentador, corrí tamién... ¡Pa qué!... Haciendo juerzas l'hablé con el corazón en la boca, la dije una punta'e cosas que a *ella* le parecieron lindas, dulces, ¡qué sé yo!... tuito lo que puede decir un gaucho bruto!... Dispués d'escucharme y de conversar mucho, me prometió una felicidad que duraría no sé cuánto... Luego sintió algo terrible n'el pecho, pue en un redepente, como loca, m'abrazó y me besó fuerte en la boca... ¡Perdón mama, por lo qu'he dicho!...

—Tas perdonao, m'hijo... Eso no m'extraña... Seguí no má...

—Aquel beso jué como la maldición'el diablo!... Desde'entonce me golví bobeta... No podía vivir tranquilo... Siempre pensando en *ella*... siempre con su nombre en la punta'e los labios... Mis pensamientos eran pa *ella* y pa *ella* tamién mis esperanzas... Me paecía que sin su amor el mundo risultaba un infierno y que mi vida se

golvería disgraciada, ruín y miserable!... Y tuito ¿pa qué? Pa perderlo n'un minuto, pa sentir el dolor más juerte entoavía!

Y yo no me daba cuenta que la coruja me iba sacando el cuerpo cada vez que me veía, hasta qu'hace poquitos días tuve el desengaño más duro'e mi vida!... ¡Con razón l'encontraba fría y como pasmada a la india!... ¡Andaba en arreglos con un gringo y pronta pa casarse!... Ayer supe qu'el casorio se formalizaba y ayer mesmo cuasi cometo un crimen! Pero me contuve... Pensé en vos... ¡No vale la pena ensuciar el puñal en la sangre d'una perra!...

Y el mozo, abatido, henchido el corazón de congojas desgarrantes, recostó la cabeza sobre el pecho de la madre, como buscando un alivio en su tibieza.

—No hay que desesperar, m'hijo... Dios te l'ha sacao a tiempo, porque esa infiel lleva la perdición sobr'el lomo!...

—¡Dejuramente... dejuramente!...

El sol habíase introducido por la ventana y sus rayos tibios hacían caprichosos dibujos en el suelo. La madre levantó la cabeza y lo miró de frente... Pensó algo, luego dijo, haciendo fuerzas para no llorar:

—¿Ves la claridá que nos trai el sol dispués d'una noche oscura? ¿Ves qu'hermoso, qué delicado, qué lleno d'esperanzas viene? ¿Ves cómo nos anuncia un día más de trabajo y d'alegría? Güeno, m'hijo... Ella jué pa vos como una noche negra qu'intentó perderte en la oscuridá'e su manto embrujao! Pero ahura aparecerá en tu alma el sol nuevo'e la dicha, si tenés esperanza y fe y no te dejás arrastrar sin rumbo por el campo'e la vida! Un amor marchito y deshojao es como una planta sin sangre, como una planta seca y abandonada' e Dios... ¿Pa qué cuirdarla con esmero y desperdicear energías? Se busca otra, se la cuida con atención y se tiene cuidao pa que

otro no la codicee... La vida es ansina... Nos da un golpe, no p'hacernos mal, sino pa que en otra ocasión sépamos hacer las cosas bien!...

—Tiene razón, mama... Se busca otra y se cuida... ¿Pero, ande encontrarla? ¿P'ande rumbiar en busca'el nuevo sol'el amor? ¡Si ya tuito ha terminao, mama!...

El mozo, repentinamente, como si un pensamiento brusco hubiese hecho nido en su cerebro trastornado, se levantó decidido, miró hacia el campo inundado de sol, y, en un momento de exaltación intensa, exclamó:

—Y güeno, mama... Ahura comenzaré mi vida... Proseguir'el camino que me has marcao como güena madre...; trabajaré con ardor si es posible; purificaré mis pensamientos en la laguna'e la virtud y aliviaré las penas con el yuyó'el olvido! ¡El amor s'acabó pa mí! Ahura empieza el dolor y la inquietú, l'amargura y el ricuerdo!... Caminaré mientras la sangre corra por mis venas, sufriré hambre y sé y dormiré sobre la tierra piadosa; y cuando caiga vencido por la patada brutal'e la existencia, mi último pensamiento será pa vos y mi último reproche pa la traidora!... Hasta nunca, mama!...

Y oprimiéndose el corazón para no llorar, enderezó a la puerta, detúvose un instante indeciso y, apurando el paso luego, cubriéndose los ojos para no ver las cosas queridas que abandonaba, tomó en dirección al horizonte, de frente al sol que parecía acariciarlo paternalmente...

La madre presenció compungida el alejamieoto del hijo bueno, pero no lloró; sólo sintió que algo, un nudo tremendo había en su garganta y no la dejaba gritar. Más tarde, pausadamente, quedamente, rogó:

—¡Qué Dios lo bendiga y no me lo abandone!...

Y comenzó una oración que encerraba todo el dolor intenso de una madre valiente y resignada.

Así surgió el gaucho vagabundo... Buscando un amor perdido en la inmensidad de los campos desolados, escudriñando el horizonte a fin de poder mirar de frente al nuevo sol de la libertad y amargado siempre por la traición de su prenda, ambula y deambula aún, pacientemente, por la tierra gaucha que es pródiga y generosa para todos, menos para él...

ENTRE VIEJOS

¿Por qué se odiaban bárbaramente los viejos Loris y Morales? ¡Bah! Por una cosa de nada, por una insignificancia, por la irrespetuosidad de un mancarrón flaco y achacoso... Los dos viejos... — de esto hace una punta de años — vivían, alambrado por medio, en unos ranchos destartados, petizos, con más ganas de echarse a descansar que cobijar a sus impertinentes dueños. Estos se llevaban muy bien, eran buenos amigos y mejores vecinos, aunque ya en sus pechos empezaba a arder con fuerza el fuego de la envidia y el rencor.

Cada cual trabajaba su parcela de terreno con un ahinco verdaderamente extraño, puesto que los dos querían sobresalir en sus plantaciones, pero, sea por su inteligencia o por su buena suerte, lo cierto es que el viejo Morales salía siempre triunfante en la prueba. De jurado inapelable, hacía todos los meses el comisario, quien, apenas terminaba su delicadísimo cometido, se retiraba con las manos llenas de legumbres regaladas por el vencedor.

Pero cierto día sucedió lo que se esperaba desde hacía mucho tiempo. La más insignificante chispa era bastante para originar un incendio inapagable...

Era de mañana... Mañana hermosa, llena de sol, de alegría, de brisa cálida y voluptuosa. Y los árboles, las aves y el campo parecían entonar un himno inefable de belleza y armonía únicas...

El viejo Loris se levantó con un humor de mil diablos, —tal vez por llevarle la contraria a natura— se calzó las zapatillas llenas de heridas abiertas y dispúsose a salir.

Apenas puso un pie en el patio, aquél se hundió en algo blando y hediondo. Miró extrañado hacia el suelo. Vió algo feo, sin duda, porque enseguida levantó la cabeza y se tapó las narices con los dedos sucios... Comprendió luego que “aquello” no podía ser de ningún “racional”, sino del caballo de Morales... ¡Y ahí sí que explotó toda la indignación del viejo Loris!... Quiso incendiarse de rabia... morderse los dedos... Crispó los puños fuertemente... ¡Ah, no ser un rayo en ese momento para exterminar todos los matungos y principalmente al del viejo Morales!... Pero se conformó con dirigir una mirada de fuego hacia el rancho de su rival, al que vió—ajeno por completo a sus “belicosidades”—rastrillando un pequeño cantero y dándole las espaldas.

—Pu... ch’animal cochino!...—exclamó.—Dejuramente lo mandó ese Morales viejo! Pero yo lo vi’a romper a gusto, y después que venga el comesario a colarlo!

Y con paso firme, viendo que Morales continuaba trabajando sin tomarse la molestia de mirarlo, acercóse al alambrado y, con voz estentórea, gritó:

—Eh, aparcero...

—Güenos días primero, porque no dormimos juntos!... —enseñó Morales, abandonando el rastrillo y haciéndole una cómica reverencia.

—Vea este pie... ¿qué le parece?...

—Me parece mesmamente qn’está engüelto n’una cataplasma’e puro pasto verde. ¿Qué le ha pasao?

—¿No ve entoavía lo que me ha pasao?... ¿O es ciego’e nacimiento?...

—¡Ya caigo! Se ha lastimao soñando con la china Gregoria!...

—No, no estoy lastimao, canejo!... Esto jué por las judiadas d’usté...

—¿Yo? ¿Qué?

—Sí, cara... cho, no me diga que no porque lo noto en

su trompa!...

—Má despacio, compañero, que no tengo sangre'e gallina, y sepa tamién que si me pica un mosquito, enseguida lo hago polvo!...

—Cuando el cachorro ladra es señal de que no muerde, y cuando el matungo es flojo, hasta un moscón lo domina!

—Eso no lo veo, como nunca vide una liebre rairse al enfrentarse a un cuzquito!

—Tamién es valiente el zorro, pero cuando ve la cosa fea dispara qu'es un contento!...

—Güeno... Haga'l favor... No confunda zapayo con calabaza, ni comadre con comadreja... Aquí se trata de hombres y no de bichos dañinos. Las cosas limpias no carecen lavarse! ¿Qué quiere usté con su pierna?...

—¿Qué le rompería el lomo a su matungo sarnoso, por mal educao!...

—No entiendo, amigo... Explíquese mejor...

—Pues sepa que anoche se pasó durmiendo recostao a la puerta'e mi rancho, y con el frío, dejuramente... Fijese como me puse el pie al salir ahurita no má!...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?... Arreglesé con el culpable!

—¿Cómo qué tiene que ver? Usté lo mandó adrede; de no, no hubiese hecho esa porquería!

—Nunca creí, en verdá, que mi matungo juese tan inteligente!

—Sea como sea, ust'es el culpable.

—Güeno... Dejesé'e jorobar!

El viejo Morales, mortificado un tanto, dióse vuelta y emprendió derecho a la cocina. Entonces Loris, amenazándole con un puño, gritó ya fuera de sí:

—¡Sin dinidá!... ¡Sabandija!

El otro, sin dar vuelta la cabeza, contestó rápido:

—¡Degenerao!... ¡Carpincho!...

Ganas tremendas tuvieron los viejos de salir al campo

y arreglar el asunto a lonjazo limpio, pero como los dos eran solteros crónicos y tenían cierta "fortuna", creyeron más razonable dejarlo para más adelante, puesto que aún podrían vivir mejor en sus ranchos que en la cárcel... Mientras tanto se prometían calladamente:

—En cuantito se me presente l'ocasión, le doy al rancho cho pata p'arriba a ese viejo Loro!...

—Cualquier día no más m'hincho'e coraje y le meto un fósforo a la tapera d'ese Mora disgraciao!...

Pasaron algunos meses en la mayor tranquilidad. El odio de los viejos, pese a su simulado pacifismo, ardía cada vez con más intensidad. Continuamente pensaban en un medio destructor y esperaban el momento propicio para realizarlo, pero como todos los días cambiaban de ideas, nunca encontraban una eficaz y digna de llevarse a la práctica.

Mas he aquí que la naturaleza también tiene sus caprichos y le gusta de vez en cuando hacer un poco de "justicia" por su propia "mano".

Una noche hizo sentir su enojo en forma de temporal. ¡Y qué temporal!... Los ranchos, impotentes ante tal empuje, no sabían si dejarse caer o volar como una pluma. Pero aquel soplo de natura era terrible, inaguantable, destructor. Diez minutos más y el rancho de Morales caía estrepitosamente, produciendo un ruido seco cual un grito de rabia. A punto, del otro lado del alambrado, el rancho de Loris ardía furiosamente y los haces de paja se elevaban hacia el espacio anunciando su liberación. Sus dueños, como locos, despavoridos, huyeron y perdiéronse en la oscuridad de la noche.

Al siguiente día no quedaba de los ranchos más que un montón informe de escombros y cenizas. Tal vez el tem-

poral habíase llevado el odio de los dos gauchos, pues cuando se encontraron nuevamente, al poco tiempo, se miraron hasta con cierta fraternidad y conmiseración.

Y en un arranque de infinita generosidad, se estrecharon las manos.

El viejo Loris, enjugándose unas lágrimas, exclamó con sinceridad:

—Es al ñudo... Yo tuve l'intención mala de quemarle el rancho y Dios me castigó quemándome el mío! ;Yo no sabía que Dios se metía n'estas cosas!...

Y contestó Morales, apesadumbrado:

—Tiene razón, aparcero! Lo mesmo me pasó a mí. Pero yo tengo por cierto que no jué Dios quien nos dejó ajuera, sino Mandinga que metió la pata y regolvió el nido ande dormía el temporal!...

HASTA PA MORIR!...

Cerca de medo día y bajo un sol que quemaba hasta las "tripas", llegó a su rancho viejo y torcido por las furias del viento, don Toribio, un paisano de ley, parlanchín, buenazo y con un corazón más lleno de generosidad y optimismo que una cachimba de agua limpia.

Todo marchaba bien para él, menos el mate que de vez en cuando se reía de su bondad.

Arrimóse a la cocina donde estaba ña Gregoria y, desde el caballo no más, gritó:

—Ta el mate pronto, vieja?

Una voz del interior, seca y rezongona, le contestó malhumorada:

—Lo qu'está pronto es la rabia y el arreador pa sacudirle el polvo a ese muchacho sinvergüenza, en cuantito yegue no más!...

Don Toribio comprendió que, como otros días, no tomaría mate por falta de agua. Resignado y sin contestar, puesto que su compañera no aguantaba nada cuando la cólera la envolvía, se fué al galpón a desensillar y a darle libertad a su mancarrón flaco y cachazudo...

En tanto, como muchos otros días, se decía moviendo la cabeza:

—Pu... cha muchacho lerdo ese gurí! Está siempre medio día pa trair un disgraciao barrilito de agua!... Si parece la misma muerte cuando uno la busca! que nunca yega!...

Un momento después el mancarrón, ávido de libertad, salió dando coces y retozando de lo lindo en dirección al

campo... El viejo lo contempló unos instantes, sonriendo satisfecho... y pensó:

—¡Qué linda es la libertad!... En cuantito uno le toma el gusto, e'capaz'e matar o peliar por eya!... ¡qué por algo semos orientales puros!...

Miró hacia el horizonte. El muchacho no aparecía. Quién sabe no se habría quedado dormido bajo los sauces! Don Toribio sentía de verdad no haber podido tomar unos mates antes del almuerzo.

Descorazonado ya, dirigióse a la cocina.

—Canejo, v'a yegar l'hora'e comer y tengo el gañote más seco que tabiqu'e rancho viejo!...

Entró nervioso... pues ese día sería un día perro para él. ¡No encontrar el mate bien cebado y con yerba nueva... si sería desgracia!...

Allí, avivando el fuego y espumando el puchero simultáneamente, encontró a ña Gregoria que no advirtió su presencia, tanta era su indignación.

—Decí, vieja, antonce no tenemos mate hoy?

—Qué v'a ver, hombre! Toy rabiando por no poder limpiar los tachos siquiera... por ese disgraciao! Precisa cuatro horas p'hacer un mandao'e nada! Sinvergüenza...; ganas me dan d'irlo a buscar a rebencazos!... Ah canejo, no ser hombre!...

—Dejuro que alguna china l'está haciendo cosquiyas del lao izquierdo...—defendió don Toribio.

—Güeno... Ya salís defendiéndolo... Serías güeno p'abogao!...

—Yo tamién juí mozo... y me gustaba cuando veía una china así linda y guapa como vos!...

A ña Gregoria poca gracia le hizo el piropo, pues contestó fuerte:

—Y bobeta tamién p'aguantar tus impertinencias de viejo aburrido!...

—No t'enojés, vieja, que no es pa tanto... Si los tachos

no se lavan ahura, se lavan más luego... A lo mejor, le pasó algo al pobre muchacho... Mirá... Vamo a comer primero y, si no vien'ante'una hora, yo lo vi'a buscar, ¿no te parece?

Ña Gregoria, rezongando sordamente, sirvió la comida. Pero era tal su nerviosidad, que al servir la sopa, derramó todo un cucharón lleno sobre el blanco mantel, y un plato rodó por el suelo hecho trizas. Ahí sí que explotó toda la cólcra contenida:

—Ahijuna gran... perra!... Te garanto qu'en cuanto yegue le rompo la geta a tu defendido! Ya verás!... Ni vos ni naides me lo v'a sacar d'encima! Tuito lo que me ha hecho pasar hoy, me las v'a pagar juntitas!...

El muchacho de los "mandaos" era casi un hombre, fornido, con un cuerpo grandote y pesado. No era hijo de los viejos. Estaba a su servicio por unos cuantos reales al mes y la manutención. Cuidaba los animales y llevaba todo los días un barrilito de agua de una cachimba distante media legua de los ranchos, por cuya causa los vecinos le llamaban "Aguatero".

Don Toribio lo quería porque era muy obediente, aunque muchas veces le hacía cada barbaridad que poníale los nervios en tensión por un buen rato. Ña Gergoria, en cambio, no le tenía mucho afecto, quizás porque era medio tonto y haragán. Pero con todo, aunque muy despacio, siempre y con una tranquilidad irritante, cumplía sus deberes a conciencia.

Aquel día había salido más temprano que de costumbre, con la intención de volver pronto a los ranchos y conformar en lo posible a ña Gregoria, puesto que antes de salir había recibido una buena catilinaria.

Con su petizo rengo de puro viejo y el barrilito de arrastro, partió tarareando la copla de siempre.

A pocos metros de la cachimba estaba, cuando el hijo del pulpero, muchacho diablo y dispuesto continuamente a burlarse y gozarse de los débiles, se le enfrentó fanfarroamente, montando una yegua zaina y orgullosa, ansiosa de correr en cuanto se le aflojaran las riendas.

Compadronamente le interceptó el paso y con petulancia perversa, provocó:

—¿Ande vas, aguatero trompeta?

—A la cachimba a buscar agua—replicó “Aguatero”, con su humildad habitual.

—¿No tenés vergüenza andar montao n'en animal cuando debés dir vos abajo d'él?...

—No hago mal a naides!—suplicó “Aguatero”, más aún porque conocía las mentas de su inoportuno interlocutor. Mas éste no hizo caso, sino que, espoleando a la yegua quisquillosa, la hizo ir brutalmente contra el pobre petizo y su jinete, los cuales rodaron por tierra. “Aguatero” se levantó después de la consiguiente sorpresa, dolorido y maltrecho, y en vez de encararse con el muchacho, se dirigió a su petizo y lo ayudó a levantarse... En tanto aquél, satisfecho de su ocurrencia, riendo a carcajadas, aún le gritó:

—Embromate, pa que no seas idiota... Ahur'andá a contarle al viejo la güelta carnero que t'hice dar!...

“Aguatero”, maldiciendo y blasfemando, arrimóse a la cachimba. Metió el balde y esperó que se llenara. Quiso levantar luego. No tenía fuerzas. Entonces inclinó su cuerpo hacia el interior y apoyó una mano en una piedra que sobresalía y tocaba casi el agua. Pero la piedra, débil en su base, se desprendió bruscamente y el cuerpo del infeliz “Aguatero”, sin poderse sostener, cayó pesadamente al fondo de la cachimba oscura y fatal.

Un momento después, el petizo, al verse sin dueño, se fué a pastar tranquilamente...

—Don Toribio entró a la cocina, compungido, pálido, casi lloroso. Se dejó caer en un banquito, sacudió la cabeza mirando al suelo y enjugándose una lágrima:

—¿Sabés una cosa, vieja?—murmuró.

—¿No lo encontraste al disgraciao, ése?—preguntó a su vez ña Gregoria, sin querer saber más nada.

—Sí... lo encontré... al pobrecito... ¡Pero ahugao!...

Y no pudo continuar, puesto que la emoción hacía un nudo en la garganta.

Ña Gregoria, sin perder la serenidad y con rabia todavía, exclamó con cierto desprecio:

—¡No decía yo, canejo!... ¡Hasta pa morir jué bobeta el disgraciao!...

ENTRE HERMANOS

ENTRE HERMANOS

Decoración: habitación amplia que hace de comedor y sala de recibo. A la derecha y en un ángulo una mesita con un fonógrafo encima. En el centro, una mesa grande y varias sillas, y pendiendo del techo, una lámpara coqueta se mueve suavemente a impulsos de la brisa que penetra por la ventana abierta que da al fondo, a través de la cual se ve un campo infecundo y desolado, bañado por el fuerte sol de una mañana estival; más allá, un bosquecillo ostenta orgulloso su verdor y lozanía... En las paredes cuelgan varios cuadros caseros, adornados con cintas de colores chillones. Puertas laterales a derecha e izquierda. Mucho aseo. Mucha luz. Mucha serenidad. En el momento de comenzar la escena, el fonógrafo lanza los delectables suspiros de un estilo campero, mientras Joselito espera con atención la terminación de la pieza, cantando en voz baja la letra de la misma.

Personajes: Lauro, hombre anciano, achacoso, débil y apocado; al caminar se sostiene en un palo a guisa de bastón; Luciano, temperamento mezquino, violento y extremadamente ahorrativo; Chito, mozo indolente, perezoso, refractario al trabajo, compadre y con un desprecio absoluto de la vida; Joselito, niño tímido, en cuya mirada se refleja el cansancio prematuro causado por la ruda labor campera; camina un poco encorvado, como si en sus pequeños hombros llevara todo el peso brutal de una existencia de privaciones.

LUCIANO. (Entra con paso firme. Al ver a Joselito, se detiene bruscamente y lo mira con sequedad. Este comprende el gesto, detiene la marcha del fonógrafo y queda silencioso).—Ya t'he dicho que no quiero música... Basta con los domingos!... Así empezó tu hermano, deá poquito, y ya ves la vida que yeva!... S'ensayó pronto tu hermano!... (Reflexiona un instante brevísimo y, como si una idea definitiva y salvadora invadiera de pronto su cerebro hosco, mira hacia el fondo y ordena autoritario): Yam'a tu hermano!... (Joselito, callado, casi con miedo, sale de prisa por izquierda. Un silencio sugestivo de tragedia reina ahora en la estancia. Luciano hace esfuerzos para mantenerse tranquilo. Piensa en la manera de comenzar la conversación cuando aparezca su hermano. Pero todas las palabras le resultan huecas e inútiles, puesto que al punto las rechaza con un gesto enigmático y amargo, que hace aún más repulsivo su rostro curtido por el sol incompasivo de los campos. Por momentos parece sonreír irónicamente... Luego, impaciente por la demora injustificada de Chito, crisper los puños y exclama): ¡Es necesario acabar d'una vez! ¡De cualquier manera!... ¡Qué peste cayó en nuestra casa!... Si hubiese sabido antes... (Se interrumpe, queda como clavado en el suelo, mirando con fijeza hacia la puerta de la derecha, en cuyo umbral se ha detenido Chito, indolente, sonriendo con descaro, las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero echado a la nuca. Luciano reacciona y contiene apenas la ira que roe su pecho), Entrá... Tengo qu'hablar con vos...

CHITO.—Vos siempre tenés qu'hablar algo... Güeno... lo de tuitos los días... Cuando nues música, es canto... Güeno!... (Lentamente, con aire distraído, como una per-

sona curiosa que admira las paredes y el techo de una habitación desconocida, se aproxima silbando sutilmente el estilo que "ejecutara" el fonógrafo).

LUCIANO.—¿Qu'es eso?...

CHITO. (*Disimulando*).—Eh? M'hablabas?... (*Prosigue silbando*).

LUCIANO. (*Dando un salto y cogiéndole por un brazo*).—Hoy me vas a oír juerte, ¿sabés? Ya m'estás yenando demasiaio...

CHITO.—Güeno... Hablá... Juerte o dispacio, como quieras... Es lo mesmo... Pero no precisa prenderse como garrapata... Las ideas no entran por la fuerza, sino por la costancia y los güenos modales... La violencia es siempre perjudicial pal que la emplea, y a lo mejor, el que abusa d'eya clava la geta como el más pintao!... (*Serenamente, con delicadeza, retira la mano de Luciano y hace como que limpia el lugar que aquél apretara*).

LUCIANO.—Eso no viene al caso, ni tengo ganas d'estar oyendo pavadas. Ahura se trata de asuntos serios, de nuestros intereses...

CHITO.—Lo que digo yo tuitos los días... Yo tengo por costumbre, aunque vos decís lo contrario, d'hablar siempre en serio, y más cuando l'interés anda ronciando mis bolsillos!...

LUCIANO.—¿Qué vas'hablar en serio vos, si nunca juieste hombre!

CHITO.—Güeno... Lo decís vos... No sé qué querés antonce? Nunca tás conforme...

LUCIANO.—Dejuro... ¡Si es una razón!...

CHITO.—Vos siempre tenés razón... Si hablo mucho, soy un charlatán; si nuembro un baile, soy un sabandija, un desgenerao; si duermo una siestita larga, soy un haragán y un dormilón; si como un poco más de la cuenta, soy un hambriento que ni en la cárcel me acetarian; si fumo o tomo un traguito'e caña pa disipar la rabia'e la

vida, soy un perdido, un borracho de los diablos; si ando detrás de una muchacha, soy un sinvergüenza sin honor!... Yo no sé qué querés vos!... Güeno... A lo mejor querés hacerme un santo!... (*Sarcástico*) ¡Un santo como vos!... eh?... ¡Qué dos santos seríamos!...

LUCIANO.—No empecés a bobear, ¿querés? Ahura se trata de trabajar, no d'hablar como un atolondrao... Ya no sos un chiquilín; sos un hombre...

CHITO.—Güeno... Ahura soy hombre... Más vale an-sina...

LUCIANO.—No vamos a estar tuita la vida mantenien-do zánganos...

CHITO. (*Con descaro*).—Es lo que yo digo siempre... Que se mantengan solos, eh? ¡Qué bicho sonso es l'abeja, trabaja pa que otros coman y se diviertan!...

LUCIANO. (*Continuando*).—Vos sabés que al viejo, la juerzas ya no le responden y si hace alguna cosa, al otro día tiene qu'agarrar cama. La vieja hace lo que puede, y no vas a permitir que vaya a reventarse en la tierra, abriendo surcos, como antes, pa que vos te la pasés de jaranas y de farras...

CHITO.—Yo no tengo la culpa si ellos trabajan y s'en-ferman...

LUCIANO.—Vos no tenés nunca nada... ¡Sos un an-gelito!... Lo que tenés vos es asco al trabajo, 'agachar el lomo, a empercudirte las manos, repunancia a las cosas decentes!... (*Transición*). ¡Tenés razón!... ¡Ni vergüen-za tenés ya!

CHITO. (*Mortificado*).—Güeno... sí... Ya lo sé... ¡Yo no tengo nada!... Vos tenés tuito lo que tenés!... Yo, nada!... ¿Qué vi'a tener yo?... ¡Un disgraciao!... Y como no tengo en que cairme muerto, no me mortifico ni paso malas noches pensando en lo que pueda perder algún día!... Vos, sí; vos vivís continuamente con el mie-do bárbaro'e perder en cualquier momento lo que ahura

guardás y cuidás con celosa avaricia!... Eso es lo que t'hace cada vez más angurrieto... Te reventás trabajando de sol a sol, ahugándote en la tierra reseca, cinchando como un burro, durmiendo malamente y comiendo poco p'ahorrar más... Y tuitos esos sacrificios, ¿pa qué? decí, ¿pa qué? Pa estirar la pata como cualquier bicho n'el día menos pensao!... La misma tierra te v'a recibir tanto a vos, que querés ser mucho, como a mí, que no quiero ser uada!... *Ella* tendrá las mismas caricias pa los dos!... Esa es la única esperanza que me queda: qu'allí nuay preferencias pa ninguno!... (*Acciona*).

LUCIANO. (Colérico).—Terminá... A mí no m'asustás con tus agüerías... Si no fuera por mí, a la fecha andarías por ahí, muerto de hambre!...

CHITO.—Quién sabe!... A lo mejor quién te dice que no viviera mejor que vos! Todo es cair en gracia... (*Silencio*). Mirá... Eso que decís vos, lo he pensao tántas veces, que ya ni m'acuerdo qu'existe l'hambre!... Y... hablando francamente, la vida a mí no m'importa un ble-do, ¿entendés? Dende chico ando a golpes con ella, y si no tengo un pedazo'e churrasco pa mandar al buche, me conformo con un pedazo'e tumba, y si ésta me juye tamién, despreocupao como siempre, tomo la guitarra, l'acariceo, l'estiro las mechas hast'hacerla quejar y m'olvido'e los resortijones'el estómago... ¡Y soy feliz porque soy libre como los pájaros que no reconocen el trabajo y viven en la gracia'e Dios!... Esa sí es vida bien aprovechada!... ¡Vida güena, alegre, tranquila, mejor que la del hombre!...

LUCIANO. (Dando unos pasos fuertes, pronuncia algunas frases ininteligibles. Luego detiénese frente a Chito y míralo a los ojos).—S'acabó... No te quejés nunca si sos disgraciao!...

CHITO.—Eso me l'han dicho tántos, que ya'toy curao hasta los güesos!...

LUCIANO.—Güeno!... Elej!... (*Decisivo*). O trabajás, o te mandás mudar!...

CHITO.—Eh? Trabajar yo? Tás loco vos!... (*Resistiendo la mirada*). ¿Trabajar ahura qu'estoy acostumbrao a vivir cómodamente, sin apuros?... No, hermano, eso sería renegar de tuita mi vida anterior!... ¡Qué Dios m' haga cair primero n'un pozo, antes que se l'ocurra ofrecérmelo!... (*Sentencioso*). ¡Cosa fiera l'invención'el diablo!... (*Queda pensativo, ensimismado, con la mirada fija en un punto invisible, al recuerdo de algo que hácele estremecer interiormente*).

LUCIANO. (*Con cierto regocijo en los ojos*).—¿Qué pensás? Tás decidido?

CHITO. (*Reaccionando*).—Toy pensando que la vida no supo repartir las cosas bien: a vos t'hizo pal yugo, a mí pa no trabajar y al güey pa tirar del arao!... ¿no es cierto?...

LUCIANO. (*Demudado*).—Pero que t'has creído vos? Acetás o no?... Vamos!...

CHITO. (*Haciéndose el desentendido*).—Acetar el qué?... Yo aceto siempre!...

LUCIANO.—Lo que t'ofresco... Trabajar... Hacerte hombre honrao...

CHITO.—Honrao he sido siempre, que yo sepa... No podrás decir que las manchas habidas en nuestra familia las hice yo!... eh? Güeno... Lo pasao, olvidao...

LUCIANO. (*Siente deseos de golpearlo, pero se contiene y aprieta los puños*).—Basta!... Luego te mandás mudar; aquí no hacés falta ya... ¿comprendés

CHITO. (*Disimulando su contrariedad*).—Güeno, hombre, güeno... Yo tamién digo lo mismo, pero no puedo remediarlo... ¡Es el reparto mal hecho de la vida!...

LUCIANO. (*Violento*).—Terminemos... (*Va hacia la puerta, detiénese en el umbral y grita, amenazador*):

Cuando güelva que no t'encuentre aquí, disgraciao!... (*Mutis*).

CHITO. (*Lo ve irse, encoje los hombros, sonríe indiferente*).—Bah!... Es un burro que se pasa la vida pateando!... (*Saca la tabaquera, arma un cigarrillo, lo enciende despaciosamente, arroja el fósforo encendido al suelo y lo apaga con el pie*). Ansina, con juerzas, habría qu'hacerle a muchos hombres!... (*Pisa fuerte. Luego lanza sendas bocanadas de humo y recorre la habitación como si pensara en la resolución a tomar. Silencio. Apoyándose en un palo, lentamente, entra Lauro, seguido de Joselito que trae una bolsa con mazorcas de maíz sobre sus débiles hombros, la que deja caer después, lanzando un suspiro de alivio. Chito, cariñoso y afable, da un golpecito en las espaldas de Lauro*). ¡Cómo va esa salú, viejo? Siempre con los achiques, ¿no?... Pucha, digo!... Si juese yo príncipe, dejuro qu'usté era ray!... Y a éste, (*por Joselito*), lo metía'e cabeza n'una academia pa que l'enseñaran bailes fuleros, música y cantos compadritos... Solamente ansina dejaría 'e ser bestia!...

JOSELITO. (*Que ha seguido entusiasmado la conversación, en un arranque de alegría*).—¡Qué lindo!... ¡Si juese ansina!...

CHITO. (*Orgulloso*).—¡No ve, viejo!... Si hasta'éste se l'hace la boc'agua!... Nuay qu'hacerle... La sangre tira!... (*Más afable*). ¡Oh, usté tamien en su juventú jué tremendo pa estas cosas, viejo!... Preguntelé a la vieja!... (*Lauro se estremece al conjuro del recuerdo y su rostro se ilumina momentáneamente; ha entrado con intención de apostrofar a su hijo, pero al verlo tan dicharachero y cariñoso, su corazón de padre indulgente, olvida todo rencor*). Pero usté no tenía un hermano miserable, eh? ¡Grandes hermanos eran los suyos, viejo!... ¡Aquéllos eran gente!... Por eso usté jué feliz siempre!...

LAURO.—A Dios gracias, m'hijo!... No me puedo quejar...

CHITO.—Nosotros tamién hubiésemos salido igualito a ellos... Pero dejuramente que una noche el diablo se metió de rondón en su rancho y le metió gato por liebre!... D'otra manera no m'explico cómo cayó ése... (*Por Luciano*). ¡La maldición de la familia!...

JOSELITO. (*Que ha permanecido serio y pensativo; de repente*).—Chito, si vos jueses principio, como dijiste riéén, ¿yo qué sería?

CHITO. (*Volviéndose*).—Vos? Vos serías el final de la familia, el burro'e carga como sos ahura; el muchacho de los mandaos; el perro sarnoso que tuitos aporrean!...

JOSELITO. (*Desilusionado*) — Anda... trompeta!... muerto d'hambre!...

CHITO.—Güeno... Insultame vos tamién... Aquí tuitos tienen derecho a insultarme... ¡hasta los mocosos!... (*Encogiéndose de hombros*). Güeno... bah!... Yo'stoy demás n'esta casa... Ya me lo dijo tu hermano... (*Sombrío*).

JOSELITO (*Arrepentido*).—Yo no dije nada... Nunca digo nada... (*Refunfuña*).

CHITO.—Yo y el perro hemos llegao juntos, y puede que nos vayamos juntos... El, porque no sabe morder; yo, porque n'aprendí a trabajar... Bah!... Semos dos perros inútiles!... (*Ríe forzado*).

LAURO. (*Haciendo un esfuerzo*).—M'hijo, toy un poco dijustao!...

CHITO. (*Comprendiendo*).—Sí..., ya sé... (*Arroja el cigarro*). Yo soy el culpable de tuito lo que pasa n'esta casa!... ¡La luz mala!...

LAURO. (*Sentándose trabajosamente*).—Dende ayá'ba-jo sentí el griterío...

CHITO.—Yo no gritaba... Era él...

LAURO.—Porque vos l'obligabas.

CHITO.—Hace una punta d'años que l'estoy obligando a gritar al cuete!...

LAURO. (*Paternal*).—Es güeno pensar n'el porvenir...; tener cuando viejo un rincón propio ande pasar los últimos años...

CHITO.—Cre usté que yo vi'a yegar a viejo? No soy tan bobeta!...

LAURO.—Eso no lo podés decir... Es soberbia...

CHITO.—No se podrá decir ansina, con orgullo, pero se puede pensar.

JOSELITO. (*Extrae unos "choclos" de la bolsa y empieza a elegir*).—Este es lindo... Este es regular... Puf!... Qué feo éste... (*Observando uno pequeño y no sazonado aún*). Pucha... Qué lástima!... ¡Si se pudiera plantar otra güelta!... Tuitos salieron feos esta vez!... Qué disgracia!... (*Prosigue hablando solo*).

LAURO. (*Después de una pausa*).—Vos sabés que te quiero, m'hijo, y sería un dijusto pa mí que hoy o mañana andés por ahí como los vagamundos... Por eso t'he perdonao muchas cosas...

CHITO.—Y l'estoy agradecido, viejo. Usté siempre ha sido un hombre güeno...

LAURO.—Pero ahura soy viejo y agatas si puedo gobernar me yo mesmo...

CHITO.—Justo!...

LAURO.—Y como Luciano es el mayor, dejo qu'él s'entienda...

CHITO.—Mala elección hizo... Esa jué una debilidad suya, s'última debilidad!...

LAURO.—Y qué vi'a hacer, m'hijo?... Alguno tiene que gobernar l'hogar... Yo soy enfermo, viejo, agatas si puedo andar con estas piernas...

CHITO.—Mire, viejo... Usté no tiene coraje pa decirme lo que siente... Deje... No me diga nada!... ¡Ya entiendo!... Si conoceré!...

LAURO. (*Interrumpiendo*). — Si vos quisieras trabajar... (*como avergonzado*) aunque juese un poco... pa engañar a tu hermano... ¡No ves cómo anda con vos!... Esto me parte l'alma... Siempre peliando, gritando... Tu madre defendiéndote y defendiendo también al otro... ¡Los dos son hijos!...

CHITO.—Ahistá! Es lo que digo yo!... Usté quiere convencerme a mí, yo quiero convencer al otro, y el otro quiere convencer a usté... Y los tres no queremos convencernos!... (*Silencio hondo. Una lucha tremenda, muda, se entabla entre los dos. Joselito continúa en su labor, hablando o sonriendo*) . Yo soy un hombre güeno como usté, viejo. Seré haragán, sabandija, desvergonzao, pero soy güeno... Tengo sentimientos nobles, y si veo un animal lastimao, hago tuito lo posible pa curarlo y aliviarl'el dolor; pero m'indino y soy capaz'e cualquier cosa cuando veo una injusticia!... Ese no, (*Por Luciano*), ese hijo suyo tá dominao por l'ambición, por l'angurria, por la plata: no se descuide, viejo... Ese tiene agallas!... Hace tiempo que lo vengo estudeando; aunque no soy inteligente, m'he dao cuenta de que no tiene corazón, ni entrañas, ni nada!... Es un malvao, un falso... Yo sé que a mí no me puede ver... Nunca me ha querido, porque le canto las verdades... ¡Por eso!... Por eso trata de sembrar eizaña, de malquistarme con ustedes, d'echarme pronto!...

JOSELITO. (*Con alusión*). — Rengueando andaba un perrito pa que le tuviesen lástima!... (*Mete los "choclos" en la bolsa y va a salir*).

CHITO.—Cayate la boca vos!... Y andá lavarte esas patas chorreadas; entoavía no sos gente pa retrucar!... (*Mutis de Joselito. A Lauro*). No s'ha dao cuenta, viejo, que hasta usté mesmo l'obedece sin chistar? (*Por Luciano*). Que ya lo tiene como dominao con sus gritos? Anoche nomá no pretendió levantarle la mano, y hubiese cum-

plido su canayada si yo no l'hago bajar el gañote?... **Hable, viejo!**... Sea franco!... Ahura'tamos solos!... **Digamé** si alguna vez yo tuve esa mal'intención... Yo seré tuito lo que usté quiera, pero no soy perverso ni mal agradecido con mis padres!...

LAURO.—No, no!... Vos nunca juistes malo... (*Luego, con velada emoción*). En algo tenés razón vos... Pero qué vi'hacer!...

CHITO.—Sí... Ya nuay remedio... Hay que aguantar las consecuencias!... Una bobada d'esas s'hace una sola vez en la vida!... Uno cre qu'es una oveja, y le resulta una fiera!... Güeno... Los hombres, como la vida, tampoco saben repartir las cosas!... ¡Pacencia!... **Malos** hijos ha tenido usté, viejo!... (*Transición*). Yo nací rebelde, haragán si se quiere, pero güeno; Joselito es un infeliz, un pobre diablo embrutecido; el otro con una ganas bárbaras d'hacer porquerías pa juntar mucha plata... ¡Qué familia "eselente", viejo!... (*De repente, como tomando una resolución irrevocable*). Güeno... viejo!... **Me voy...**

LAURO. (*Sorprendido*).—Cómo? Te vas?...

CHITO.—Como l'oye... Me voy lejos, d'una vez .. Ansina n'estorbaré más!...

LAURO. (*Que no ha salido de su sorpresa*).—Yo no t'echo, m'hijo!...

CHITO.—Pero m'echa su hijo que manda...

LAURO. (*Herido en su amor propio*).—¡El no manda!... ¡Aquí mando yo!... (*Silencio. Como volviendo a la realidad*). Sí..., él manda... Yo soy viejo... Qué vi'hacer yo!... ¡Y te vas entonce d'enderas? Preferís dejarnos antes que trabajar? ¡Vos no sabés pensar, m'hijo!... La vida es muy brava!... (*Pausa*). Sería pa mí un golpe muy duro, si un día me dijeran qu'el hijo de Lauro Santiván anda desarrapao, sin el pedazo de pan que nunca faltó en su hogar!...

CHITO.—Ahura digo como usté, viejo... ¡Qué vi' hacer!... Cuando uno ve que está demás n'una casa y compriende qu'hasta el aire se güelve pesao, debe dirse y santas pascuas!...

LAURO.—(*Que no quiere ser culpable*).—¡Yo no t'hecho, m'hijo!...

CHITO. (*Agradecido*).—Ya lo sé, viejo... Usté no tiene coraje pa eso!... (*Mirando el fonógrafo*). Güeno... ¡L'última despedida!... A la vida nuay que tomarla en serio!... ¡Hay que burlarse d'ella, qué canejo!... (*Va hacia el fonógrafo y elige algunos discos*). Pa llorar nunca falta tiempo!... (*Lauro, apesadumbrado, disimula su dolor y, viéndose impotente para evitar la expulsión del hijo, va hacia la ventana y mira al campo infecundo, haciendo esfuerzos para contener la emoción; en ese instante ve con la estupefacción consiguiente, que cuatro hombres traen a Luciano sobre una camilla improvisada; un grito de espanto brota de su garganta y vuélvese rápido a tiempo que, demudado y pálido, entra Joselito...*).

JOSELITO.—Tata! ¡pronto!... Venga!... Luciano se cayó!... Lo agarró la máquina!... ¡Pronto, tata!... (*Estupefacción general. Lauro queda como idiotizado, temblando dolorosamente. Joselito, saltando con nerviosidad intensísima, lo toma por un brazo y sale con él casi arrastrándolo. Chito, que ha permanecido inmóvil, con los discos en las manos, reacciona de pronto y pronuncia amargamente*).

CHITO.—Y güeno... ¡Ahistá'l pago!... Trabajar tanto pa luego reventar como una bestia!... ¡Es lo que yo digo!... ¡La vida, de mal agradecida, no sabe repartir las cosas bien!... Pero n'esta vez paese qu'embocó!... (*E inconscientemente, prosigue eligiendo discos...*).

INDICE

INDICE

El trigémino de don Prudencio	5
Cartón ligador.	19
Un santo remedio	25
Triunfo y derrota.	31
La indiada	39
De güelta 'l pago	45
Pucha... los hijos!...	53
El más hombre.	67
La comadre.	77
Odio criminal	87
El sacrificio.	95
Qué julepe!...	115
El regalo	121
El gaucha errante	131
Entre viejos	137
Hasta pa morir!...	142
Entre hermanos	149



TALLERES GRÁFICOS
«LA PLUMA»
ROQUE GRACERAS, 662